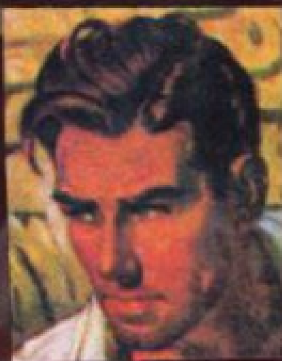
DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

LEGIÓN DE FANTASMAS



Legión de fantasmas

Kenneth Robeson
Doc Savage/27

CAPÍTULO I

EL PRIMER FANTASMA

LEÓN Bell era empleado del mostrador de una estafeta de Telégrafos de Boston. León era sereno. Desde luego, no creía en fantasmas. Por lo menos, no creía en fantasmas a las diez en punto de la noche, cuando pasó a lo largo del mostrador poniendo derechos los blocs de hojas en blanco para telegramas.

A las diez y cinco, la incredulidad de León recibió un rudo golpe.

Daba la casualidad que León Bell era un joven ambicioso que había estudiado todas las martingalas del comerciante y, por consiguiente, conocía la importancia de estudiar la conveniencia del cliente hasta en los detalles más pequeños.

Era costumbre suya colocar tres o cuatro libros de hojas de telegramas sobre el mostrador para que los que quisieran expedirlos no tuviesen mas que acercarse al mostrador y ponerse a escribir.

Al ir poniendo en orden el mostrador, León examinó cada uno de aquellos blocs porque a veces se marchaba algún cliente descuidado dejando algo escrito en ellos.

Cuando hizo su examen comprobó que todos los blocs estaban limpios y que no figuraba palabra, alguna en ninguno de ellos. León estaba seguro de eso. Lo recordaba perfectamente.

Se estacionó a un extremo del mostrador y, aguardó a que se presentara un parroquiano. Ninguno entró: de eso también estaba seguro. Nadie pasó por la calle, fuera. Reinaba un silencio bastante profundo.

De pronto se volcó el cesto de los papeles.

La papelera no estaba colocada, exactamente, donde debiera haberlo estado, cerca del pupitre —sino a un metro de la mesa, más

o menos. Se volcó ruidosamente. Vertióse su contenido.

León Bell se inclinó sobre el mostrador y los ojos amenazaron con saltársele de las órbitas. Se humedeció los labios. Luego se pasó una mano por los ojos.

Por último, salió de detrás del mostrador. Creyó que, a lo mejor, se había metido algún gato o algún perro en la papelera. Pero no había gato ni perro alguno.

Levantó la papelera. Luego se rascó la cabeza, intentando adivinar qué seria lo que había derribado el cesto y, no llegando a alcanzar explicación satisfactoria, se acercó al mostrador. Allí se llevó el segundo susto.

Las hojas de telegrama habían estado todas en blanco cuando las arreglara momentos antes. Pero ahora una de ellas contenía un mensaje, en letra de imprenta, trazada pesadamente, pero con inseguridad. Decía:

“Doc Savage.

Nueva York.

Asunto de peligro vital para millones merece su atención. Sírvase tomar aeroplano de pasajeros de Boston a Nueva York, de Excelsior Airways, al mediodía, mañana. Monte en Boston. Propongo vaya disfrazado y preparado para algo horrible y sorprendente.

A. N. NONIMO.

(14.40 Powder Road)”

León Bell contempló el telegrama observando que había de cobrarse su importe al destinatario. Estaba perplejo. Se sentía igual que si le hubiese goteado, inesperadamente, un poco de agua helada nuca abajo.

Miró las señas del destinatario y movió dubitativamente la cabeza, porque sabía por experiencia que un telegrama dirigido a un habitante de una ciudad tan grande como Nueva York tenía pocas probabilidades de llegar a manos de su destinatario.

Le llevó el mensaje al gerente nocturno.

—Tengo aquí un telegrama dirigido a Doc Savage, de Nueva York —dijo—. Yo creo que necesitamos señas más completas.

—¿Dónde ha estado metido usted toda su vida? —le preguntó el gerente.

—¿Huh?

—Yo creí que todo el mundo había oída hablar de Doc Savage.

León preguntó:

—¿Quién es Doc Savage?

El gerente abrió la boca como para hablar; pero no lo hizo.

—Aguarde —dijo:— le enseñaré una, cosa.

Volvió a su mesa. Era un hombre estudioso. Había un libro grande abierto sobre aquella. El empleado sabía que, aquel libro era una obra recién publicada en que se daba un breve resumen de los descubrimientos hechos por los hombres de ciencia durante los últimos diez años o así.

Al gerente nocturno le interesaban varias ramas de la ciencia. Pasó rápidamente las páginas y se detuvo en la sección encabezada «Luz».

—Lea esto —le dijo al empleado.

Y señaló un párrafo.

"Algunos de los estudios más avanzados sobre la dispersión de substancias doblemente refractarias y naturalmente giratorias han sido llevados a cabo por Clark Savage hijo (más conocido por el nombre de Doc Savage)."

León Bell preguntó:

—¿Qué son las substancias naturalmente giratorias y las de doble refracción?

—No se preocupe usted de eso —le contestó el otro.

Abrió el libro por otro capítulo titulado. «Química», y dijo:

—Lea esto.

"El análisis colorimétrico ha recibida un gran impulso gracias a los trabajos recientes de Doc Savage."

Antes de que León pudiera hablar, el gerente nocturno buscó el capítulo sobre «Electricidad» y le señaló un párrafo.

"El campo de la ciencia eléctrica le debe a Doc Savage nuevas teorías relacionadas con la velocidad de propagación de los efectos electromagnéticos por el aire."

A continuación buscó la sección del libro dedicada a la «Cirugía».

"Uno de los mejores métodos de estos últimos años para la administración intravenosa de soluciones hipertónicas en las operaciones cerebrales muy delicadas es descubrimiento de Doc Savage."

León Bell estalló:

—¡Rediez! —dijo—. ¡Ese Doc Savage parece ser lo más grande

que hay en todo!

El gerente sonrió.

—En la introducción de este libro hay un párrafo que trata de él. Dice que Doc Savage tiene uno de los cerebros más asombrosos que se hayan conocido en hombre, alguno. Dice que es una maravilla mental.

Ambos volvieron a leer el telegrama que había sido hallado sobre el mostrador. León Bell abordó entonces el asunto de la papelera caída y de la misteriosa aparición de la misiva; pero habló vacilante y con muy poca firmeza, porque la cosa parecía absurda.

El gerente se rió de él.

—Alguien entraría y dejaría el mensaje —dijo—. ¡Claro que lo expediremos!

Lo mandaron.

Media hora más tarde sonó el teléfono y León Bell contestó. Oyó la voz más asombrosa que había oído en su vida.

Era una voz de hombre y, aun por teléfono, tenía una cualidad impresionante y un tono de flexibilidad y potencia cuidadosamente dominada.

Aquella voz tenía algo que parecía obligar a que se la escuchara y atendiera.

—Doc Savage al habla, desde Nueva York —dijo la voz—. Me fue expedido un telegrama esta noche desde su estafeta, ¿no es cierto?

Fue tal el efecto que aquella voz singular y nada común produjo a León, que tuvo que tragar saliva dos veces antes de poder contestar.

—Sí, señor —dijo.

—¿Tiene la bondad de darme la descripción del remitente?

—No… no pu… puedo —tartamudeó León.

Era la primera vez que tartamudeaba en muchos años.

—¿Por qué no?

Contó el joven entonces las misteriosas circunstancias en que había aparecido el mensaje. Doc Savage le escuchó sin comentario alguno, luego dijo:

—Como es natural, no encontrarán ustedes ningún A. N. Nónimo en su anuario. Está bien claro que se trata de la palabra «anónimo», escrita de manera desfigurada. ¿Llevaba el mensaje las señas del

remitente?

—Sí, señor.

—¿Cuáles eran?

—El número 1440 de la Powder Road.

—No existen tales señas en Boston —anunció Doc Savage.

Y cortó la comunicación.

León parpadeó y se preguntó cómo podría saber Doc Savage que las señas eran falsas. Porque lo eran. León lo comprobó momentos después al consultar una guía. No existía tal número en Powder Road.

Se preguntó León si no sabría Doc Savage tanto de la ciudad de Boston como de las diferentes ramas de la ciencia.

Los dos empleados de la estafeta discutieron el suceso durante el resto de su guardia. Parecía como si algo precursor de una gran aventura les hubiese tocado brevemente y no les disgustaba la manera con que agregaba estímulo a su aburrida existencia.

Les hubiera gustado experimentar más; pero, por suerte o por desgracia, aquello era lo más que habían de acercarse a la cadena de horror y misterio que siguió a la expedición del mensaje.

El asunto arrancó, en realidad, el día siguiente, al mediodía.

La "Excelsior Airways" figuraba entre las líneas aéreas más modernas que hacían. El servicio de la costa oriental de Norteamérica. Sus aparatos eran enormes trimotores que llevaban piloto, copiloto y una camarera entre la tripulación.

Los asientos eran cómodos y cada uno de ellos tenía número, porqué era costumbre que los pasajeros se hicieran reservar asiento por anticipado.

Los que subieron a bordo eran de aspecto próspero —hombres de negocios, evidentemente, con una excepción.

El hombre obeso no era la excepción.

No tenía nada que le hiciese resaltar en particular. No era ni más grande ni más pequeño que el hombre corpulento corriente. Su traje gris era elegante y de buen corte.

La única cosa que le caracterizaba algo era el sombrero de fieltro negro que llevaba y sus lentes de marco de plata blanca que se ajustaba de vez en cuando como si no resultasen muy cómodos.

Este hombre obeso presentó dos billetes. Estos correspondían a dos asientos colocados el uno detrás del otro.

El hombre obeso bajó lentamente por el pasillo y ocupó el asiento posterior de los dos a que correspondían sus billetes.

Si alguien se dio cuenta de que había algo raro en eso, no dio la menor muestra de ello.

Y, si nada excepcional había en el aspecto del hombre obeso, había mucha en el último pasajero que subió. Era tan alto, que tuvo que inclinarse mucho más que ningún otro al bajar por el pasillo del aparato.

No eran sus gigantescas proporciones lo único que señalaba al hombre. Su semblante era algo con que asustar a los niños. Tenía una cicatriz espantosa.

Las cejas eran muy gruesas y llenas de ronchas. Uno de los ojos lo tenía casi cerrado. Por encima de las cejas llevaba unas protuberancias producidas, tal vez, por golpes continuos.

Cuando abría la boca, se le veían numerosos dientes de oro.

Los pasajeros le miraron con curiosidad. Las señales de la profesión que ejercía eran bien evidentes. Aquel hombre era boxeador.

El individuo de aspecto pugilístico avanzó por el pasillo, llegó al asiento vacío delante del hombre obeso, miró a su alrededor, vió cómo se cerraba puerta del avión, dando a comprender que no había más pasajeros, e hizo ademán de ocupar el asiento vacío.

—¡No! ¡No! —gritó el hombre obeso.

Se puso en pie de un brinco, dio al gigante un formidable empujón, y asumió una expresión belicosa.

El otro conservó el equilibrio con la facilidad de quien ha recibido muchos golpes en el «ring».

—¿Qué hace usted? —gruñó.

Tenía una voz tan agradable como el ruido de una pesada caja al ser arrastrada por un suelo de cemento.

—¡Reservé este asiento y pagué por él! —contestó el hombre obeso, de mal talante. El boxeador frunció el entrecejo. Su señalado semblante resultaba terrible.

Daba la impresión de ser muy poco menos peligroso que un león enfurecido y parecía a punto de cometer alguna violencia con el otro. Pero, finalmente, al acercarse la camarera e indicarle que el asiento que él tenía reservado se hallaba en la parte de atrás, pero en el lado en que tocaría el sol, se encogió de hombros.

—¡No había ninguna necesidad de ponerse flamenco por eso! —le dijo, con aspereza, al hombre obeso.

Y se dirigió al asiento que le correspondía.

El avión despegó sin más incidentes. Al parecer, no habría más jaleo en todo el viaje. Pero las apariencias engañan.

Se hallaban ya cerca de Nueva York cuando uno de los pasajeros de la parte delantera se inclinó y abrió la ventanilla que había junto a su asiento.

Sin duda quería asomar la cabeza y ver los rascacielos de Manhattan, que empezaban a verse abajo y delante.

Al ser abierta la ventanilla, penetró, una fuerte corriente de aire.

Empujado por ella, apareció un papel cuadrado por encima del respaldo del asiento que había delante del hombre obeso. Sobresaltado, éste lo cogió y, cosa natural, le echó una mirada.

El resultado de la mirada a aquel papel fue sorprendente. El hombre se alzó levemente en su asiento, como si se hubieran puesto en tensión los músculos de sus piernas.

Se quedó boquiabierto y los ojos se le abrieron desmesuradamente. Era hombre de rostro congestionado y se le vió claramente palidecer.

De pronto se dejó caer en su asiento, como, si le hubieran cortado algún tendón.

Permaneció así un rato. Luego buscó, algo en el interior de la chaqueta, y de bajo su axila izquierda sacó un revólver achatado, pero de mortífero aspecto.

Simultáneamente extrajo un pañuelo del bolsillo. Envolvió éste alrededor del cañón del revólver al ponerse en pie.

Se inclinó sobre el respaldo del asiento vacío que había delante de él. Sus facciones expresaban enloquecimiento y desesperación.

Disparó tres veces el revólver, tan aprisa como le fue posible apretar el gatillo. Las detonaciones fueren fuertes.

En medio de los disparos se oyó un grito. Era un aullido extraño y horrible un sonido que parecía emitido por alguien en trance de muerte.

El hombre obeso se sentó y se abrazó la cabeza y la cara con ambas manos.

Lo hizo de manera muy extraña.

Entonces sonó la voz. Era una voz ahogada, jadeante, apenas

comprensible.

Pronunció cuatro palabras, o, mejor dicho, dos pares de palabras con una leve pausa entre cada par… Era imposible saber de dónde salían aquellas palabras. El hombre obeso tenía tapada la boca con los brazos. Los demás pasajeros no se estaban mirando unos a otros, sino al hombre obeso. Pero casi todos oyeron las palabras que sonaron por encima del bullicio.

—Doc Savage… ¡tenga cuidado!

CAPÍTULO II

¿LOCO?

EL norteamericano, por regla general, vive en un mundo de alta presión donde las cosas ocurren con rapidez. No se inclina a excitarse locamente por un suceso que no le amenace a él directamente.

Aquellos pasajeros del avión no eran excepción de la regla. Se limitaron a mirar a su alrededor. Los que se encontraran mas lejos se pusieron en pie.

Nadie gritó.

La camarera se dirigió a proa y les dijo algo a los dos hombres que había en la cabina de los mandos. El piloto ayudante abandonó su asiento, salió y se encaró con el hombre grueso del revólver.

—¿Qué pretende usted, amigo? —inquirió.

El hombre del revólver se humedeció los labios; luego alzó la mano, distraído, y se puso derecho el sombrero.

—Lo siento una barbaridad —dijo.

El copiloto no pareció muy convencido, pero repitió:

—¿Qué pretendía usted?

—Soy actor —dijo el del sombrero de fieltro negro—. Estaba ensayando mentalmente una escena de la obra que tengo que estrenar. Me dejé llevar del entusiasmo y, antes de darme cuenta de que éste no era el lugar más apropiado para eso, me puse en pie de un brinco y representé parte de mi papel.

El hombre seguía en pie y se guardó distraídamente el pañuelo en el bolsillo. EL papel que había aparecido por el respaldo del asiento delantero seguía en la mano que tenía el pañuelo.

Se lo guardó cuidadosamente en un bolsillo interior.

El piloto ayudante alargó bruscamente una mano y le cogió el

revólver antes de que pudiera oponer resistencia.

—Podía haberla dado usted a alguien —dijo, furioso.

El hombre obeso giró los ojos en las órbitas. Luego bajó la mirada y la clavó en el asiento vacío. La frente se le perló de sudor.

—Disparé cartuchos de pólvora, nada más —dijo.

El piloto abrió el revólver, extrajo los cartuchos y encontró tres disparados y dos con bala.

—Pues no lo parece, a juzgar por esto —dijo.

Y señaló la bala de plomo de los dos cartuchos sin disparar.

—¡Los tres primeros no tenían bala! —contestó el otro.

—¿No? Eso ya lo veremos. Los proyectiles deben de haber pegado en alguna parte.

Se indinó como para meterse en el asiento vacío y buscar los agujeros de las balas.

El hombre obeso hizo una cosa sorprendente. Dio un salto atrás, abrió los brazos dramáticamente y empezó a declamar:

—La luna mortal su eclipse ha soportado. Y los tristes augures de su propio presagio se burlan. Las incertidumbres se coronan, aseguradas, y la paz...

El piloto ayudante se irguió.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir.

—¡Shakespeare! —aseguró el hombre obeso—. El dramaturgo supremo, amigo mío. ¡El dramaturgo supremo! y muy buen amigo que era, en verdad —guiñó un ojo y cruzó dos dedos—. El y yo éramos así.

El piloto sonrió levemente y sus facciones asumieron una expresión de comprensión. Les guiñó un ojo a los demás pasajeros y luego dejó caer un brazo sobre el hombro del desconocido.

—¿Conque usted y Shakespeare eran compadres? —dijo, como quien sigue la corriente a un loco—. Cuénteme... Siempre he tenido el deseo de hablar con alguien que hubiese conocido personalmente a Shakespeare.

—Shakespeare era el dramaturgo supremo —dijo el hombre obeso—. El conocerle era un placer... un placer supremo. ¡Vaya si lo era!

—Claro, claro...

El aviador le obligó a sentarse y, ocupando él el asiento en el brazo de la butaca, le animó a que hablase del célebre dramaturgo

que llevaba muerto centenares de años.

El avión empezó a descender hacia el campo de aterrizaje.

Los pasajeros habían dado muestras de interés en el pequeño drama. Dos o tres de ellos se habían acercado, entre ellos el que parecía boxeador. Habían mirado con atención el asiento sobre el que se habían hecho los disparos.

No había agujeros ni roturas donde hubiera podido dar una bala.

EL boxeador volvió a su asiento. Sentado de forma que nadie pudiera verle las manos, abrió una de ellas y examinó el objeto que contenía.

Era el pañuelo del hombre obeso, el que había envuelto el cañón del revólver. Se lo había quitado a su dueño con habilidad consumada.

Había agujeros en el pañuelo; sin duda los que hicieran los proyectiles al atravesarlo. El aparato aterrizó sin novedad, y el hombre obeso se puso en pie para recoger su equipaje y apearse con los demás pasajeros. Pero el copiloto le asió fuertemente del brazo y le dijo:

—Tenga la bondad de aguardar.

—¿Para qué? —inquirió el hombre obeso.

—Shakespeare quiere verle.

Pareció como si el otro estuviera a punto de soltar una exclamación explosiva; pero no lo hizo. En lugar de eso, afirmó:

—Shakespeare murió hace tiempo.

—Bueno, pues más vale que hable usted con el tipo que dice ser Shakespeare —insistió el piloto ayudante.

Y se dirigió a proa, a consultar al director del aeropuerto.

Discutieron el asunto.

—Está mal de la cabeza —aseguró el copiloto—. Debiera hacerse algo para impedir que un hombre así ande suelto por ahí con un revólver. Matará a alguien.

—Métale en un coche y llévelo a la comisaría —sugirió el director..

—Es buena idea.

—El piloto le ayudará.

Había dos observadores de aquella conferencia, ninguno de los cuales se hallaba lo bastante cerca para oír lo que se decía. Uno de ellos era el hombre obeso, que jugaba con su sombrero negro, con

indecisión.

EL boxeador era el otro, aun cuando miraba en forma que su vigilancia no llamara la atención. Al parecer, estaba buscando algo entre su equipaje.

EL aeroplano se había vaciado ya y se habían presentado los mecánicos a meterlo en el hangar. Uno de ellos conducía un pequeño tractor que fue acoplado al aparato para tirar de él.

El piloto y el copiloto se acercaron al hombre.

—Vamos a llevarle a usted a ese tipo que dice ser Shakespeare —dijo el piloto.

El hombre se puso muy serio.

—¡Ese hombre es un impostor! —gritó—. No puede ser Shakespeare porque... ¡Shakespeare soy yo!

En cuanto hubo dicho estas palabras, giró sobre sus talones y dio un salto en dirección al despacho de tráfico. La brusquedad del movimiento pilló al piloto a su ayudante por sorpresa.

Cuando se rehicieron lo bastante para emprender la persecución, el otro entraba ya en el despacho de tráfico. Cerró la puerta de golpe. La cerradura, que era de muelle, se cerró.

Piloto y ayudante cargaron contra la puerta. No cedió. Se miraron el uno al otro. —¡Está loco de atar!— exclamó el piloto.

Dentro, el hombre obeso hizo una mueca de rabia al oír estas palabras.

La expresión de su rostro había denotado bondad, aunque era un tanto vacua. La mueca convirtió su semblante en el de una fiera.

Echó una mirada a su alrededor. Había una mesa, una máquina de escribir.

Corrió a la máquina, la cogió y la usó como maza, haciendo polvo los cristales que había en la pared de atrás.

La abertura apenas era lo bastante grande para dar paso a su obeso cuerpo, y así descargó otro golpe tan violento que se le cayó el sombrero negro.

Luego se dispuso a saltar fuera.

Su mirada cayó sobre un pequeño grupo de hombres que se hallaba a poca distancia. Agitó los brazos para llamarles la atención.

A renglón seguido hizo con las manos una serie de extraños movimientos.

Estos eran poco pronunciados, algo así como los que hubiera hecho inconscientemente un hombre que estuviera pasando el tiempo.

Se frotó el pulgar y el índice Cerró los puños de diversas maneras.

Tabaleó, silenciosamente, con los dedos.

Todo eso lo hizo con rapidez de relámpago y el grupo de hombres lo vió.

Cuando hubo terminado, uno de ellos hizo como si se ajustara la manga derecha.

La contestación del hombre obeso demostró que el ajustar la manga era una señal de que habían sido comprendidos sus signos anteriores.

El hombre obeso se volvió, cogió el sombrero negro, se lo puso, se acercó al espejo y probó tres o cuatro sonrisas antes de dar con una que fuese especialmente estúpida.

Adornando con ella su semblante, abrió la puerta y franqueó el paso al piloto y a su ayudante, que estaban excitadísimos.

—¿Qué demonios les ha excitado a usted tanto? —les preguntó, con tranquilidad.

Los hombres a quienes el del sombrero negro había hecho señales, ya no estaban inactivos. Se habían dirigido rápidamente al hangar en que se hallaba el avión de pasajeros.

EL ruidoso tractor seguía acoplado al aparato y tres empleados del aeropuerto ayudaban a colocar el aeroplano.

Estos miraron con sorpresa al grupo de hombres que había entrado en el hangar sin decir una palabra.

Eran seis los recién llegados y de distinta edad. Había un muchacho joven, que parecía un estudiante, y un hombre de cabello cano que parecía pasar de los sesenta. Todos vestían elegantes, pero no llamativamente.

Ninguno de ellos hubiese llamado la atención por su indumentaria; pero el rostro de todos ellos denotaba mas inteligencia de lo normal.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó uno de los empleados del aeropuerto.

Uno de los seis desconocidos tosió dos veces. Evidentemente, era una señal, porque los seis sacaron revólveres y pistolas de diversos,

calibres.

—Silencio —respondió el que había tosido—. Y lo queremos en grandes cantidades, por añadidura.

El empleado tartamudeó:

—¿Qué... qué... pre... pretenden?

—Dé media vuelta y póngase de espaldas a nosotros.

Los empleados tuvieron el buen acuerdo de obedecer.

Dos de los desconocidos les apuntaron mientras los otros cuatro se dirigieron al avión, abrieron la portezuela y entraron. Como el aparato era grande y alto, no parecía verse desde el suelo del hangar.

Uno de los empleados, que volvió la cabeza, no pudo ver lo que hacían dentro del aeroplano.

Otro de los empleados se limitó a echar una mirada al aparato y luego dedicó su atención a una hilera de bidones de aceite lubricante que se hallaba a pocos pasos de él una hilera de tres bidones de profundidad y de una altura de un metro, aproximadamente.

Ocupaban varios metros de extensión, llegando hasta una pequeña puerta lateral usada por los mecánicos. Esta estaba abierta.

Uno de los cuatro desconocidos por poco se cayó por la portezuela. Estaba muy turbado.

—¡No está aquí! —gritó, con voz ahogada —.

—Pero... ¿mirasteis ya en el asiento? —preguntó el que había hablado por todos hasta aquel momento.

—Sí; hemos registrado el avión de extremo a extremo. Hasta nos pusimos a gatas y buscamos a tientas.

El que hacía de jefe era el anciano de aspecto bondadoso y cano cabello.

Empezó a soltar maldiciones: Se contuvo rápidamente, sin embargo, y, volviéndose, asió a uno de los empleados.

—La portezuela de ese avión estaba cerrada cuando llegamos aquí —dijo, con brusquedad—. ¿Estuvo abierta en algún momento cuando arrastraban ustedes el aparato por delante del despacho del director del tráfico?

—No... no lo sé.

Uno de los desconocidos dijo:

—¡Qué rayos! La portezuela estaba abierta cuando salieron los

pasajeros. ¡Eso fue bastante!

En este momento, el empleado que había estado mirando en dirección a los bidones, decidió que había llegado el momento oportuno.

Dio un salto enorme, pasó por encima de los bidones, aterrizó detrás de ellos, y corrió hacia la puerta. Los hombres armados le gritaron.

Dispararon contra él; pero los proyectiles sólo sirvieron para agujerear los bidones y que empezara á salir el aceite.

El empleado logró salir, cerró la puerta, la sujetó con los ganchos destinados a llevar un candado, y salió corriendo tan aprisa como pudo.

Los disparos sembraron la confusión en el aeródromo. Dos hombres que cargaban sacos de correspondencia en una camioneta de Correos, sacaron pistolas y se parapetaron detrás del vehículo.

El grupo de desconocidos salió corriendo del hangar. Los guardianes de la correspondencia les dieron el alto y fueron objeto de disparos. Respondieron al fuego. Siguió una batalla con todas las de la ley.

Sin dejar de disparar, los desconocidos retrocedieron hacia dos coches tipo sedan, que estaban estacionados en la carretera del aeropuerto.

Llegaron a ellos, se metieron dentro y huyeron a gran velocidad. La camioneta de Correos intentó emprender la persecución; pero le desinflaron los neumáticos a balazos.

Hubo muchas carreras y griterío; pero el piloto del aeroplano de Boston y su ayudante no soltaron a su obeso prisionero. Este último hablaba ya racionalmente e insistía en que jamás había dicho que fuera él Shakespeare.

Después de un rato, despegó un aeroplano para buscar los dos coches fugitivos.

El individuo que parecía boxeador, el mismo que había viajado de pasajero en el avión, aún estaba en el aeropuerto. En realidad, él había sido el primero en proponer que saliera un aeroplano en busca de los dos automóviles.

Había estado observando lo que ocurría con mucha más atención de lo que nadie se imaginaba. Pero permaneció en segundo término y nadie le prestó especial atención, salvo para echarle una

segunda mirada a su extraordinario aspecto.

Otros dos individuos había a los que se prestaba gran atención tampoco.

Estos dos ni siquiera se habían dejado ver apenas. Se hallaban en un coche parado en una parte reservada para espectadores en el aeropuerto.

El automóvil era pequeño y nada llamativo. Sólo un examen hecho de cerca hubiera revelado que su motor no era el que había puesto en él su fabricante; sino uno tres veces más potente, y que las ventanillas estaban hechas de grueso cristales irrompible y la carrocería de acero blindado.

Los dos hombres estaban agazapados en sus asientos. De vez en cuando se llevaban prismáticos pequeños, pero potentes, a los ojos. En cada caso, enfocaban al individuo que tenía aspecto de boxeador.

EL piloto y su ayudante discutían con el hombre obeso. —Les aseguro que ni recuerdo haber insistido en que era Shakespeare— decía este último —. Tampoco me acuerdo de haber disparado un revólver en el aeroplano.

—Tal vez nos equivoquemos —dijo el piloto, con sarcasmo.

El hombre se humedeció los labios, pareció indeciso y luego se encogió de hombros.

—Supongo que no tendré más remedio que hablarles a ustedes de mi debilidad —dijo.

El interés del piloto pareció despertarse.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió.

—Me debo haber mareado —contesto el desconocido—. Tengo una enfermedad un poco rara. Cuando me mareo, me vuelvo un poco loco. En cierta ocasión, cuando cruzaba el Atlántico, estuve trastornado durante toda la travesía.

—¡Hum!

La explicación no pareció convencer mucho al piloto.

—Espero que no irán ustedes a colocarme en una situación embarazosa, entregándome a la policía —prosiguió el hombre, con ansiedad.

El aeroplano que había salido en busca de los dos automóviles volvió y aterrizó. El piloto se apeó, anunciando haber encontrado los dos coches. AL volar bajo, sin embargo había descubierto que

ambos estaban abandonados.

Los hombres habían huido.

El piloto del aeroplano de Boston le dio un tirón del brazo al hombre obeso, y dijo:

—Vamos.

¿Qué va usted a hacer? —preguntó el prisionero.

—Vamos a colocarle en una situación embarazosa, entregándole a la policía para que le tenga en observación.

El piloto usó su propio coche, uno abierto de turismo, encomendando la vigilancia del prisionero, a su ayudante. Este último era hombre fuerte y llevaba pistola.

—Creí, durante un buen rato, que estaba usted loco —dijo—. Pero ahora me parece cuerdo. No olvide que si intenta algo le llenaré de agujeros y le dejaré hecho una criba.

—Hasta el ir en automóvil me marea a veces —aseguró el hombre.

—Pues ya puede usted pedirle a Dios que no sea ésta una de esas veces.

Salieron del aeródromo.

EL boxeador había estado rondando por allí, pero de pronto, pareció llenarse de actividad. Se dirigió al lugar, cubierto de grava, en que estaban estacionados los automóviles.

Se detuvo junto a uno de ellos, que estaba vacío. Era del tipo cupé. Estaban alzadas las ventanillas. La mano del hombre hizo una serie de movimientos rápidos, como si estuviera escribiendo sobre uno de los vidrios.

Sin embargo, cuando se apartó, no se vio señal alguna en la ventanilla.

A continuación se metió en un roadster. Era este vehículo, largo, sombrío, como destinado a pasar inadvertido y a confundirse con el tráfico.

De haber sido, examinado de cerca, se hubiera visto también que el coche aquel tenía los neumáticos llenos de goma esponjosa, que esa hacía difíciles de deshinchar a balazos, y un motor enorme, junto con planchas de acero blindado y cristales que una bala corriente no podía atravesar.

El roadster salió a toda velocidad, sin hacer casi ruido, aparte del que hacían los neumáticos al rodar sobre la grava, y corrió tras

el coche de turismo en quo viajaban los dos aviadores y su prisionero.

Los dos hombres que habían estado esperando y mirando de tanto en tanto, con los prismáticos, abrieron la portezuela de su coche y se apearon.

El primero en aparecer tenía un aspecto físico asombroso. Su estatura era poco mayor que la de un muchacho de catorce o quince años pero tenía espaldas, brazos y cuello de toro que un luchador profesional hubiera envidiado.

Su cabeza parecía una bola con una enorme raja por boca y ojos como abalorios pequeños y brillantes hundidos en profundos pozos de cartílago.

Cubría su cuerpo un vello rojizo casi tan basto como clavos oxidados. No era preciso que un desconocido se lo encontrara en una callejuela obscura para que creyese haber topado con un gorila.

El otro hombre era esbelto, de caderas estrechas y cintura de avispa. Su rostro no mal parecido se distinguía por su boca grande, de orador.

Vestía a la perfección. Su frac, pantalón de corte, chaleco gris y sombrero de copa, nada dejaban que desear. Completaba su indumentaria el bastón negro que llevaba. El hombre que parecía un figurín, se volvió para recoger un estuche de cuero del coche.

—Date prisa, Ham —dijo el que tenía aspecto de antropoide.

Su voz recordaba la de un niño.

Ham —general de brigada Teodoro Marley Brooks— cogió el estuche. Era del mismo tamaño, aproximadamente, al de los que se emplean para llevar máquinas de cinematógrafo de aficionados.

Corrió con él hacia el cupé, en que el boxeador había hecho como si escribiera, aunque sin dejar señal.

—Ten tú el estuche de la linterna, Monk —dijo.

El del aspecto del gorila —Monk— cuyo grado y nombre era el de teniente coronel Andrés, Blodgett Mayfair —tomó el estuche. Ham manipuló el aparato que había extraído y que parecía una linterna mágica pequeña.

Enfocó con él la ventanilla del cupé y dio a un interruptor.

La linterna en sí no proyectaba luz visible alguna. Pero sobre el cristal de la ventanilla aparecieron unas letras. Eran muy débiles, casi indistinguibles a la luz del sol, algo escrito en extraño color

azul eléctrico. Monk lo leyó con cierta dificultad.

“Seguid y procurad no ser vistos.”

No había firma; pero la escritura en sí era de tal suerte, que no necesitaba firma. Era perfecta.

Ni Monk ni Ham hicieron comentario alguno acerca de la forma en que se había hecho resaltar el mensaje.

Ham cerró el interruptor de la linterna, que era en realidad un proyector de «luz negra», o luz ultravioleta, que resultaba invisible para el ojo desnudo, pero que tenía la propiedad de hacer brillar ciertas substancias.

La escritura del cristal había sido hecha con una tiza que no dejaba señal visible alguna, sino un simple trazado, lo que brillaba al ser sometido a la acción de los rayos ultravioleta.

—Las cosas empiezan a animarse —sonrió Monk.

—¡Vamos, mico! —le contestó Ham.

El tono era insultante; pero no pareció causarle impresión alguna a Monk. Se volvieron hacia su coche.

Carretera abajo sonó una serie de ruidos lejanos.

—¡Disparos! —chirrió Monk.

CAPÍTULO III

NADA DE RIESGOS

EL elegante Ham parecía el más rápido de los dos, aun cuando Monk se movía a una velocidad fantástica para persona de tan grotesco cuerpo como el suyo. Ham, fue el primero en llegar al coche; abrió la portezuela y asió el volante.

Del interior del coche surgió un gruñido de disgusto. Hubo un movimiento rápido. Un cerdo que había estado en el asiento delantero salió disparado y cayó sobre el asiento del fondo.

El animal tenía unas orejas enormes y, al saltar, parecían alas. Era patilargo, de cuerpo delgado, increíblemente feo.

Monk; soltando un gruñido de ira, alargó una enorme mano y asió con ella a Ham por la garganta.

—¡Le pegaste un puntapié a Habeas Corpus! —exclamó—. ¡Ganas me dan de ver si se te quita la cabeza con facilidad!

Ham croó, porque la mano que le oprimía no le permitía hacer otra cosa.

Intentó darle un puñetazo a Monk en la boca del estómago; pero sonó igual que si sus nudillos hubieran pegado en una pared. Hizo muecas de angustia y movió el mango de su bastón. Este se abrió, viéndose que el bastón contenía un estoque de hoja larga y afilada. Esta estaba cubierta por la punta y hasta ocho o nueve centímetros por una substancia pegajosa.

Monk le soltó ante la amenaza del estoque y retrocedió. Sus movimientos eran tan rápidos que apenas podían seguirse con la mirada.

Ham tragó saliva, luego rugió:

—¡Yo no le he dado ningún puntapié a ese puerco! ¡Pero uno de estos días voy a cortarle el rabo a la altura de las orejas!

Ambos se miraron con profundo odio al parecer.

Se oyeron nuevos disparos en la carretera.

—Dale al acelerador, maniquí picapleitos gruñó Monk.

Ham puso el coche en movimiento, conducía con pericia. Habían recorrido una buena parte de distancia cuando las últimas chinas de grava levantadas por sus ruedas volvieron a tocar el suelo allá en el aeródromo.

Era aquella misma carretera que pasaba delante del aeropuerto y, desde la ciudad hasta el mismo, era ancha y bien pavimentada; pero allí, más allá del aeródromo, era estrecha, llena de baches, orillada de árboles pequeños y alta cizaña.

A infrecuentes intervalos partían en la carretera caminos que apenas podían considerarse tales y que conducían a cabañas casi escondidas entre los matorrales.

El coche tomó una curva sobre dos ruedas. Delante de ellos había un coche volcado en la cuneta. Era el que habían ocupado los pilotos. Tenía tres neumáticos deshinchados.

Ambos aviadores se hallaban de pie junto al automóvil, con los brazos en alto.

Agrupados a su alrededor se hallaban los elegantes que asaltaron el hangar.

Todos estaban armados. Les acompañaba el hombre obeso que los aviadores pretendían entregar a la policía.

No se veía ni rastro del roadster del boxeador.

Ham, inclinado sobre el volante, dijo:

—¿Qué hacemos?

—¡Cargar contra ellos! —gruñó Monk.

Ham echó a fondo el acelerador. Monk agarró las manecillas de las portezuelas, las hizo girar. Pronto se vió que aquel coche iba equipado con dos juegos de cristales.

El segundo —que apareció entonces— era de cristales más gruesos, equipados con aspilleras, reforzadas con desviadores de acero, para las balas.

Cuando hubo alzado todos los cristales especiales, Monk sacó una extraña arma de la funda que llevaba colgada debajo del brazo. El arma en cuestión parecía una pistola más grande de lo corriente con cargador en forma de bombo. Su mecanismo parecía complicado.

Ham pisó los frenos, movió el volante. Los neumáticos chirriaron sobre la carretera, el coche se tambaleó y, por fin, se detuvo a pocos metros del coche tumbado en la cuneta.

Dos de los hombres elegantes echaron a correr hacia la maleza de la orilla del camino —.

—¡Alto! —ordenó Monk, convirtiéndose su voz infantil en un aullido—. ¡Manos arriba!

Uno de los hombres alzó el revólver y disparó contra Monk.

El proyectil dio en el cristal irrompible con un ruido metálico, y dejó una especie de telaraña de minúsculas rayas. El plomo cayó a la carretera, aplastado.

El piloto saltó hacia el pistolero, echó hacia atrás el brazo, y le tumbó de un formidable puñetazo —.

—¡Atrás! —le rugió Monk—. ¡Podemos arreglarnos nosotros divinamente sin ayuda!

Movió entonces el cañón de su pistola hacia la pareja que huía. El arma emitió un ruido ensordecedor, una nota, parecida a la de un gigantesco violón. Junto a la pareja que huía, los arbustos y la cizaña cayeron como segados por invisible guadaña.

Ambos fugitivos se detuvieron en seco. No les había tocado la lluvia de balas, pero estaban asustados, y dábanse cuenta de que se había empleado contra ellos una pistola ametralladora de un tipo para ellos desconocido.

—¡Manos arriba! ¡Manos arriba! —aulló Monk—. No tengo más que hacer un pase y quedaréis en condiciones de ir al cementerio.

No era una situación que se prestara a debate. Los hombres empezaron a dejar caer sus armas. Una pistola se disparó al tocar el suelo; pero el proyectil no tocó a nadie. Se alzaron las manos.

Monk y Ham se apearon del coche. Habeas Corpus les siguió.

Los aviadores parecían algo aturdidos.

—¿Qué demonios significa todo esto —inquirió el piloto ayudante.

Monk amenazó al grupo de elegantes, con su pistola ametralladora.

—Tal vez no les gustara la manera en que estaban ustedes tratando a su amigo —dijo.

—Nos lo querían quitar —dijo el ayudante—. Nos deshicieron los neumáticos a balazos; luego saltaron a la carretera cuando nos

detuvimos. ¡No tuvimos ni la menor oportunidad de defendernos!

—¿Dónde llevaban usted al gordo? —inquirió Monk.

—A la comisaría que hay en esta carretera. ¡Está loco!

—¡Qué ha de estar loco! —exclamó el otro aviador—. ¡Yo, creo que está tan cuerdo como yo:

—¿Qué significa esto exactamente?

—¡Que me registren! —contestó el piloto agitando los brazos con ira—. El gordo este hizo tres disparos en nuestro aeroplano contra un asiento vacío. Luego habló como si estuviera loco y fuese amigo de Shakespeare, ¡incluso dijo que Shakespeare era él!

—Pero... ¿y todo ese jaleo que hubo en el hangar del aeródromo? —inquirió Ham.

El piloto señaló al grupo.

—Esos individuos entraron en el hangar para echarle una mirada a nuestro avión. Buscaban algo que no encontraron.

—Creo que fue el gordo este quien les mandó que registraran el avión —dijo Ham.

—¿Huh? —exclamó el piloto, aturdido.

Ham explicó:

—El gordo estuvo haciendo señales por la ventana del despacho del director de tráfico. Con toda seguridad les diría, que le salvaran a él también.

El hombre obeso, sin ser observado, se había acercado a uno de sus hombres y le estaba metiendo una mano en el bolsillo. Sacó un revólver niquelado.

No lo usó. En lugar de eso, soltó un grito de sorpresa y de dolor, y el revólver salió de entre sus dedos.

El arma quedó suspendida a pocos centímetros de su mano. Intentó cogerla.

El arma, sin que nada visible la sujetara le esquivó.

Monk se quedó boquiabierto.

—¡Rayos! —exclamó—. ¡Duendes!

Tan asombrado estaba, que la cuadrilla aprovechó la oportunidad. Se movieron aprisa.

Monk empezó a mover la pistola; pero no fue lo bastante rápido y le derribaron. Un puntapié mandó la pistola a la cuneta.

A Ham le desarmaron, obligándole a alzar los brazos, como a los aviadores.

El cerdo Habeas Corpus se retiró apresuradamente, al matorral más cercano.

—¡Más vale que nos larguemos! —dijo el hombre obeso.

Se oyó ruido entre los matorrales y apareció una enorme figura. Era el boxeador. Llevaba un revólver muy brillante en una mano.

—Estaba preparado para ayudarles —dijo—. Pero me parece que no me necesitan. Oigan, ¿qué le ocurrió a ese revólver?

Instintivamente, todas las miradas buscaron el arma que tan misteriosamente se había portado. Yacía en la cuneta, junto a la carretera. Nadie había visto cómo había ido a parar allí.

—¡No os preocupéis de ese revólver! —dijo el hombre obeso—. Nos vamos.

—Podemos ir en coche por el mismo precio —dijo el boxeador.

Corrió al coche en que Monk. Ham y el cerdo habían llegado. Aquél era el único automóvil disponible para la huída, puesto que el de los aviadores tenía tres neumáticos pinchados. Se aproximó al volante y alargó la mano hacia la llave.

Los demás hombres corrían ya hacia el coche, pero ninguno de ellos estaba lo bastante cerca para ver que el pugilista, en lugar de hacer girar la llave, la sacaba y se la escondía en la palma de la mano. Luego se apeó.

—¡Maldita sea la estampa de esos pajarracos! —gruñó.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre obeso.

—¡Se llevaron la llave! Tendremos que largarnos a pie.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Todos se metieron por entre los matorrales que bordeaban el camino.

Recorrieren unos cien metros y se organizaron de forma que viajaran en fila india. Se turnaban en encabezar la procesión y abrir paso por entre la maleza.

El jefe obeso se quedó atrás con el boxeador.

—No le he visto a usted en mi vida antes de ahora —dijo—. Debiéramos conocernos.

—Eso pudiera ayudar —asintió el púgil.

—¿Cómo se llama usted?

—En estos momentos “Toro” Retz —contestó el señalado—. ¿No fue usted a ver los combates al Boston Arena anoche?

—Yo rara vez voy a ver combates de boxeo.

—Entonces no me vió. Más vale así. Muchacho, ¡qué paliza me dieron!

—Perdió, ¿eh?

—¡Y que lo diga! Había uno que manejaba los puños como un maestro. Mire, el tipo ese debió meterse pimienta en los guantes Dios sabe cómo. Y, cuando consiguió que me empezaran a escocer los ojos, me pegó con todo menos el cubo. Si me encuentro alguna vez con ese...

—Déjelo correr. —El hombre obeso se puso bien el sombrero negro—. Como he dicho, es la primera vez que le veo a usted. ¿Por qué nos ha ayudado?

—Bajaba por la carretera. Vi que estaban ustedes en un mal trance.

—Y... ¿por qué nos ayudó? —inquirió el jefe, brillando, la curiosidad en sus ojos.

El que dijo llamarse "Toro" Retz pareció reflexionar profundamente.

—Parecían ustedes de categoría —contestó por fin.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

El hombre se encogió de hombros.

—El «manager» y los gastos de entrenamiento se comieron la parte de la bolsa de anoche que correspondía a vencido. Estoy pelado. Le camelé a un periodista para que me sacudiera un pasaje de avión que a él le habían regalado. Les vi a ustedes y me parecieron hombres que sabrían corresponder si se les hacía un favor.

—Ya... Creyó que sabríamos corresponder...

—¿Por qué no? O... ¿dime he equivocado quizá?

—No es preciso que se ande por las ramas conmigo —le advirtió el otro, con sequedad.

Bueno —sonrió el boxeador—. Estoy pelado, como he dicho. Se me ocurrió que tal vez pudieran echarme un cable.

—¿Qué sabe hacer?

La sonrisa del señalado rostro se hizo más expansiva.

—Sacudir estopa. Y... no soy mojigato.

—Ya... —repitió el hombre obeso.

Siguieron andando y el boxeador empezó a dar muestras de duda y de inquietud. Por fin se volvió y se encaró con el hombre

obeso.

—Oiga —lloriqueó—: No pido gran cosa. Les hice a ustedes un favor, ¿sabe? ¿No voy a sacar nada de eso? No digo que me sacudan guita. Sólo que me den una entrada. Algo en que uno pueda levantar cuartos, ¿sabe? ¿Qué me dice?

—Claro —respondió el hombre obeso—, claro que le daremos algo...

—¿Algo bueno?

—Algo muy bueno.

Siguieron andando y el hombre obeso se rezagó un paso, metiéndose las manos en los bolsillos, distraídamente. Sacó una de ellas sigilosamente un instante después.

Sujetaba un cilindro de cuero, relleno de perdigones, que debía haber obtenido de alguno de sus compañeros. Lo alzó de pronto, y volvió a dejarlo caer con terrible fuerza.

Parecía como si el boxeador hubiese presentido lo que ocurría, porque se inclinó un poco y recibió el impacto encima de la cabeza y no en la nuca.

Pero se oyó un fuerte ruido y el hombre cayó de bruces, se estremeció un poco, y luego se quedó inmóvil y exangüe.

Uno de los hombres miró a su jefe.

—A lo mejor el tipo ese obraba con la mejor intención del mundo, telégrafo —dijo.

El obeso “telégrafo” movió afirmativa y apaciblemente la cabeza y volvió a guardarse el cilindro.

—No nos hallamos en situación de correr riesgos con un caballero a quien no conocemos —murmuró.

CAPÍTULO IV

OTRO FANTASMA

NO abandonaron el exánime cuerpo del boxeador inmediatamente.

«Telégrafo» se inclinó y le dio un pellizco bien fuerte; pero no observó movimiento alguno que hiciese suponer que el otro fuera a recobrar el conocimiento. Luego le registró los bolsillos.

Encontró cartas dirigidas a Leopoldo Retz, a Boston, y las leyó, viendo que todas trataban de combates futuros y asuntos relacionados con el entrenamiento de un boxeador.

Había también un manojo de recortes de periódicos que parecían recientes.

Eran de diarios deportivos y uno de ellos decía:

UN TORO MANSO

"Toro Retz dejó demostrado palpablemente una cosa, anoche, en su combate. Como boxeador, resulta una excelente alfombra para limpiarse las botas."

«Telégrafo» rió y examinó los otros recortes.

—¡Qué combate debió ser ése! —murmuró.

—Parece ser que este tipo decía la verdad —dijo uno de los otros—. Tal vez no debiéramos haberle sacudido.

—¿Por qué no? —exclamó «Telégrafo»—. Era un desconocido, ¿no? Y ¡qué primos seríamos si diéramos entrada a un desconocido! Este asunto es demasiado grande para tipos como este bestia.

Aquello pareció decidir la cuestión, y siguieron andando aprisa. Uno del grupo dio muestras de conocer los alrededores y, antes de haber transcurrido mucho rato, salieron a un camino muy frecuentado.

No se dirigieron a la acera del mismo, sino que caminaron en línea paralela con él, recorriendo cosa de un cuarto de milla hasta

que uno de los hombres señaló y dijo:

—Ya sabía yo que estaba por aquí.

Lo que señalaba era un poste de teléfonos a cuyo lado había una cabina pequeña. Era uno de los teléfonos instalados a lo largo de la carretera para uso de motoristas que pudieran necesitar pedir ayuda urgente.

Uno de los hombres se metió en la cabina telefónica e hizo una llamada.

—Uno de nuestros coches vendrá aquí a recogernos dentro de media hora —dijo.

Se retiraron tras los matorrales a esperar y charlar.

—Dinos lo que pasó en el avión, “Telégrafo” —solicitó uno de los hombres.

«Telégrafo» se quitó el sombrero y se puso a darle vueltas sobre una rodilla.

—Parecía que todo salía a pedir de boca —dijo—. Me hice reservar dos asientos en el aeroplano y me senté en el de atrás. De pronto, cuando nos acercábamos a Nueva York, uno de los viajeros abrió una ventanilla para asomar la cabeza y mirar algo. Se produjo una corriente y levantó un papel del asiento de delante... de delante mío, quiero decir.

Uno de los hombres alzó una mano.

—¡Chitón! —dijo—. Baja un hombre por la carretera con un carro. Pudiera oírnos.

Se alzaron y vieron al hombre en cuestión.

EL carro era desvencijado y estaba cargado de toda clase de trastos viejos.

El hombre iba mal vestido y parecía lo que era: un trapero.

«Telégrafo» dejó de hablar; pero esto no significa que interrumpiera su relato. Empezó a hacer signos leves con las manos.

Los movimientos aquellos parecían formar parte de un sistema de comunicación rápida. Desde luego no era el procedimiento empleado normalmente por los sordomudos.

Prosiguió la conversación de tan extraña manera hasta que el trapero se hubo alejado, después de lo cual, se volvió al método oral. Tal relato parecía haber progresado bastante durante el rato que habían hablado por señas.

—Y... ¿dices que después de disparar oíste gritar una voz? —

inquirió uno de los hombres.

—Sí.

—¿Fue Easeman el que gritó?

—¿Easeman? —«Telégrafo» movió negativamente la cabeza—. No lo sé. Creí que Easeman estaba muerto. Lógicamente debiera estarlo.

Uno de los hombres se encogió de hombros.

—Buen, pues ya te he dicho lo que encontramos al registrar el aeroplano: nada en absoluto.

«Telégrafo» soltó un gemido y se cogió la cabeza con las manos.

—Es un lío... y aun no os he dicho lo que más me preocupa.

—¿Qué?

—Las palabras que fueron gritadas en el avión.

—¿Cuáles fueron?

—¡Doc Savage!... ¡Tenga cuidado!

Durante unos instantes nadie dijo una palabra. Luego uno de los hombres, uno delgaducho que no parecía muy sobrado de salud, se inclinó hacia delante. Se había puesto muy pálido.

—Escucha —exclamó, roncamente—: ¿He oído bien? ¿Alguien mencionó el nombre de Doc Savage en ese aeroplano?

«Telégrafo» asintió lentamente con la cabeza.

—Sí —dijo.

El hombre soltó un gemido y murmuró:

—¡Ahora me acuerdo!

—¿Qué? —inquirió «Telégrafo» con torvo gesto.

El otro se irguió, nervioso.

—¿Qué sabes tú de Doc Savage? —preguntó.

—Lo que publican los periódicos continuamente —contestó «Telégrafo»—. No presto mucha atención. Se dice que Doc Savage es una combinación de fuerza muscular y habilidad mental... algo fuera de lo corriente.

—Pero..., ¡su profesión! —exclamó el hombre—. ¿Has oído hablar de ella?

—Tal vez lo llames tú profesión —dijo el hombre obeso, con sequedad—. Yo no la llamo así. Ese hombre anda por ahí metiéndose en los asuntos de los demás.

—Ayuda a aquellos que él cree merecedores de ello.

—Por lo que de él he oído —dijo «Telégrafo»—, es un

aventurero en gran escala... Pero... ¿a qué viene todo eso?

—¿Has oído hablar de sus cinco ayudantes... de los cinco hombres que ayudan a Doc Savage? —preguntó el hombre enfermizo, que estaba asustado.

«Telégrafo» asintió con impaciencia.

—He leído algo de ellos también. Cada uno de ellos es especialista en algo. Uno es químico, otro abogado, otro ingeniero, otro una maravilla en cuestiones de electricidad y...

—¡Escuchad! —interrumpió otro del grupo—. ¿Qué tiene que ver todo eso con que gritaran el nombre de Doc Savage en el avión? Yo he visto a Doc Savage. Le conozco de vista. Una vez se ve a ese hombre, no se le vuelve a olvidar. No estaba en ese aeroplano.

—¡Cállate! —le dijo el asustado—. Estoy hablando de sus dos ayudantes, llamados Monk y Ham. Monk es el químico y Ham el abogado.

—Bueno, ¿y qué? —inquirió «Telégrafo», con hastío.

—¿No has oído hablar del cerdo Habeas Corpus, mascota que siempre lleva consigo el químico Monk?

—¿Cerdo? —«Telégrafo» pareció aturdido—. ¡Pero... esos dos hombres... tenían un cerdo!

—¡Tú lo has dicho! El tipo ese que parecía el gorila era Monk. El otro, el del bastón negro, era Ham. Es un bastón estoque.

«Telégrafo» se cogió la cabeza con las manos. No habló durante un buen rato.

—Esto es infernal —murmuró, por fin.

—Bastante —asintió el hombre enfermizo.— Pero cuando Doc Savage nos alcance aún lo será más. He oído decir muchas cosas de ese hombre.

Hubo silencio unos instantes, durante los cuales se miraron todos unos a otros, con inquietud.

—Doc Savage se ha enterado de nuestra existencia —dijo uno—. ¿Cómo ha sido eso?

Otro alargó bruscamente la mano y le asió el brazo a «Telégrafo».

—¿Fue Easeman el que gritó en el aeroplano? —exigió.

—No lo sé —contestó el hombre obeso. Era una voz ahogada. Y ya os he dicho que creía que Easeman había muerto.

—¿Cómo te explicas la nota que el viento te llevó a la cara?

El hombre obeso se puso el sombrero, sacó la nota que estaban discutiendo.

—Había unas cajas pequeñas con papel, tinta y pluma en los respaldos del asiento —dijo—. Esta es una hoja de ese papel. Tomad... miradlo.

Los hombres se agruparon y leyeron la nota. “Telégrafo” se puso en pie y se separó un poco de ellos, clavando la mirada en la carretera.

Era muy concurrida. Pasaban coches con bastante frecuencia.”Telégrafo” volvió cuando los hombres hubieron acabado de leer.

—Eso aclara bastante lo ocurrido, ¿no? —preguntó—. Esa es la escritura de Easeman.

—Pero... ¿cómo consiguió esa información? —preguntó uno de los del grupo.

—¡Espiándonos! ¡Esa es la única manera como puede haberla conseguido! ¡Maldita sea su estampa! No era tan débil como nosotros creíamos. Se estaba preparando para darnos que hacer. ¡Esta nota lo demuestra!

—He estado pensando en eso —dijo “Telégrafo”—. Y no tiene nada de agradable. ¡Maldita sea...! ¡Precisamente cuando creíamos que las cosas empezaban a andar bien!

—Tal vez Easeman esté muerto después de todo —murmuró un hombre, esperanzando.

—Eso sería un alivio —asintió «Telégrafo».

Estaba doblando, lentamente, la nota. Cogiéndola entre índice y pulgar, se dispuso a metérsela en el bolsillo. No llegó a completar el movimiento.

Se le abrió la boca de par en par. Soltó un grito. Su rollizo cuerpo se estremeció convulsivamente. Se encogieron sus piernas y ocurrió algo escalofriante: durante varios segundos pareció suspendido por completo en el aire sin rada que le sostuviera. Luego cayó pesadamente, al suelo.

A continuación le salió la nota del bolsillo y se alzó, verticalmente, cosa de un metro ochenta. Entonces pareció cogerla la brisa y la nota revoloteó en el aire.

El semblante de «Telégrafo» era una máscara de horror. Luchó por recobrar el habla.

—¡Usad las pistolas! —aulló.

Los hombres habían recogido sus armas del suelo después de haberse presentado el boxeador. Las sacaron ahora y empezaron a disparar.

Lo hacían a tontas y a locas. No tiraban contra ningún blanco determinado; pero era de observar que ninguno de sus disparos se dirigía al suelo y al aire.

Los proyectiles cortaban hojas, arrancaban corteza de los árboles.

“Telégrafo” se puso en pie. Tenía el rostro congestionado y los ojos saltones. Se acarició el cuello.

Se le veían en la garganta unas señales moradas. En un sitio se le había cortado la piel. Unas gotas de sangre resbalaron, manchándole el cuello de la camisa. Recobró el dominio sobre sí.

—Es inútil —dijo—. Dejad de disparar.

Cesó el tronar de las pistolas.

—¿Hacia dónde voló la nota? —inquirió «Telégrafo».

Un hombre señaló.

—Hacia allá. Se la llevó el viento.

—¡Buscadla! Luego nos largaremos de aquí.

Su forma de proceder fue rara en extremo. Se agruparon, bien pegados los unos a los otros, y avanzaron en la misma dirección que tomara la nota.

Después de recorrer unos metros así, empezaron a mirar a su alrededor con creciente ansiedad.

—¡Ha desaparecido! —gimió «Telégrafo».

Uno de los hombres soltó un grito y señaló, exclamando:

—¡Mirad!

A unos cincuenta metros de distancia se agitó un matorral, como si alguien lo hubiese movido. Sin embargo, no había nada visible por allí.

Los hombres avanzaron con las pistolas preparadas, hasta que uno de ellos, observando el suelo, soltó un sonido sibilante y alzó el brazo.

La tierra era blanda y tenía huellas pisadas y señales tales como haría un hombre que se arrastrara por el suelo.

—Había alguien rondando por aquí —dijo “Telégrafo”.

Empezaron a correr, siguiendo las huellas. Un momento después

observaron movimiento. Era un hombre, un gigante que corría a refugiarse en un macizo de árboles. Todos le vieron.

—¡Es ese maldito boxeador! —rugió "Telégrafo"—. ¡Debíamos haberle liquidado!

Dos de les hombres dispararon y, sabiendo que no habían hecho blanco, se deshicieron en maldiciones.

—Extendeos —ordenó el hombre obeso—. ¡Nos quitaremos a ese tipo del paso por lo menos!

Se oyó de pronto una especie de gemido en la distancia y se fue haciendo mayor. «Telégrafo» y sus hombres se miraron.

—Policía —dijo «Telégrafo».

Allá cerca, en la carretera, sonaron tres notas musicales de una bocina. Casi inmediatamente fueron repetidas.

—Ese es nuestro coche —dijo uno—. Más vale que nos larguemos.

—La idea es buena —asintió "Telégrafo». Echaron a correr hacia la carretera.

Por el camino, los hombres sacaron pañuelos y limpiaron cuidadosamente toda huella dactilar de las pistolas. Luego las tiraron.

Era evidente que habían tenido dificultades con la policía en otras ocasiones y conocían las leyes acerca de la tenencia ilícita de armas.

—¿Estáis seguros de que ninguno de vosotros dejó huellas dactilares en el interior de la pistola cuando las engrasó la última vez —jadeó «Telégrafo»—. Y... ¿limpiasteis los cargadores antes de ponerlos?

—¿Crees tú que somos principiantes? —gruñó alguien.

Llegaron al coche. Era tipo sedan, ni demasiado viejo ni demasiado nuevo.

Un joven bien vestido y de agradable semblante conducía. Abrió las portezuelas.

—La «bofia» debe haber oído vuestra guerrecita —observó—. ¿Dónde queréis ir?

«Telégrafo» fue el último en subir al coche. Se inclinó hacia fuera para coger la portezuela y cerrarla.

—Charlaremos un rato con la hija de Easeman —dijo, sombrío —. Ya conoces las señas: Central Park West. Tal vez sepa algo de su

viejo.

Se hallaba de cara a los matorrales al decir esto.

La puerta del coche se cerró de golpe. El conductor quitó los frenos y movió la palanca de las marchas. El vehículo se puso en movimiento.

Fue, ganando velocidad rápidamente. Tiró en dirección opuesta a aquella de donde venía el sonido de la sirena policíaca.

Aún no había desaparecido el coche de vista, ni había aparecido el de la policía —un recodo del camino lo ocultaba— cuando se oyó un ruido entre los matorrales y aparecieron Monk y Ham.

Habían estado corriendo; pero ninguno de los dos jadeaba, evidente prueba de su inmejorable estado físico. El traje del abogado estaba algo menos inmaculado de lo que estuviera antes.

Aún llevaba su bastón estoque. El cerdo Habeas Corpus les seguía.

Fue el puerco el primero en descubrir al boxeador. Este se hallaba de pie detrás de un matorral, con un telescopio en la mano.

Monk y Ham corrieron hacia él. Ambos sonreían expansivamente, y el cerdo Habeas Corpus saltaba de un lado a otro como entusiasmado.

—Oye, Doc, ¿qué significa todo esto? —preguntó Monk.

CAPÍTULO V

LA MUCHACHA DE VERDE

EL gigante de la cicatriz, de las orejas hinchadas y los nudosos dedos, se metió el telescopio en el bolsillo y volvió a meterse entre la maleza.

Allá en la carretera, el coche de la policía avanzaba lentamente, buscando el lugar en que sonaron los disparos que habían sido oídos desde lejos.

Era posible que hubiesen sido oídos los gritos de los hombres de «Telégrafo» también, y que alguien hubiera avisado a la policía.

—¿Y los guardias? —preguntó Monk.

—Nos estarían interrogando durante una hora o más —El boxeador hizo un gesto en dirección al aeródromo—. Tenemos que hacer.

Retrocedieron, despacio al principio, cuidando de no hacer ruido. Luego fueron más aprisa. El gigante de aspecto pugilístico había sufrido una serie de sorprendentes cambios.

Había enderezado los hombros y erguido la cabeza, que llevara encogida para hacer más grueso su cuello. Parecía medir sus buenos treinta centímetros más de estatura. También había dejado de arrastrar los pies.

—¿Qué fue lo que dio principio a todo ese tiroteo, Doc? —inquirió Monk.

El gigante se puso a trabajar sobre una mano mientras andaba. Los horribles nudos y las cicatrices fueron despegándose.

Aplicó el líquido de un frasquito que sacó del bolsillo y el pálido matiz de la piel se convirtió en grisácea mancha que se limpió con un pañuelo.

La mano, libre por fin de su caracterización, era fuerte y tenía

unos músculos de sorprendente tamaño. El color era de un tinte bronceado poco corriente y la piel era finísima.

—Lo que provocó el tiroteo fue bastante misterioso— dijo lentamente —.

—¿Qué quieres decir con eso?

El gigante contó en pocas palabras cómo había sido atacado «Telégrafo» y comentó la desaparición de la nota. Su voz había, perdido el tono áspero del boxeador. Resultaba ahora asombrosa y vibrante, como si indicara fuerza contenida.

—¡Rayos! —explotó Monk, cuando hubo acabado el relato—. ¡El asunto tiene detalles que parecen sobrenaturales! ¿No lo explicó su conversación?

—Hablaron de un hombre llamado Easeman y parecían tener mucho interés en saber si vivía o no. También se expresaron mediante un sistema de señales con las manos. Debe de tratarse de un procedimiento especial suyo, una especie de taquigrafía de signos. No había un movimiento por cada letra del alfabeto, sino señas que, evidentemente, representaban frases enteras. Por desgracia, no logré sacar mucho en limpio de ello.

Había limpiado su otra mano ya, y se puso a trabajar sobre su rostro. Las deformaciones de las orejas resultaron estar simuladas con una substancia que parecía goma.

Unas piezas minúsculas de metal le mantenían abiertas las fosas nasales. Al quitarse la cera que llevaba en las mejillas, cambió por completo todo el contorno de su cara.

—¿Qué sacas tú en limpio de todo este asunto, Doc? —inquirió Monk.

El gigante fue lento en responder.

—Es imposible asegurar nada —contestó—. Recibí aquel telegrama de Boston diciéndome que viajara en el aeroplano, disfrazado. El mensaje iba firmado con un nombre que nada significaba.

Aplicó parte del contenido del frasco a sus facciones y luego se lo limpió.

La transformación fue poco menos que increíble. Su rostro se tornó notablemente bien parecido. Su color era el mismo bronceado de las manos.

Su cabello, limpio del tinte con ayuda del líquido del frasco, era

de un color bronceado levemente más oscuro que el de la piel.

El zumbido de motores de aviación delató la situación del aeropuerto.

El gigante torció a la derecha y no tardaron en llegar a su roadster, que estaba casi oculto entre un macizo de árboles donde lo había metido mientras seguía a «Telégrafo» y a los dos aviadores.

Monk preguntó:

—Pero Doc, ¿qué clase de pista tenemos?

—«Telégrafo» le dijo a su chofer que les llevara a la casa de un tal Easeman, que tiene una hija —explicó Savage.

Ham exclamó:

—Pero… ¿cómo lograste acercarte lo bastante para oír?

No acabó la frase. Había recordado que, cuando lo encontraron, Doc estaba usando un telescopio. El gigante de bronce, entre sus muchas habilidades, contaba la de saber leer en el movimiento de los labios.

El piso de P. Treve Easeman se hallaba situado en uno de los magníficos edificios que se alzaban frente al Central Park West.

Había otros Easeman en el listín de teléfonos que habla consultado Doc; pero ninguno de ellos vivía en Central Park West.

Doc dejó el coche en una bocacalle próxima y, acompañado de Monk y de Ham, avanzó hacia la marquesina de la entrada del edificio, bajo la cual se hallaban dos porteros tan elegantemente uniformados como si fueran almirantes.

—¡Chitón! —exclamó Monk de pronto—. ¡Mirad! ¡Parándose junto al bordillo!

Doc dijo, serenamente:

—El pararse a mudar de ropa les debe haber retrasado.

Un coche grande, tipo sedan, de aspecto caro y con chofer vestido con rica librea, se detuvo en aquel momento junto al bordillo. Los dos porteros saludaron y lucharon con las manecillas de las portezuelas.

La hilera de hombres que se apeó tenía un aspecto la mar de respetable.

Vestían de impecable etiqueta todos, llevando incluso guantes blancos, sombrero de copa y bastones negros brillantes.

“Telégrafo” iba delante de todos. Le seguían otros cuatro, todos ellos miembros de su organización que habían tomado parte en el

asunto del aeropuerto.

Un muchacho ruidoso y nada limpio corrió hacia el grupo que se apeaba del automóvil. Agitaba unos periódicos en la mano.

—¡El joyero más importante de la ciudad se vuelve loco! —gritó —. ¡Número extraordinario! ¡Edición especial! ¡Lean las últimas noticias!

Uno de los porteros dijo:

—No puedes vender periódicos aquí.

—¡Un joyero ve volar las joyas y se vuelve loco —aullaba el chiquillo—. ¡Edición especial! ¡No deje de leerla!

El portero exclamó, hablando por las comisuras de los labios.

—¡Lárgate de aquí, so golfo, antes de que te acerque la puntera... al asiento de los calzones!

«Telégrafo» sonrió, se acercó y dijo:

—Un momento por favor.

Y compró uno de los periódicos. Juntos entraron todos en el espacioso vestíbulo, iluminado con luz indirecta, y se aproximaron a la telefonista.

—El señor Edmunds y compañía, a ver a la señorita Ada Easeman.

La telefonista les anunció por teléfono. Luego les contestó:

—La señorita Easeman les suplica que suban.

«Telégrafo» dejó que sus compañeros echaran una mirada a los titulares del periódico mientras subían en el silencioso ascensor. Una de las noticias parecía interesarles vivamente.

JOYERO TRASTORNADO CUENTA EXTRAÑA HISTORIA

“W. Carlton Smythe —Váncell,— principal joyero de la ciudad de Nueva York, ha sido entregado a los cuidados de un psiquiatra, según se nos notifica esta tarde. Se anuncia que Smythe —Vancell padece de alucinaciones a causa de haber visto que una bandeja en que se hallaban las joyas más valiosas de su establecimiento se levantaba sola y salía flotando, sin ayuda de nadie, de la tienda. Se asegura que las joyas, que valen cerca de un millón, han desaparecido. La policía trabaja sobre el asunto.”

Ni “Telégrafo” ni sus compañeros dieron la menor muestra de que el asunto excitaba en ellos especial interés; pero cuando se hubieron apeado en uno de los pisos y se hubo marchado el ascensor, uno de los del grupo rió secamente.

—Un duende debe de haberse llevado esas joyas —dijo.

—Es muy posible —asintió «Telégrafo». Luego miró al hombre que había hecho el comentario—. ¿Cuál era el valor de las joyas?

—Dos millones —contestó el otro—. Un comprador de género robado nos ha ofrecido un millón ya y aún subirá el precio.

—Señores —dijo «Telégrafo», serenamente:— comprenderéis, naturalmente, que este asunto de las joyas sólo fue lo que pudiéramos llamar una prueba de la eficacia, de nuestro descubrimiento aplicado en una dirección determinada.

—¡Y tan determinada! —rió uno de los hombres.

—¡Señores! —exclamó el hombre obeso, con satisfacción—. ¡Tenemos al mundo a nuestros pies!

—Tal vez sea necesario apelar a muchos argumentos convincentes para que el mundo se dé cuenta de ello —dijo otro.

Con rollizo dedo, «Telégrafo» golpeó la noticia del suceso.

—Este es el primer paso —anunció—. En cuanto hayamos liquidado el asunto de Easeman y «Rebañahuesos», tendremos capital suficiente para trabajar en gran escala.

El pasillo por el que avanzaban estaba lujosamente adornado. Llegaron a una puerta, les fue abierta, y entraron sin vacilar. El interior era oscuro.

Parpadearon deslumbrados al inundarse la habitación de luz.

—Señores, ¿han visto ustedes funcionar alguna vez de cerca una escopeta de repetición? —inquirió una voz femenina, sombría y decidida.

Era evidente que «Telégrafo» y sus hombres sabían dominar los nervios, pues se limitaron a mirar al cañón de la escopeta y, excepción hecha de uno, al que se le cayó el cigarrillo de los labios, ninguno pareció muy turbado.

Una joven manejaba, la escopeta y su forma de agarrarla era la de un cazador que aguarda que alce el vuelo un pájaro para disparar. Su postura indicaba que aquélla no era la primera vez que manejaba una escopeta.

—Cada uno de ustedes se agarrará las alas del sombrero y tirará de ellas hasta taparse los ojos —ordenó—. Y si creen que hablo por hablar, desobedezcan mis órdenes y verán lo que pasa.

Su voz denotaba cultura, no delataba el menor temor y expresaba un convencimiento enfático.

—¡Pronto! —ordenó—. ¡Cálense el sombrero hasta las orejas y tápense los ojos!

Tenía las uñas esmaltadas de un color esmeralda poco común. Este color hacía juego con el del vestido de sastre que llevaba.

«Telégrafo» y sus hombres se encasquetaron el sombrero hasta los ojos.

Luego, la muchacha les ordenó que alzaran las manos y se movió entre ellos, cacheándoles con ágiles dedos y quitándoles las pistolas de los bolsillos y de las fundas que llevaban debajo del brazo.

Era evidente que aquella joven no era una muchacha corriente. Sus movimientos eran felinos y se notaba un desarrollo muscular mayor de lo corriente en sus brazos y espalda.

«Telégrafo» habló desde debajo del sombrero.

—Mi querida señorita Easeman; está usted cometiendo un error. Somos detectives...

...contratados por mi padre como escolta antes de desaparecer —completó la muchacha—. Eso es lo que me dijeron ustedes durante su anterior visita. Y en dicha ocasión me sonsacaron hábilmente para averiguar qué sabía yo, exactamente, de la desaparición de mi padre. Supongo que habrán vuelto esta vez con el mismo objeto, ¿no?

«Telégrafo» empezó a decir:

—Pero, mi querida niña...

—¡Nada! —le interrumpió la aludida—. He averiguado quién es usted.

Los hizo descubrirse para conducirlos a una biblioteca grande magníficamente amueblada. Abrió el cajón de una mesa y extrajo de él dos cosas: un vaso y una minúscula máquina fotográfica, que se componía casi exclusivamente de objetivo.

—Procuré parecer muy tonta durante su visita anterior —dijo—. Eso fue para tener ocasión de usar la máquina, que toma instantáneas a la luz eléctrica corriente. Y también logré que dejara usted sus huellas dactilares en este vaso. Llevé las fotografías y las huellas dactilares al departamento dactiloscópico de jefatura.

Esta información hizo que el hombre obeso exhalara un suspiro.

—Me debo estar volviendo descuidado —dijo.

—Desde luego no ha hecho usted mucho honor a su fama —le

aseguró la muchacha—. Al repasar el fichero se descubrió que era usted “Telégrafo” Edmunds uno de los estafadores y chantajistas más listos del país.

—¡Absurdo! —suspiró el hombre.

—Adquirió el apodo de «Telégrafo» debido al sistema de signos que emplea para hablar con los miembros de su banda —agregó la joven.

Esto pareció recordarle a Edmunds algo que había olvidado. Se limpió una uña de la mano derecha con el pulgar de la izquierda.

Se quitó una mota de polvo imaginaria del puño. Uno de los hombres juntó el pulgar y el índice de la mano izquierda.

—¡Quietos! —ordenó la muchacha—. ¡Se están hablando por medio de su sistema de telegrafía!

—¡Absurdo! —repitió “Telégrafo”.

Y se encogió de hombros. Sus manos no dejaron de moverse. Hicieron nuevos signos que para una persona que nada sospechase, hubieran parecido señales de nerviosismo, pero que la joven fue lo bastante perspicaz para reconocer como lenguaje.

Su escopeta se disparó con ensordecedor estampido.

«Telégrafo» soltó un aullido y cayó al suelo. Se hizo una bola y se retorció, sus gemidos resultaban horribles.

—¡Levántese! —gruñó la muchacha, amenazando a todos con la escopeta—. ¡Disparé por encima de su cabeza!

Telégrafo» siguió retorciéndose y gimiendo. Sus convulsiones le hicieron alzar la cabeza y se le vió la cara. La tenía manchada de rojo. Gimió, y unas burbujas encarnadas le aparecieron en los labios.

La muchacha pareció aturdida. Palideció levemente. La escopeta tembló en sus manos.

Uno de los hombres alargó un pie, lo enganchó en una mesita y la tiró en dirección a la muchacha. Esta la esquivó.

Otro hombre le tiró con su sombrero de copa, que dio en la cara de la joven.

Un instante después se le echaban todos encima, luchando por quitarle la escopeta, de la que se apoderaron casi inmediatamente. Tres de ellos dedicaron casi todos sus esfuerzos a sujetar a la muchacha.

«Telégrafo» se levantó, del suelo, se limpió la cara con un

pañuelo y recogió los trozos de una pluma estilográfica que había estado cargada de tinta roja.

Se guardó los pedazos.

—Un «truco» imponente —dijo—. Estaba demasiado ocupada vigilándonos a todos para verme untarme la cara de tinta.

Se dirigió a la puerta exterior, la abrió y escuchó un buen rato, tras lo cual recorrió todo el lujoso piso. Colocó un centinela en el corredor, junto a la puerta.

—Esta casa ocupa todo el piso y con toda seguridad no se oye fuera nada de lo que ocurre dentro —dijo—. Al parecer, nadie vendrá a investigar el disparo.

La muchacha preguntó, con ira:

—¿Qué buscan ustedes aquí?

—Querida, deseamos saber dónde puede encontrársele a su padre P. Treve Easeman —le contestó, tranquilamente, «Telégrafo».

—No sé dónde está —respondió la joven, con brusquedad.

El otro sonrió sin entusiasmo.

—Sabrá usted, naturalmente, lo que le ha ocurrido a su padre.

—No lo sé. ¿Por qué no me lo dice?

«Telégrafo» rió, con aspereza.

—¡Qué listo sería si lo hiciera!

Ada Easeman echó hacia atrás la cabeza.

—Mi padre desapareció —dijo—. Desde entonces han ocurrido cosas muy extrañas. Una crecida cantidad de dinero desapareció de la caja de caudales de este piso, una caja de la que sólo mi padre y yo conocíamos la combinación. El agente de Bolsa de mi padre me ha dicho que mi padre le telefoneó pidiéndole que vendiera ciertos valores por dinero efectivo. Lo hizo y fue a su despacho con el dinero. Este desapareció misteriosamente.

—Parece ser que su padre ha estado reuniendo dinero —dijo «Telégrafo».

—Sí —respondió la muchacha—, y con toda seguridad, usted sabrá el porqué.

—¿Cuánto dinero ha reunido?

—Mucho. Algo más de un millón de dólares.

«Telégrafo» había estado sonriendo; pero no con sonrisa sincera. Ahora, sin embargo, su sonrisa se hizo expansiva y hasta gozosa.

—Esto parece indicar que Easeman tenía intención de acceder a

nuestras exigencias —les dijo a sus compañeros.

—Pero... ¡si intentaba luchar contra nosotros! —exclamó uno de ellos.

—Naturalmente; pero preparó el dinero, lo que demuestra que estaba dispuesto a pagarlo si no tenía más remedio.

El otro gruñó:

—Lo que interesa es hacer que Easeman entre en vereda... si es que aún está vivo.

—¡Si aún está vivo! —exclamó la muchacha, en voz aguda—. ¿Qué quiere usted decir?

«Telégrafo» sacó un pañuelo y se lo metió tranquilamente en la boca.

—Yo sé cómo podemos pararle a Easeman —dijo—. Haremos con esta muchacha lo mismo que hicimos con él.

—Eso debiera bastar —asintió el otro—. Espero que puedas arreglar lo demás con la misma facilidad.

—¿Qué demás?

—Lo de Doc Savage.

«Telégrafo» soltó una blasfemia.

—Discutiremos todo eso con el jefe supremo —gruñó—. Hasta el propio Doc Savage se dará cuenta de que en él, ha encontrado la horma de su zapato.

Una voz juvenil y profunda dijo tranquilamente:

—Me parece a mí que esto es lo que acostumbra llamarse un verdadero cuadro.

«Telégrafo» Edmunds estaba sujetando su chistera con las dos manos. La soltó, dio media vuelta, y miró hacia la puerta que daba al corredor. Se quedó boquiabierto de sorpresa.

—¡Cuidado! —les gritó a sus hombres.

—Eso se me antoja un consejo muy indicado —aseguró la voz juvenil y profunda.

El que hablaba se hallaba en el hueco de la puerta. Era un hombre delgado, más alto de lo corriente y de recia musculatura. Un cabello rizado, muy negro, le hacía parecer aún más joven de lo que era.

Sus agradables facciones eran atezadas y tenía un bigote encerado que en contraste con lo oscuro de su cabello, resultaba casi blanco. Parecía vivaz y hombre de mundo.

Con la mano izquierda sujetaba fuertemente contra su pecho el cuerpo del centinela que había quedado en el corredor. Este había perdido el conocimiento.

El joven del cabello negro y bigote blanco tenía un revólver en la mano derecha, un revólver de gran calibre, pero muy compacto. El arma daba la impresión de estar compuesto principalmente de cañón y cilindro.

—Hazles encasquetarse el sombrero sobre los ojos para que no puedan ver —dijo la muchacha, quitándose la mordaza—. Eso es lo que yo hice, Russ.

—Me parece una idea excelente —sonrió el joven.

«Telégrafo» Edmunds rechinó los dientes.

—¿Quién es este pájaro? —preguntó.

Uno de sus hombres respondió a la pregunta.

—Se llama Russel Wray —dijo.

—Me tiene sin cuidado cómo se llame —gruñó «Telégrafo»—. ¿Quién es? ¿Qué es?

—Era escolta particular de Sawyer Linnett Bonefelt —dijo el otro.

—Nunca he oído hablar de Sawyer Linnett Bonefelt —dijo «Telégrafo», con pomposidad.

—Preciso es reconocer que, como embustero, no tiene usted precio —dijo Russel Wray con brusquedad—. Sawyer Linnett Bonefelt ha desaparecido de la misma manera que P. Treve Easeman. ¡Y ustedes saben algo del asunto!

«Telégrafo» contestó:

—Somos detectives a los que Easeman contrató para que le escoltaran, de igual manera que le contrató a usted Bonefelt. Nuestros propósitos parecen los mismos. Debiéramos trabajar juntos.

—¡El trabajo que yo voy a hacer es meterles a ustedes unas cuantas onzas de plomo en el cuerpo! —amenazó Wray.

—¡No les pierdas de vista, Russ! —exclamó la joven—. ¡Están mintiendo! ¡Son responsables de la desaparición de papá y de <Rebañahuesos>!

—¿<Rebañahuesos>? —murmuró «Telégrafo» con extrañeza.

—Eso es lo que llaman a Sawyer Linnett Bonefelt y no me quiera usted hacer creer que no lo sabía —dijo la muchacha.

«Telégrafo» empezó a decir algo; pero se contuvo y se quedó boquiabierto.

Sus manos hicieron un movimiento, como si separara a algo de su lado.

Estaba contemplando la puerta.

Daba ésta al corredor y el picaporte se estaba moviendo. La cerradura dio un chasquido y la puerta se abrió lentamente.

Una expresión horrible apareció en el rostro de Edmunds.

—¡Cuidado! —aulló—. ¡Cuidado!

CAPÍTULO VI

FANTASMAS

EL edificio tenía una altura de cerca de cuarenta pisos y la casa de P. Treve Easeman se hallaba casi en el último, en la parte que formaba una especie de torreón, con paredes casi tan lisas como el cristal.

La casa no estaba construida de ladrillos corrientes, sino de piedra pulida y los bloques ajustaban tan bien, que no se notaba ninguna grieta.

Para escuchar por la ventana del piso de Easeman, hubiera sido preciso escalar la pared, cosa patentemente imposible. Pero había quien escuchaba.

En realidad, no se trataba de un ser humano, sino de un abultado dispositivo de metal, hilos y composición aislante. Este estaba sujeto al vidrio de la ventana mediante un aparato de succión, de goma.

El leve golpe producido al ser éste echado contra la ventana algún tiempo antes había pasado inadvertido.

Desde el dispositivo, que cualquier electricista hubiera reconocido como un micrófono altamente sensitivo, unos hilos partían en dirección ascendente, pasaban por encima del alero del tejado, c iban a morir en una caja que contenía un potente amplificador de radio. Los sonidos recogidos por el micrófono de la ventana iban a parar, finalmente, a tres cascos de auriculares.

Doc Savage tenía puesto uno de ellos. Monk y Ham usaban los otros dos.

Guardaban silencio, escuchando con atención —cuanto ocurría en la biblioteca de Easeman. Habían oído casi todo lo dicho desde el primer momento.

Se le había escapado muy poco al sensible micrófono. Oían gritar a «Telégrafo» Edmunds.

—¡Cuidado! —gritaba—. ¡Cuidado!

Monk se apartó un auricular de una oreja, como para oírse hablar a sí mismo, y tragó saliva. Su vocecilla expresaba asombro.

—¡Que me ahorquen si entiendo esto!

Se oyeron extraños ruidos por los auriculares. Algunos de los golpes eran reducidos indudablemente, por sillas al caer. Oíanse gemidos y gruñidos y tacones frenéticos en el suelo entarimado.

Un jarrón se hizo añicos. Un hombre aulló. No emitió palabra; pero el tono del grito expresaba un horror terrible.

—Suena como una verdadera batalla —gruñó Monk.

—Si no quieres que te rompa unas costillas de un puntapié, cállate —le dijo Ham.

Doc Savage no pronunció palabra. Era característico en el hombre de bronce el pasarse largos períodos en silencio, hablando poco y no perdiendo el tiempo en conversación a menos que hubiera algo que ganar con ello.

Abajo, en el piso de Easeman, un hombre gimió:

—¡No podemos con esa cosa! ¡Nos matará a todos!

—¡No lo llames cosa! —rugió Edmunds—. ¡Demasiado sabes lo que es!

Hubo más algarabía. Alguien disparó un revólver. El ruido de algo que se hacía astillas indicó que alguien había empleado un mueble para golpear.

—¡No tenemos la menor probabilidad de ganar! —aulló «Telégrafo» de pronto. ¡Fuera del piso todo el mundo!

Un hombre gritó:

—¿Qué de la muchacha y de ese Russel Wray?

—Que se queden aquí —contestó el hombre obeso—. ¡Tenemos que ir a ver al jefe supremo y discutir el asunto! ¡Vamos! ¡Largo de aquí!

Por el ruido se comprendió que los hombres luchaban por llegar a la puerta.

Doc Savage se quitó el casco telefónico.

—¡Vamos a bajar! —dijo.

Y en su voz no se notaba la menor señal de excitación.

Monk y Ham corrieron inmediatamente a la claraboya por la

que habían subido al tejado. Monk se detuvo solamente lo bastante para coger a su cerdo, Habeas Corpus, por una de las descomunales orejas.

Habeas parecía acostumbrado ya a aquel medio de viajar.

Doc Savage se entretuvo unos instantes junto a la caja que contenía el amplificador, había otra con un aparato.

Conectó ambas cajas por medio de dos alambres.

Como el piso de P. Treve Easeman no hallaba muy lejos del tejado, hicieron uso de la escalera en lugar de esperar a que subiera un ascensor.

Monk iba bramando por la escalera. El químico siempre se hacía ruidoso cuando estaba excitado.

Su voz, generalmente infantil, se convertía en bramido de toro y más de una vez, en plena pelea, completamente ileso, se había puesto a gritar como si lo estuvieran asesinando, nada más que por el gusto de hacer ruido.

—Absurdo —repitió Monk—. Aquí escuchando el jaleo que arman allá abajo y… ¿qué sacaremos en limpio? ¡Un dolor de cabeza!

—¿Querrás callarte —preguntó impaciente Ham.

Monk continuó:

—Merodeamos por los alrededores y estamos tan enterados de lo que está pasando como antes de empezar. Y ahora que me digan a mí sí eso no les…

Llegaron al corredor del piso de Easeman. La puerta estaba abierta. Una corriente de aire subía por el hueco de uno de los ascensores. Por lo demás, la tranquilidad era absoluta.

Doc corrió a la puerta y entró. La alfombra estaba toda arrugada y había manchas encarnadas en el suelo. La biblioteca estaba hecha cisco, los muebles rotos, torcidos, tumbados.

—¡Señorita Easeman! —llamó Doc.

El silencio le respondió.

—¡Wray! —La voz del hombre de bronce era un trueno.

Más silencio. Luego se oyó gran ruido de vidrios rotos por la cocina. Doc corrió hacia allí, cruzó una puerta, y encontró a Ada Easeman y a Russel Wray en medio de un montón de cristales rotos.

Evidentemente, habían intentado mover un aparador para usarlo como barricada contra la puerta, y se había derrumbado.

La muchacha no parecía haber estado metida en cosa más movida que un baile de sociedad. Su vestido esmeralda no tenía ni una arruga, su cabello seguía bien peinado.

En contraste con su inmaculado aspecto, el cabello de Russel Wray estaba manchado de rojo en dos sitios y un puño le había metido una guía del encerado bigote contra el labio, aun cuando la otra guía seguía enhiesta.

—¿Quién fue el asaltante? —inquirió Doc.

Ambos se miraron boquiabiertos. Ninguno de los dos contestó.

—¿Quién atacó? —inquirió Doc, y su voz tenía un tono que exigía contestación.

Russel Wray escupió ruidosamente para sacarse la aplastada guía del bigote del labio magullado. Luego habló.

—¡Yo creo que estaban locos! —dijo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —inquirió Doc.

—¡No había nadie! —respondió Wray, con voz que el estropeado labio hacía un poco estropajosa—. La puerta se abrió. Luego la cuadrilla se puso a dar brincos y a gritar y tirar los muebles. ¡El delirio!

—¡Aguarden ustedes dos aquí un momento —ordenó Doc Savage.

Cruzó el cuarto, salió al corredor, y se encontró a Monk y a Ham apretando con insistencia los botones, de los ascensores. Un momento después llegó un ascensor y se abrieron sus puertas.

Los tres hombres se metieron dentro con una rapidez que hizo que el empleado soltara una exclamación de susto.

El propio Doc se encargó de hacer bajar el ascensor hasta la planta baja.

Había la mar de excitación en el vestíbulo. La telefonista yacía pálido y exánime montón en su silla, donde se había desmayado; el portero estaba sentado y le corría un riachuelo de sangre por entre los dedos de las dos manos que tenía apretadas fuertemente contra la cara.

Monk, con el cerdo agarrado aún por la oreja, salió corriendo a la calle.

Depositó el animal en la acera.

—Se han escapado —dijo.

Doc y sus hombres no abandonaron inmediatamente la

persecución, aun cuando nada hubieran perdido con hacerlo, porque no encontraron pista alguna. «Telégrafo» y sus hombres eran gente lista.

No habían sido recogidos en su huida por el mismo lujoso coche que los trajera, sino por otro mucho más viejo que había estado estacionado allí cerca sin llamar la atención.

—Esos pajarracos son zorros viejos —murmuró Monk.

Ham agitó su bastón estoque con ira.

—La conversación que oímos en el piso ese no tenía pies ni cabeza —dijo P Treve Easeman y otro hombre llamado "Rebañahuesos" han desaparecido. La chica Easeman y Wray están luchando contra «Telégrafo» Edmunds y su cuadrilla. Cada uno de ellos acusa al otro de saber más de lo que dice.

Monk cogió a Habeas Corpus y le rascó las cerdas de la cabeza.

—Lo que a mí me deja pasmado —dijo—, es la lucha esa del piso. Me sonó como si fuese una batalla campal. Pero ese Wray asegura que no hubo atacantes.

Monk y Ham miraron a Doc.

—¿Qué sacas tú en limpio de todo eso, Doc? —preguntó Monk.

En lugar de contestar directamente, el hombre de bronce dijo:

—Discutiremos el asunto con Ada Easeman y con Russel Wray.

Volvieron a entrar en el edificio.

Un empleado, boquiabierto de curiosidad no saciada, les dejó en el piso de Easeman.

Oyeron el movimiento de los demás ascensores al dirigirse a la puerta del piso. La puerta estaba cerrada. Doc la probó.

—Cerrada con llave —murmuró, Monk, al observar que no cedía.

El hombre de bronce llamó con los nudillos. No obtuvo contestación.

—¡Caramba! —dijo Ham—. Habían quedado en esperar aquí.

Monk echó una mirada a la cerradura.

—Es una de esas cerraduras nuevas, a prueba de ganzúa —observó—. Más vale que intentemos conseguir una llave del superintendente.

Doc Savage hizo una seña con la mano, sin hablar; esto indicaba que sus compañeros, debían esperar. Luego sacó del bolsillo un minúsculo estuche que contenía una selección de puntas, ganchos y

ganzúas y con ellas se puso a trabajar.

Al parecer, obraba sin la menor prisa; pero apenas transcurrió un minuto antes de que las guardas cedieran y se abriese la puerta.

Entraron y cruzaron los cuartos, llamando, de vez en cuando, en voz baja hasta haber recorrido todo el piso no quedaron convencidos de la verdad.

—La muchacha y Wray se han largado —gruñó Monk—. ¿Qué rayos significa eso?

—Esto no es una buena recomendación para ninguno de los dos —observó Ham—. Se largaron, lo que parece indicar que tenían miedo de hablar con nosotros.

Monk soltó un resoplido.

—Entonces, el cuento ese de que nada atacó a Edmunds y a su cuadrilla y les hizo salir por pies sería un embuste probablemente.

Ham empezó a mover afirmativamente, la cabeza, cuando se acordó de una cosa y por poco dejó caer el bastón.

—Acaba de acudirme un pensamiento a la mente —dijo.

—Trátale con cariño —resopló Monk—. Se debe encontrar un poco fuera de lugar en un sitio tan vacío.

—¿Te acuerdas de cuando estábamos en el bosque, después de seguir a «Telégrafo» y a su cuadrilla desde el aeropuerto? —preguntó Ham—. «Telégrafo» y los suyos obraron de una forma rara allí… obraran como si les hubiera atacado algo… algo que no se pudiera ver.

—¿Algo invisible?

—En efecto.

—¡Estas loco! —respondió Monk.

Doc Savage dijo:

—Propongo que volvamos al tejado unos instantes.

Monk y Ham dieron muestras de extrañeza al seguir a Doc escaleras arriba y salir al tejado. Le conocían desde hacía tiempo suficiente para saber que cuando daba un paso, sus motivos tenía para ello; pero no lograban adivinar qué pudiera ofrecerles el tejado que les sirviera de ayuda.

Al ver el amplificador se desanimaron, creyendo que el hombre de bronce sólo había subido a recoger el aparato.

Doc Savage se inclinó sobre las dos cajas y empezó a manipularlas.

—¡Eh! —exclamó Monk:— ¿Qué es ese otro cacharro?

En lugar de responder, Doc alzó la tapa para que el químico pudiera ver el motor de relojería, el cilindro de cera negra y la caja registradora de sonido.

—¡Un aparato de registro de voz! —gruñó Monk—. ¿Lo acoplaste al amplificador?

La pregunta apenas requería contestación, porque el hombre de bronce inclinó la caja para que la aguja volviera al punto de partida del disco, y cambió la conexión de los cascos de auriculares.

Oyeron ruidos, ruidos locos de hombres que corrían frenéticos. Eran los que habían hecho «Telégrafo» y sus hombres al huir.

A continuación hubo un intervalo de silencio tras el cual sonó la voz de Doc Savage llamando: «¡Señorita Easeman! ¡Wray! Luego se oyó el ruido de las pisadas de Doc al entrar.

Tan sensible era el micrófono, que la mayoría de lo que Doc, la muchacha y Wray habían dicho en la cocina, no sólo se oía, sino que se comprendía. Se oyó la salida de Doc del piso.

Hubo otra pausa. Luego una sorpresa. El ruido de pasos indicó que Wray y la muchacha habían vuelto a la biblioteca.

—¿Quién era ese hombre alto, que parecía de bronce? —preguntó una voz.

No era Wray el que hablaba. Era una voz masculina; pero una voz que ni Doc Savage ni sus hombres habían oído anteriormente. Tenía algo extraño, sobrenatural aquel tono, un dejo indescriptible de irrealidad. Y era muy basta.

Una voz trémula de anciano.

La contestación a dicha pregunta fue sorprendente. La muchacha soltó un grito. Wray dijo algo ininteligible, enormemente sorprendido al parecer.

—¿Quién era? —insistió la extraña voz—. ¡«Rebañahuesos»! —exclamó la joven en voz aguda y asombrada—. ¿Qué está usted haciendo aquí?

—Seguía ese demonio de «Telégrafo» Edmunds —dijo la voz—. Le he estado siguiendo desde que llegó en avión esta tarde. Tenía la esperanza de que me condujese hasta su jefe, el cerebro maestro que dirige cuanto él está haciendo. ¿Quién era ese hombre bronceado?

—Doc Savage —respondió la muchacha.

—¡Hum! ¿Quién le metió en este asunto?

—Mi padre, «Telégrafo» tenía prisionero a mi padre en Boston para que no pudiera ponerse en contacto con usted. No sabían que ya habían empezado ustedes a trabajar juntos, por mediación mía y de Russel Wray. Papá telegrafió a Doc Savage para que se hallara a bordo del aeroplano de Boston hoy.

—Mal asunto —dijo «Rebañahuesos»—. Tu padre no debía de haber metido en esto a Doc Savage. Sólo servirá para excitar a esos demonios. Iniciarán operaciones en gran escala. Solos, tu padre y yo hubiéramos podido hacer algo tal vez. Si se excitan y rompen a obrar, seremos impotentes ya para hacer nada. El mundo se encontrará en una situación terrible, porque todos los guardias y todos los ejércitos y todas las marinas no podrán hacer nada en absoluto.

—Eso mismo temía yo —dijo la muchacha.

—Algo le ha ocurrido a tu padre —dijo la voz trémula.

La muchacha soltó una exclamación de terror.

—No te pongas histérica —aconsejó “Rebañahuesos” con aspereza—. Id al aeropuerto a ver qué podéis averiguar. ¿Comprendéis?

—Así lo haremos —asintió la muchacha.

CAPÍTULO VII

EL DUENDE DEL AEROPUERTO

EL cilindro no contenía más. Doc cerró los interruptores y recogió, apresuradamente, los aparatos. Monk le ayudó. Ham, que no tenía nada de mecánico, se limitó a observar y a hacer comentarios.

—¡Conque la pista vuelve a conducir al aeródromo! —exclamó—. ¿Qué será lo que nos hemos dejado pasar por alto que hemos dejado pasar por alto allí?

—Va a ser de noche antes de que lleguemos allí —dijo.

—¿Es que vamos al aeródromo? —inquirió Ham.

Doc Savage dijo:

—Es la mejor pista que tenemos.

Allá en la calle hallaron el tráfico lo bastante nutrido para hacer lenta la marcha. Pero el coche de Doc tenía una sirena de policía y las placas de matrícula llevaban números muy bajos y conocidos.

Gracias a estas cosas, pudieron hacer que se apartaran los demás vehículos y volar por el camino elevado que conducía al campo de aterrizaje, teatro de tanto jaleo horas antes.

Doc apagó los faros cuando se apartaron de la carretera real y condujo aprovechando la luz de la luna. Paró el coche antes de hallarse lo bastante cerca para que pudiera oírse el ruido del motor y recorrieron el resto de la distancia a pie.

Monk, que llevaba agarrado a Habeas por una oreja, se puso de puntillas para contemplar los negros bultos que formaban los hangares, el brillo blanco y uniforme del faro y las líneas de luces de colores que señalaban los límites del aeropuerto.

—Parece la mar de apacible —dijo.

No se acercaron a los hangares entrando por la puerta principal, sino que escalaron la alta verja de metal unos doscientos metros

más allá y avanzaron ocultos por el seto ornamental que corría paralelo con la verja.

Apenas hicieron ruido al entrar en el enorme hangar en que se hallaba el avión que había llegado aquella tarde de Boston.

Monk susurró: —Hemos de buscar a un hombre llamado P. Treve Easeman, ¿no es eso?

Doc Savage guardó silencio unos instantes.

—Tú registra el interior del aeroplano, Monk —dijo, por fin—. Ham y yo examinaremos el hangar.

Monk gruñó:

—Pero… ¡si esos pájaros registraron el avión esta tarde…!

Doc nada dijo y Monk, encogiéndose de hombros, abrió la portezuela y, con el cerdo agarrado por la oreja aún, subió; soltó el cerdo.

—¡Busca, Habeas! —ordenó.

El animal se quedó completamente inmóvil. Olfateó. Las cerdas de su cuello y su lomo se pusieron todas de punta.

Monk, ocupado en registrar la cabina con ayuda de una pequeña lámpara de bolsillo que tenía un generador en lugar de una pila, no se dio cuenta del significado de las acciones del puerco.

El químico empezó por el departamento del piloto y fue retrocediendo hacia popa, examinando cada asiento que se encontraba. Paseaba la luz por los cojines.

Bien cerca de popa, llegó a un asiento cuyos cojines estaban manchados de una forma muy rara. Monk examinó la mancha con atención. Le intrigaba.

Alargó una mano y la tocó.

Dio un brinco y la lámpara se le cayó de la mano, rodando debajo del asiento. El cojín se sentía húmedo.

Se agachó, cogió la lámpara, dio una vuelta a la lente del mismo, de forma que saliera un haz luminoso más ancho y volvió a alumbrar el asiento.

Tocó la mancha otra vez, experimentó una sensación de humedad y se miró el dedo, esperando ver algo. No tenía nada.

Aún sentía mojados los dedos y se los limpió apresuradamente en el pantalón. Un instante después sintió como si un liquido le hubiese atravesado la tela hasta mojarle la carne.

Monk parpadeó. Se apagó la luz y volvió a dar cuerda al

generador apresuradamente. Luego se llevó la mano a la nuca y se alisó unos pelos que le parecían de punta.

Vaciló, luego tocó los cojines y se llevó la yema de los dedos a los labios.

Escupió violentamente. Había notado un gusto marcadamente salino.

A proa, Habeas Corpus soltó un gruñido agudo.

Monk se puso en pie. El cerdo estaba pegado contra un asiento, enseñando los colmillos. Parecía asustado. El químico bajó por el pasillo central.

Dio dos pasos y emitió un aullido que no hubiera sido mayor si le hubieran apuñalado de repente.

Doc Savage y Ham examinaban el otro extremo del hangar y se pasaban más tiempo escuchando que examinando, en la esperanza de oír a la muchacha o a Wray. Cuando Monk gritó, ambos se volvieron rápidamente.

—¡Monk! —gritó Doc—. ¿Qué ocurre?

—¡Rayos! —aulló el químico—. ¡Este cacharro tiene algo raro!

Veían al químico por las ventanillas del aeroplano. Estaba agazapado como un enorme gorila, avanzando lentamente y moviendo la lámpara de bolsillo de uno a otro lado. De pronto Monk se detuvo. Se quedó mirando boquiabierto y con los ojos saltones.

Uno de los cojines del asiento que estaba delante de él se hundía visiblemente. Era como si un peso descendiera sobre él. Pero... ¡no se veía nada!

Monk contuvo el aliento. El cerdo estaba en tensión.

De pronto —y Monk juró después que le puso los pelos de punta para siempre— sonó un gemido. Era un gemirlo muy claro y horrible. Tenía un sonido tan ronco, que era difícil decidir de dónde había salido.

Monk se movió. Tenía que hacer algo, aunque no fuera más que saltar. Alzó una mano para asirse a un asiento y apoyarse para dirigirse a la puerta.

No llegó a tocar el asiento. En lugar de eso, sus dedos tocaron algo caliente y mojado.

Volvió a su costumbre de aullar cuando estaba excitado.

—¡Uf! —aulló—. ¡Rayos! ¡Demonios coronados!

En el otro extremo del hangar, Ham aulló:

—¡No hagas tanto ruido, so gorila!

—¡Duendes! —bramó Monk—. ¡Hay un duende en esta maldita cafetera!

Doc Savage y Ham corrieron hacia el aeroplano.

No llegaron a él. Una de las enormes puertas corredizas del hangar se abrió con gran estruendo. Empezaron a entrar hombres. Iban armados de potentes reflectores de mano, pistolas ametralladoras y pistolas corrientes.

«Telégrafo» Edmunds iba delante de todos.

Monk olvidó por completo al duende. Se llevó una mano al sobaco y sacó su pistola super ametralladora.

¡Los cristales del aeroplano eran irrompibles! Rompió uno de ellos de un puñetazo, apuntó con la pistola y oprimió el gatillo. Una especie de gemido pobló el hangar con su sonido.

La pistola estaba cargada con balas de misericordia, balas que no mataban, pero que dejaban sin conocimiento casi instantáneamente.

A Monk no le sorprendió que «Telégrafo» no cayera inmediatamente. Pero cuando el hombre obeso dio media vuelta, corrió hacia un montón de bidones de aceite y llegó a ellos sin novedad, se quedó un poco asombrado.

Aun se quedó más asombrado cuando «Telégrafo» empezó a disparar contra él con una pistola.

De pronto comprendió.

—¡Esos tipos llevan chalecos de malla a prueba de balas! —aulló.

Luego se agachó. El avión no era un aparato de guerra blindado. Las balas de revólver lo atravesaban sin dificultad. Llegó a la puerta, la abrió, saltó al suelo; corrió hacia donde se hallaban Doc y Ham.

Este último se había metido el bastón debajo del brazo y sacado otra pistola super ametralladora. Disparó y los proyectiles salpicaron su contenido químico sobre los bidones de aceite tras los cuales se habían parapetado los hombres.

Uno de ellos soltó una maldición y sus palabras se apagaron de una manera que demostraba que le había alcanzado una de las balas de misericordia.

«Telégrafo» Edmunds estaba gruñendo órdenes y, un instante después, sus hombres colocaban las lámparas de bolsillo sobre los bidones, de forma que los haces de luz iluminaran a Doc y a sus dos compañeros.

Monk se dejó caer al suelo. Disparando juntos, Ham y Doc no tardaron en apagar todas las luces. Fue una exhibición de buena puntería.

"Telégrafo" soltó toda una serie de blasfemias y maldiciones.

—¡Corred a ese maldito avión! —aulló—. ¡Tenemos que coger a ese duende que decía ese hombre que parece un mico!

Monk, corriendo aprisa, llegó al lado de Doc y Ham en el momento en que eran pronunciadas estás palabras. El químico soltó un gruñido de incredulidad y, tal vez, de alivio.

—Había algo extraño en ese aeroplano —murmuró—, os digo que sentí algo mojado y salado donde no había nada.

—Alucinaciones —dijo Ham.

—¿Quién? —preguntó Monk, no oyendo bien la palabra.

Una bala dio muy cerca de ellos, levantando trozos de cemento. Monk y Ham retrocedieron un poco, precipitadamente. Habían apagado sus lámparas. Reinaba la obscuridad en el hangar. No había más iluminación que la de las estrellas que se veían por la puerta corrediza abierta.

—Doc, ¿qué crees tú que hay en ese avión? —preguntó Monk.

No recibió contestación.

—Doc —repitió Monk.

Luego buscó a tientas a su alrededor. No había ni rastro del hombre de bronce.

En el momento en que Monk hacía su pregunta, Doc Savage avanzaba, pegado a la pared, unos cuantos metros más allá. Viajaba con el silencio de un fantasma; pero no fue muy lejos.

Hizo una pausa, observando que había suficiente luz delante el brillo de la luna que entraba por la puerta para que se viera su figura.

El hangar estaba construido un poco a la ligera, de hojas de acero sobre vigas del mismo metal, y el hombre de bronce se asió a una de estas últimas y empezó a ascender.

No tenía nada de milagrosa la ascensión; pero era pesada, porque lo único que le sostenía era la fuerte presión de sus dedos

sobre la rebarba de las vigas.

Un hombre de musculatura corriente hubiera podido ascender unos metros, tal vez cinco si se hallara en buenas condiciones físicas.

Había unos doce metros hasta la parte superior y, luego, un laberinto de vigas que cruzar en la intensa oscuridad. Un paso en falso representaba una muerte segura.

Las vías por las que se deslizaban las puertas estaban muy altas y, agazapándose a un lado, Doc logró hacer fuerza sobre las hojas de la puerta y cerrarlas de golpe. La oscuridad que cayó sobre el interior del hangar era intensamente negra.

«Telégrafo» profirió una maldición. Algunos de sus hombres le imitaron.

Dispararon contra la puerta, barriéndola de extremo a extremo, en la creencia de que alguien la había cerrado desde el suelo.

Monk y Ham contestaron al fuego con sus super ametralladoras.

«Telégrafo» volvió a blasfemar. Las pistolas super ametralladoras tenían compensadores especiales en el cañón, que, además de establecer el equilibrio contra el rebote, «digerían» el fogonazo, de tal suerte que era dificilísimo descubrir el punto desde el que se disparaban.

Doc Savage cambió de posición, progresando lentamente a pesar de su desarrollo muscular. Llegó a otra viga vertical.

¡Bajó por ella sujetándose tan sólo con las manos y tocó el suelo inmediatamente detrás de los bidones tras los cuales se habían parapetado «Telégrafo» y los suyos.

Es casi imposible que un hombre se mueva en la oscuridad sin hacer algo de ruido. Los que se hallaban detrás de la barricada hubieran oído descender a Doc si no hubieran estado atendiendo a la pelea.

Los ruidos que ellos hacían le guiaron a Doc para lanzar su ataque.

La primera víctima lanzó un gemido ahogado, semejante al que hubiera hecho un gato hambriento. Fue el único ruido que pudo soltar al asirle las manos de bronce por la garganta.

Doc no intentó estrangularle. En lugar de eso, empleó en el hombre algo que había descubierto en el curso de sus investigaciones anatómicas sobre el cerebro y en cuya aplicación la

práctica le había hecho maestro.

Buscó a tientas, localizó con las yemas de los dedos ciertos centros nerviosos y apretó con fuerza paralizadora que dejó a la víctima sin poder moverse ni hablar en un buen rato.

Uno de los otros oyó el ruido. Buscó a tientas con las manos y tropezó con Doc Savage. Un instante después, caía hacia atrás, como consecuencia del fuerte golpe que acababa de recibir en pleno rostro. Emitió un aullido.

Desde el otro lado del hangar, Monk y Ham lo oyeron, adivinaron lo que ocurría y empezaron a aullar y a disparar. La combinación del ruido y del peligro resultó superior a las fuerzas de los atacantes.

—¡Esto se pone demasiado duro! —gruñó "Telégrafo"—. ¡Larguémonos!

Se alzaron y cargaron en masa contra la puerta. Esta se negó a descorrerse.

Tres de los hombres se pusieron uno detrás de otro y lanzaron su fuerza combinada contra una de las hojas de acero. Esta se rompió, franqueándoles así la salida.

La tranquilidad que reinara anteriormente en el aeropuerto no significaba que estuviese desierto, sino que el personal, aprovechando los momentos de ocio, se hallaba reunido en el despacho del director de tráfico, charlando.

Los disparos y los gritos habían provocado inusitada actividad. Los faros de aterrizaje, de enorme potencia y que casi parecían derramar cálida luz del día, se habían encendido.

Algunos de los empleados llevaban armas. Los pilotos que transportaban sacos de correspondencia estaban autorizados a ello.

Los empleados empezaron a gritar preguntas. «Telégrafo», por toda contestación, disparó por encima de sus cabezas.

En lugar de huir, el personal del aeropuerto se dispersó, cortando la retirada en dirección a la carretera. Empezaron a disparar. Uno de los hombres de «Telégrafo» soltó un bramido y cayó, con un agujero de bala en la pierna.

El hombre obeso paseó una mirada por el grupo de sus secuaces. No constituían una fuerza móvil, puesto que iban cargados con los cuerpos de los compañeros alcanzados por las balas de misericordia, en el hangar, así como los dos a quienes dejara sin conocimiento

Doc.

Furioso, <Telégrafo> señaló aquellas cargas.

—¡No podemos dejarlos! —gimió. ¡Ese Doc Savage los cogería y los haría hablar!

—Podemos dejarlos de tal forma que no puedan hablar —le recordó alguien.

—¡No seas estúpido! —contestó «Telégrafo»—. Escasean demasiado los hombres buenos.

Uno de los hombres gritó y señaló con una mano.

—¿Por qué no usar ese trasto? —exclamó.

El «trasto» era un monoplano de un solo motor —un aparato nuevo, a juzgar por su pintura fresca y su metal reluciente. El motor estaba tapado con una cubierta de lona.

Los hombres corrieron hacia el monoplano. Uno dio un salto, asió la cubierta de lona, la quitó de un tirón, luego intentó abrir la puerta.

Estaba cerrada. Rompió la ventanilla de un culatazo y la abrió por dentro.

«Telégrafo» Edmunds se había rezagado, dando muestras de muy poca inclinación a huir en el aparato.

—¡Despegarán en otro aparato y nos seguirán! —dijo.

—Seguro —contestó uno de los otros—; pero no podemos llegar a nuestro coche con todos estos pájaros a cuestas.

—No cabemos todos en el aeroplano —gritó el hombre obeso, con ira—. Algunos de vosotros podéis coger a los que están sin conocimiento y largaros con ellos en el monoplano. Los demás intentaremos abrirnos paso hasta los coches.

Empezaron a poner en práctica este plan. «Telégrafo» y tres compañeros se dedicaron a disparar contra cuantos asomaban. El motor del monoplano tenía arranque eléctrico. Este puso en marcha el motor.

El piloto (uno de la cuadrilla era aviador) dio poco tiempo a los cilindros para que se calentaran. Embragó y el aparato echó a correr por el campo de aterrizaje, despegando casi inmediatamente.

«Telégrafo» y los otros echaron a correr hacia la orilla del campo, dejándose caer al suelo a intervalos para apagar los faros a tiros, hasta quedarse en la oscuridad.

Era evidente que lograrían escaparse.

Doc Savage, Ham y Monk estaban haciendo todo lo que podían para cortar la huida a aquellos hombres. Pero todo estaba en contra de ellos. «Telégrafo» y sus hombres parecían disponer de municiones en abundancia y no tenían el menor inconveniente en usarlas. Una vez, los empleados del aeropuerto les tomaron por enemigos y dispararon contra ellos obligándoles a refugiarse.

Gritaron iracundos, intentando convencer a los escépticos empleados de que no eran sus enemigos.

Para cuando lo lograron, el monoplano en que iban los hombres de «Telégrafo» se hallaba ya en pleno vuelo y el propio «Telégrafo» se encontraba cerca de la orilla del aeródromo.

Doc Savage y sus hombres corrieron en persecución del grupo que huía por tierra.

Un empleado corrió a un potente reflector y enfocó el monoplano con él. El aparato estaba describiendo círculos y ascendiendo más, preparado, incluso, al parecer, para prestar ayuda, a «Telégrafo» si éste la necesitase.

EL monoplano parecía un monstruo brillante bajo la luz del reflector.

«Telégrafo» y sus tres compañeros escalaron a toda prisa la valla metálica del aeropuerto. El primero hizo una pausa, apoyó la pistola en el alambre de la valla y disparó; pero sus hombres, al encaramarse, sacudieron de tal forma la valla que sus disparos no sirvieron para nada.

Doc Savage llegó a la valla un centenar de metros más allá. En lugar de escalarla, sin embargo, dio un tremendo salto y aterrizó al otro lado.

Allí se quedó, parado, fijando la atención, de pronto, en el monoplano.

Algo le estaba ocurriendo al aparato. Hundía la nariz, se tambaleaba.

Parecía a punto de estrellarse. Luego recobró el equilibrio y empezó a ascender. El reflector lo siguió.

Monk y Ham miraron al aeroplano también. Sus piruetas resultaban fantásticas.

—¡Eh! —exclamó el químico—. ¡Alguien ha tirado un paracaídas!

El pequeño bulto apenas se distinguía a la luz del reflector. De

pronto ocurrió algo inesperado.

—¡Rayos! —dijo Monk, con asombro.

—¡Fíjate en eso!

El paracaídas se había abierto, convirtiéndose en enorme seta de nívea seda.

No caía como hubiera caído una tela sin peso. Conservó la forma acampanada. Por debajo, los vientos estaban tirantes, como si soportaran algún peso. Pero no se veía nada colgado de ellos.

—¡Observa bien el aparato! —exclamó Ham.

Este había iniciado de nuevo sus piruetas. Comenzó a ascender casi verticalmente, resbaló, empezó a barrenar y no pudo rehacerse. El motor funcionaba a velocidad corriente; pero los tirantes silbaban de una manera que se oía a gran distancia.

El aparato estaría viajando a más de trescientas millas por hora cuando tocó el suelo. El reflector lo siguió hasta el último momento. Tierra y escombros salieron proyectados hacia arriba. Luego se vió una llamarada blanca como si se hubiera disparado magnesio. Esta duró muy poco y dejó una masa de llamas rojas que envolvían todo el aparato.

Doc Savage transfirió su atención al paracaídas. Estaba descendiendo sobre el campo de aviación. El correaje tocó el suelo.

La brisa nocturna empujó el paracaídas y éste arrastró el correaje, que, por cierto, no tocaba el suelo, sino que se mantenía a unos sesenta centímetros de él. Y debajo de las correas se notaba movimiento.

Se alzaba polvo. Se desalojaban trozos de tierna. Aparecieron los surcos poco profundos, como los que hubieran dejado unos tacones al arrastrarse.

Monk bramó:

—¿Hay alguien que vea lo que yo veo?

Ham seguía con el bastón —estoque en la mano. Lo manejó, distraído.

—¡Hay algo en ese paracaídas! —dijo.

—¡Algo que no se puede ver!

Los empleados del aeropuerto, tan aturdidos como los demás, corrieron hacia el paracaídas y algunos hacia el monoplano en llamas.

Doc Savage gritó:

—¡“Telégrafo” Edmunds! ¡Le seguiremos!

Acompañado de sus dos ayudantes, echó a correr. «Telégrafo», junto con sus tres compañeros, se había parado a contemplar el desastre y el descenso del paracaídas; pero ahora empezaron a correr.

No llevaban mucha ventaja pero corrían aprisa, porque estaban asustados.

Al llegar al borde del campo de aterrizaje torcieron bruscamente a la izquierda, metiéndose por un sendero orillado de matorrales. Un momento después empezó a sonar el motor del automóvil que tenían escondido allí.

El coche de tipo sedan apareció. Monk alzó su pistola y disparó una ráfaga.

Las balas se aplastaron contra las ventanillas.

—¡Esta blindado y tiene cristales irrompibles! —exclamó.

Resultó que los cristales se descorrían un poco, dejando una ranura por la cual podía pasar el cañón de una pistola. Los hombres empezaron a disparar por las ranuras con pistolas ametralladoras.

Doc Savage y sus ayudantes, que no estaban hechos a prueba de plomo, se refugiaron en la cuneta.

El vehículo, se alejó ruidosamente.

Doc Savage dijo:

—¡Vamos por nuestro coche!

Corrieron al lugar en que lo habían dejado, subieron y dieron al arranque.

No pasó nada. Doc destapó el motor, sacó la lámpara de bolsillo y señaló.

Todos los cables habían sido arrancados. Retrocediendo, el hombre de bronce examinó el suelo por los alrededores, fijándose en las huellas que había en la tierra blanda. Entre otras cosas, había desarrollado la facultad de retener en la memoria medidas bastante exactas de cuanto veía, era capaz de mirar la huella de un pie y reconocer, inmediatamente, horas después, otra mella hecha por el mismo pie.

Había visto las huellas de «Telégrafo» Edmunds durante la tarde.

—Estas son las pisadas de Edmunds —dijo—. Nos ha inutilizado el coche.

Allá junto al aeropuerto, Habeas Corpus estaba escalando la alta

valla con dificultad, y gruñendo lastimosamente. Monk le ayudó a saltar.

—No llegamos a ninguna parte aprisa —se quejó—. Parece como si las cosas se pusieran de forma que no nos permitieran averiguar nada.

—Una cosa sabemos —dijo Ham—. Hay seres invisibles mezclados en este asunto.

El químico dirigió una mirada torva al abogado.

—Siempre he estado convencido de que de tanto estudiar leyes acabarías loco de remate —dijo.

—Entonces —preguntó Ham—, ¿cómo te explicas lo del paracaídas? Y… ¿sentiste tú algo en la cabina del aeroplano?

Monk levantó al cerdo por una oreja y nada dijo.

Regresaron al aeródromo a examinar el monoplano destrozado. Había una muchedumbre a su alrededor. Dos vagonetas del servicio de incendios del aeropuerto dirigían chorros de substancias químicas contra las llamas.

Pero era demasiado tarde ya. El fuego había consumido la mayor parte del aparato.

Era dudoso que fuese posible identificar ninguno de los cadáveres que había en el interior.

Doc Savage buscó a los empleados del aeródromo que habían sido los primeros en llegar junto al misterioso paracaídas y les interrogó, sin sacar nada en limpio, pues aquellos hombres insistían en que no había habido nadie cerca del paracaídas.

Cuando les pidió que le explicaran la forma en que había aterrizado, hablaron con vaguedad e intentaron achacar la cosa a pura casualidad.

—Resultó bastante raro —reconoció uno de ellos—. Cuando el paracaídas cayó al suelo, el correaje empezó a dar saltos, como si alguien se lo estuviera quitando. Luego cayó al suelo.

Doc Savage dijo:

—Examinemos el lugar en que aterrizó el paracaídas. Tal vez haya señales en el suelo.

Hubieran podido ahorrarse la molestia. La gente excitada que iba y venía desde el monoplano incendiado había pisoteado cuantas señales hubiera podido haber.

Llegó la policía y cometió el error de dedicar todas sus energías

a dispersar a la gente que había alrededor del monoplano, a extinguir las llamas y a extraer los cuerpos carbonizados. Transcurrieron varios minutos antes de que se ocuparan de la cuestión de los disparos.

Doc Savage llamó aparte a sus dos ayudantes.

—Podemos responder a las preguntas de la policía más tarde —dijo—. Nos iremos ahora.

Esta decisión fue un error, uno de los pocos que el hombre de bronce había cometido. Pero, a pesar de lo maravillosa que era su inteligencia, no era clarividente, y por lo tanto, no podía ver el porvenir.

Hubo otro suceso inesperado. Ocurrió cuando salían del aeropuerto.

—¡Mirad allí! —exclamó de pronto Doc, señalando.

Sus dos ayudantes volvieron la cabeza y vieron a un hombre y una mujer.

Caminaban cerca el uno del otro, tambaleándose levemente. Tenían las manos extendidas y parecían estar sosteniendo algo con ellas, algo que no existía.

Las dos figuras entraron en el campo iluminado por los faros de un automóvil. Era fácil ver quiénes eran.

—¡Ada Easeman y Russel Wray! —rugió Monk.

Corrió hacia la pareja.

Ada y Russel llegaron a un coche de turismo abierto. Parecieron experimentar cierta dificultad para subir, como si estuviesen ayudando a su invisible carga.

La muchacha se sentó al volante y el coche se puso en movimiento mucho antes de que Doc, a pesar de su velocidad, estuviera lo bastante cerca para detenerles.

—¡Coged un coche! —ordenó.

El más cercano era un taxi que, evidentemente, había transportado un pasajero al aeródromo. El chofer acababa de apearse y corría hacia el monoplano incendiado.

Toda su atención estaba concentrada en dicho espectáculo. No volvió la cabeza cuando Doc, Monk y Ham subieron al coche, pusieron en marcha el motor y salieron en persecución de la muchacha y de Wray.

El automóvil aquel no era nuevo ni se hallaba en buenas

condiciones. Al echar a fondo el acelerador, empezaron a oírse toda clase de ruidos raros en el motor. La aguja del velocímetro se atascó antes de marcar cincuenta millas.

El coche de turismo en que iban la muchacha y Wray, seguramente iría a unas ochenta al desaparecer de la vista. Doc Savage acortó la marcha y el coche pareció hacer más ruido aún, mientras que salía un olor a recalentado del motor. El volante se inclinaba decididamente hacia la derecha.

—Debiera existir una ley contra el uso de semejantes cacharros —gruñó Monk—. ¡Cuidado que tenemos mala pata!

El motor se paró de pronto.

Doc, sentado ante el volante, se quedó tan inmóvil como si estuviera tallado en el metal a que se parecía, excepto por el leve movimiento de sus brazos al aproximar el coche al bordillo y echar los frenos. Estos chirriaron agudamente.

—¡Hurra! —resopló Monk—. Ahora podremos volver a pie.

Los labios de Doc apenas parecieron moverse al hablar.

—Mirad la llave —dijo.

—¡Huh! ¡Está cerrada!

Hizo ademán de abrirla.

—¡Aguardad! —ordenó Doc.

E iba a decir algo más cuando Habeas Corpus empezó a emitir una serie de gruñidos de inquietud.

Monk, frunciendo el entrecejo, miró al cerdo, que se hallaba en el asiento de atrás y preguntó:

—¿Qué te pasa?

La voz del hombre de bronce no expresaba la menor emoción cuando dijo:

—Creo que hay algo en el coche con nosotros. Algo que no podemos ver. ¡Ese algo hizo girar la llave!

Monk tragó saliva.

—¡Qué...! —No pudo acabar la frase porque no se le ocurrió ninguna palabra adecuada para expresar sus sentimientos.

Todos miraron la llave que se había cerrado tan extrañamente. Fue Doc quien vió que se abría la portezuela. Abrió bruscamente la que había a su lado, saltó a la calle y corrió hacia la otra.

La portezuela se cerró de golpe instantes antes de que llegara él a ella. Dio un zarpazo en el aire. Al parecer no tocó nada, porque se

quedó inmóvil, como si escuchara. Luego dio un salto a la izquierda y volvió a intentar agarrar algo.

—Es inútil —dijo.

Su voz no expresaba ni disgusto ni excitación.

Monk preguntó:

—¿Me estoy volviendo loco?

Ham asió con fuerza su bastón estoque.

—Había algo aquí dentro —dijo—. Se apeó después de cerrar la llave.

Doc Savage volvió al taxi; abrió la portezuela de atrás, entró lentamente y sus manos buscaron a tientas, sin encontrar nada. Sus ojos, sin embargo, vieron algo de interés, porque se agachó y encendió la lámpara de bolsillo.

—Mirad —dijo.

El respaldo del asiento estaba forrado de cuero bastante viejo. Algún objeto puntiagudo, tal vez el tornillo suelto que se veía en el suelo, había arañado unas palabras sobre el cuero. Eran las siguientes:

“Savage Vaya a la Opera esta noche.”

No había firma.

Monk acabó de leer, retrocedió rascándose distraído la cabeza, y acabó rascándosela a Habeas Corpus.

—Dicen que la música eleva el espíritu —aseguró—. En cuanto a mí, jamás he tenido menos ganas que ahora de ir a la Opera.

Doc Savage consultó su reloj de pulsera.

—La función ha empezado ya —dijo—, pero podemos llegar antes de que termine.

Ham enfundó y desenfundó su estoque.

—Esa cosa invisible, fuera lo que fuese, debe de haber sabido escribir —dijo, lentamente.

CAPÍTULO VIII

TERROR ENTRE ARMIÑO

EL edificio que es el centro de la Opera norteamericana, la ciudadela que atrae a los genios y les hace dar sus mejores ejecuciones, es una casa que exteriormente, parece un almacén enorme y muy sucio.

Visto desde la calle el edificio impresiona tan sólo por su tamaño, salvo en noches de función, en las que asume una dignidad y una brillante aureola impresionantes.

Doc Savage, Monk y Ham salieron de la estación del "Metro" de Times Square y se dirigieron hacia el Sur, en dirección a la Opera.

El hombre de bronce rara vez usaba sombrero; pero llevaba uno en aquel momento, muy calado y se había alzado el cuello de la chaqueta. No quería que le reconocieran.

Era, contra su voluntad, un personaje célebre, gracias a la industria de los periodistas. Si fuese reconocido, era seguro que se congregaría un grupo de curiosos. Hubo algo de demora en la entrada.

Ninguno de los tres iba vestido de rigurosa etiqueta, y parecían bastante desgarbados. Tampoco llevaban entrada y se habían vendido todas las localidades. Así dijo el taquillero, por lo menos.

Doc Savage se dio a conocer. —Usted perdone— murmuró el taquillero —. No lo había reconocido. Haré que un acomodador le acompañe hasta su palco.

Monk miró a Doc cuando entraba.

—¿Cuánto tiempo hace de esto? —inquirió.

—¿Te refieres al palco? Hace bastante tiempo que lo tengo... es más, mi padre lo tenía antes que yo.

Monk se preguntó con cuánto habría contribuido Doc Savage,

exactamente, por el uso de aquel palco. Buena cantidad seria, sin duda.

Recordó haber oído hablar de un personaje anónimo que había sacado a la empresa del dilema económico en que se encontraba. El hombre de bronce tenía costumbre de hacer cosas así.

—¡Eh! —aulló Monk—. ¿Qué está usted haciendo?

El acomodador había cogido a Habeas Corpus por el cuello y se disponía a llevárselo.

—No se permite la entrada a animales —explicó el hombre.

Ham señaló a Monk con su bastón y dijo:

—Este mico cae dentro de la misma categoría. Mas vale que se lo lleve también.

Monk, indignado, declaró:

—Ese cerdo tiene muy buenos modales y le gusta la música. ¡Se queda aquí!

Hubo la mar de discusión, pero, cuando se fue el acomodador, Habeas se quedó subido al antepecho a la vista de todo el auditorio, con las orejas estiradas para oír mejor el bramido de un bajo moreno y en extremo obeso.

La función había llegado al punto en que el bajo gordo aullaba y gemía indeciso acerca de sí entregarle una «prima donna» no menos rolliza a su rival, que cantaba con voz de tenor.

—Seguramente se acabará todo cuando se decida de una vez —murmuró Monk, que no tenía en gran aprecio a la música de ópera —. Probablemente tardará unos cinco minutos más en hacerlo.

Allá, en la herradura que formaban los palcos, una mujer soltó de pronto un chillido tan fuerte, que las notas agudas de la «prima donna» parecieron dulces en comparación con él.

Monk dijo:

—¡Ya sabia yo que ese bajo acabaría volviéndole loco a alguien!

Se puso en pie y se quedó boquiabierto.

Dejó de gastar bromas y aulló:

—¡Eh! ¡Mirad!

La mujer que había gritado era larga, huesuda y cubierta de joyas. Tenía una capa de armiño sobre los hombros y hacia, esfuerzos locos por asir algo con ambas manos. Volvió a gritar.

El artículo que intentaba asir era un colgante de diamantes, de un diamante muy grande al que arrancaban reflejos las luces

amortiguadas del escenario. Parecía suspendido en el aire, como por una cuerda invisible, delante de la cara de la mujer. Se movió cuando intentó cogerlo.

Luego, una especie de tiara de piedras preciosas que llevaba la mujer en el cabello pareció pegar un salto. La mujer chilló al sentir un tirón en el pelo.

La tiara fue a unirse con el colgante. La mujer siguió gritando.

Se oyó algo así como un bofetón, lo bastante fuerte para que llegara a oídos de Doc y de sus hombres. Luego la mujer se quedó exánime, como si la hubiesen dejado sin conocimiento de un golpe.

—¡La cosa invisible! —exclamó Monk.

Doc Savage se hallaba fuera del palco ya. Una especie de pasamanos ornamental pasaba por delante de los palcos, uniéndolos unos a otros.

El hombre de bronce subió a él y echó a correr. El patio de butacas se hallaba a unos de seis metros de profundidad y una caída hubiera significado por lo menos una herida grave contra los asientos.

Un poco más abajo de la hilera de palcos, otra mujer empezó a retroceder y dar gritos. Parecía estar perdiendo los anillos que llevaba en los dedos.

Casi inmediatamente hubo un tercer disturbio.

—¡Los duendes están robando a toda esta gente! —exclamó Monk.

Se subió al pasamanos con la intención de seguir al hombre de bronce; Pero echó una mirada abajo y cambió de opinión. Volvió a bajar y salió del palco.

Ham desenvainó el estoque y siguió al químico, azotando el aire a su alrededor.

—¡Cuidado! —le gritó Monk—. ¡Las criaturas esas son invisibles!

Monk le oyó, se volvió y recogió al cerdo.

—Parece ser que Habeas Corpus los olió en otras ocasiones —dijo. Luego, dirigiéndose al cerdo:— ¡Trabaja, puerco!

Doc Savage había llegado junto a la mujer huesuda que chillara primero.

Buscó con los dedos sin encontrar nada. Las joyas parecían haber caído perdiéndose en la penumbra de los pasillos. Cuantos esfuerzos hico por verlas resultaron vanos.

Se veía un cardenal en la mandíbula de la mujer, señal del misterioso golpe que la había dejado sin sentido. Corrió hacia la siguiente víctima.

Allí tampoco encontró cosa alguna. Otras mujeres aullaban a medida que iban perdiendo las joyas. Los acomodadores corrían de un lado para otro.

Uno de ellos dio un tropezón y cayó por uno de los pasillos. Los espectadores que se alzaban alocados de sus asientos, rodaron por encima de él.

Doc Savage miró a su alrededor y vió a una joven adornada de joyas de gran valor. Corrió hacia ella. Antes de que llegara a su lado, exhaló ella un grito de horror y manoteó en el aire. Uno de los seres invisibles parecía haber intentado quitarle las joyas; pero había podido esquivarle. Dio media vuelta y salió huyendo por el pasillo en dirección a una lucecita roja que marcaba una salida.

Doc la siguió, dando enormes saltos que fueron disminuyendo la distancia que le separaba de la joven. Esta se metió por la negra boca que se abría bajo, el farol encarnado. Doc la alcanzó allí.

—¡No se mueva! —ordenó.

—¡Algo me tocó! —gorgoteó la dama—. ¡Algo que me era imposible de ver!...

Se oyó un brusco ruido. Sonaba a hueco, como si un martillo hubiese pegado en una substancia dura.

Doc Savage cayó como si le hubieran cortado todos los tendones simultáneamente.

La mujer recibió un golpe menos violento un instante después y rodó por el suelo.

Las joyas se desprendieron de su persona y se juntaron con un leve tintineo, como si las estuvieran dejando caer en un saco completamente transparente.

La pelusa de la alfombra se aplastó, cerca de Doc, como si un peso invisible se posara sobre ella. Una de sus manos se alzó; pero de una manera extraña, como sin vida y la piel bronceada de una de las muñecas se hundió, como si unos dedos invisibles le tomaran el pulso.

Se oyó un silbido singular.

De la oscuridad en que estaba envuelto el pasillo que conducta a la salida para caso de incendio, salió flotando una bandeja

corriente, como las empleadas para hacer pasteles en casa, dividida en diez compartimientos.

Todas ellas estaban llenas de una especia de cera rojiza y blanda. La bandeja fue a descansar en el suelo, junto a la mano derecha de Doc.

Uno por uno, los dedos del hombre de bronce fueron alzados y apretados contra la blanda cera, dejando impresiones muy claras. La bandeja se movió al otro lado, y se repitió la operación con la mano izquierda.

La bandeja se alejó, flotando, y se perdió en la oscuridad.

Las joyas habían permanecido suspendidas en el aire, pero ahora se alejaron sin mano visible que las sostuviera. La forma en que se fueron hubiese puesto los pelos de punta a cualquier observador supersticioso, de haberlo habido.

Doc Savage se quedó inmóvil y exangüe, en el lugar en que lo habían derribado. Su rostro había pegado con fuerza contra el suelo al caer.

Unas burbujitas encarnadas aparecían, de vez en cuando, en sus labios, demostrando que aun respiraba.

En la Opera reinaba una confusión enorme y el alboroto era espantoso. Las mujeres chillaban, los hombres bramaban de ira o de miedo, el obeso bajo cantaba a voz en cuello una melodía, cuyo propósito era calmar los ánimos, pero que fracasaba lamentablemente.

Sonaran, silbatos de policía al irrumpir una brigada en la sala.

CAPÍTULO IX

MARIKAN

MONK golpeó el periódico abierto con un puño peludo y dijo, con voz infantil:

—¡Fíjate en esto! ¡Fíjate!

Ham alzó la vista con hastío. Estaba ocupado en poner una capa fresca de cierta substancia que hacía perder rápidamente el conocimiento, en la punta de su estoque.

—¿Quieres dejar de dar la lata? —inquirió—. El asunto este basta ya para volverle loco a cualquiera sin necesidad de que tú aportes tu conocimiento para conseguirlo.

Hacia fresco en el gigantesco laboratorio con su laberinto de aparatos químicos y eléctricos. El fresco era producto del acondicionamiento artificial del aire. Las enormes ventanas estaban cerradas; siempre permanecían así.

Eran de cristal irrompible.

Por ellas se veían los rascacielos más altos de Nueva York, pues el laboratorio se hallaba en el piso ochenta y seis del edificio más imponente de la ciudad.

Más allá de los tejados de los edificios más altos, la ciudad era un damero de luz. Era un nido bien situado, aquel cuartel general de Doc Savage.

El propio hombre de bronce se hallaba sentado junto a un complicado aparato de rayos X, empleando espejos y fluoroscopios de tal suerte que le fuera posible examinar su propia cabeza. Se estaba dando masajes a un punto por encima de la sien.

—El golpe parece haber sido dado con una especie de porra cargada de plomo —observó—. No ha hecho gran daño.

—¡Mirad este periódico! —repitió Monk—. Dice que más de

cuatrocientos guardias llegaron a la Opera antes de que acabara el jaleo. Fueron brigadas de lanzadores de bombas, brigadas de detectives, brigadas de investigación criminal. Hasta mandaron a los bomberos.

—Todo eso lo sabernos ya —le dijo Ham, irritado—. ¿Acaso no estábamos nosotros allí, presenciándolo?

—Y, en total, los guardias no encontraron nada en absoluto —continuó Monk, sin hacerle caso a Ham—. Ni siquiera han querido reconocer oficialmente que unos seres invisibles estaban complicados en el asunto.

Doc Savage intercaló:

—Es una cosa un poco absurda para que un policía pueda creerla.

Monk frunció el entrecejo.

—Fueran quienes fuesen los ladrones, no cabe la menor duda que hicieron limpieza general de joyas —dijo.

—¿Se cita el valor aproximado? —inquirió Doc.

—Uno de los periódicos asegura que el valor de lo robado asciende a cuatro o cinco millones. No puede uno fiarse mucho de lo que digan los periódicos, sin embargo.

Doc Savage no hizo más comentarios. Pareció dedicarse al examen de su propia persona. Cuando le tocó el turno a la yema de sus dedos, les prestó especial atención.

Se raspó un poco de substancia encarnada que encontró debajo de una de las uñas, lo llevó a un aparato para hacer análisis espectroscópicos, y trabajó con él.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó Monk.

—Una materia que no recuerdo haber tocado.

—¿Qué es?

—Una especie de cera de modelar que se usa cuando está blanda y que luego se vuelve muy dura.

—¿Sí? Y... ¿dónde puedes haber recogido esa cera?

El hombre de bronce no pareció oírle. Cerró la corriente del aparato analizador, volvió a guardar las placas de cristal de analizar y luego se dirigió a la puerta, haciendo una seña a los otros para que le siguieran.

—¿Adónde? —preguntó Ham.

—El nombre de Sawyer Linnett Bonefelt o “Rebañahuesos” ha

figurado ya varias veces en este asunto —le recordó Doc—. Veremos lo que podemos averiguar respecto a él.

Al entrar en un ascensor especial, construido para uso exclusivo de Doc, que les bajó a gran velocidad hasta su garaje particular situado en los sótanos, Monk mencionó algo sobre lo que, evidentemente, tenía ya formada su opinión.

—El que dejó aquel mensaje escrito en el cuero del coche —dijo —, aconsejándonos que fuéramos a la Opera, sabia por anticipado lo que iba a ocurrir.

Sawyer Linnett Bonefelt figuraba en los anuarios financieros de la ciudad como banquero particular. Una breve historia de su carrera indicaba que había empezado como prestamista, prosperando hasta convertirse en potencia financiera. Su especialidad era la compra de sociedades y empresas fabriles difuntas.

Las dividía en varias partes y las vendía, obteniendo sus correspondientes beneficios. Este negocio era el que le había valido el apodo de "Rebañahuesos". Se le consideraba multimillonario.

—Es un sistema de buitre de ganarse la vida —opinó Monk, mirando de soslayo a Ham—. Lo único que yo encuentro peor que eso, es ser abogado y vivir a costa de las miserias ajenas.

Ham, que era uno de los abogados más astutos y más solicitados del país, guardó un silencio frío.

En el anuario se mencionaban las señas de Sawyer Linnett Bonefelt.

Encontraron que el domicilio del financiero tenía una puerta muy decrépita en una calle bastante desagradable de la parte de la ciudad que los sociólogos se complacían en llamar el barrio más bajo.

Observaron una cosa extraña desde el primer momento. La manzana entera parecía deshabitada. Las ventanas tenían la capa de polvo y suciedad acumulada en varios meses, algunas de ellas estaban tapadas con tablas.

Examinaron la puerta, no hallaron timbre y llamaron con los nudillos. Pero no obtuvieron más contestación que el ruido producido por los ecos al sonar en el interior.

Aguardaron un rato, Luego, Doc Savage se puso a trabajar sobre la cerradura. No tardó en abrirla.

El pasillo que partía de la puerta era desnudo, sin alfombra, pero limpio. A la derecha estaba la puerta de un despacho bastante pobre y, a la izquierda, una alcoba igualmente sobria.

Ham se acercó a la mesa, abrió los cajones y examinó los documentos que contenían. Algunos de ellos los miró con mucha más atención.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Estos papeles se refieren al parcelamiento y venta de una empresa de diez millones de dólares! ¡Imaginaos que un hombre que hace semejantes negocios emplee un despacho como éste!

Doc pasó un dedo por la mesa y observó la cantidad de polvo que tenía encima.

—La mesa no parece haber sido usada desde hace... —miró a su alrededor y comprobó que el cuarto estaba bien cerrado contra la entrada de suciedad del exterior—, desde hace dos o tres semanas.

Examinaron la alcoba. Allí no había nada. Al fondo del pasillo hallaron una puerta. Monk la probó.

—Parece bastante sólida —dijo.

Doc la golpeó y la probó con uno de los puntiagudos instrumentos de acero que había empleado para forzar la cerradura de la puerta de la calle.

—Es de acero blindado —decidió.

Monk pareció muy sorprendido, y dijo:

—¡Qué raro es eso!

Y se echó a un lado para que Doc pudiera trabajar en la cerradura. Esta no cedió tan fácilmente como la otra; pero acabó por abrirse también.

Una vez que hubieron pasado por ella, se encontraron en un lugar completamente distinto al que acababan de abandonar.

La alfombra del piso parecía tercer dos centímetros de espesor y ser de gran valor. Las paredes tenían arrimadero de nogal y otra madera de un color amarillo brillante. La iluminación era indirecta. No se veía ni una sola bombilla.

—“Rebañahuesos” parece llevar una existencia doble —murmuró Monk—. Tenía ese despacho y esa alcoba tan miserables ahí fuera para causar impresión a la gente; Pero, con toda seguridad, viviría aquí.

Se dirigieron apresuradamente hacia la puerta más cercana; pero

se detuvieron en seco al ver que ésta se abría.

—Ustedes perdonen —dijo el hombre que acababa de abrir la puerta—. ¿Qué están ustedes haciendo aquí?

Era bastante grueso, de rostro congestionado y cabello muy canoso. Llevaba una resplandeciente librea de mayordomo.

—Soy el mayordomo del señor Bonefelt —agregó.

Doc Savage siguió adelante. Rara vez su rostro tenía expresión alguna, salvo cuando la asumía adrede. En aquel momento estaba sonriendo.

El mayordomo retrocedió, extrañado, y les dejó pasar. Bajo la mayor luz que había al otro lado reconoció, al parecer, al gigante de bronce, porque sufrió un violento sobresalto.

Pero para entonces, Monk y Ham se hallaban dentro también. El hombre hizo ademán de cerrar la puerta.

—Aguarde —ordenó Doc.

Asió la puerta, que estaba casi cerrada, la abrió otra vez, y dirigió la palabra al pasillo, aparentemente desierto.

—Entrad, muchachos —dijo en el tono de un hombre del hampa que haría con otros de su clase.

—Ahí vamos —respondió una voz ordinaria que salía del aire.

Monk y Ham se hallaban detrás del mayordomo, lo que permitió, afortunadamente, que su sobresalto de sorpresa le pasara inadvertido. Un instante después se dominaban, comprendiendo quo Doc Savage desarrollaba algún plan, recurriendo para ello a su habilidad como ventrílocuo.

El mayordomo quedó completamente engañado. Se precipitó en sus juicios.

Exhaló un ruidoso suspiro de alivio.

—Conque Doc Savage se ha aliado con nosotros, ¿eh, muchachos? —rió—. ¡Magnífico!

Monk por poco se atraganta.

—¡Este tipo sabe algo! —aulló—. ¡Echadle el guante!

EL mayordomo se dio cuenta de que le habían hecho caer en una celada. Se echó hacia atrás. Sus dos manos rozaron con los faldones de su librea, y salieron armadas con enormes pistolas de reglamento.

No las llegó a emplear. Doc se abalanzó sobre él, sujetándole las muñecas.

Las pistolas se dispararon, rasgando la alfombra y astillando el parquet. El hombre soltó un puntapié e intentó morder. Doc le levantó en vilo, le golpeó contra el suelo y le hizo soltar las armas, Monk se sentó encima de él.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el químico—. ¡Por fin hemos pescado a alguien a quien podemos interrogar!

Ham desenvainó el estoque y dejó que el mayordomo viera bien la larga y afilada hoja. Le quitó el pañuelo al hombre y lo pasó por la hoja. La tela quedó cortada, ilustración gráfica de cuán afilado era el estoque.

—Rebáñale la oreja derecha primero, Ham —propuso Monk—. Me parece que es un poco más grande que la izquierda.

Ham dijo:

—Una oreja no duele. Escogeremos un ojo. Porque cuando se saca un ojo y se empiezan a cortar los músculos que tiene detrás, parece como si le arrancaran a uno todo el cerebro.

—¡Están perdiendo el tiempo! —dijo el prisionero—. ¡A mí ya me han sometido a esa clase de tortura de palabra en otras ocasiones!

Doc Savage le miró. Luego se arrodilló y le dio masaje en algunas articulaciones de una forma que producía un vivísimo dolor. Observó con cuidado los resultados. Movió negativamente la cabeza.

—El dolor físico no le asusta a este hombre —dijo—. Sabe que sólo puede sufrir una cantidad determinada y que luego se desmayará. Hay muchos criminales así.

Monk frunció el entrecejo.

—Probémoslo, a pesar de todo —dijo.

En lugar de contestar, Doc sacó un estuche poco más grande que un encendedor y extrajo de él una jeringa de cristal. La cargó con un liquido verde contenido en el estuche.

—Suero de la verdad —dijo—. El resultado no es siempre seguro; pero el hombre hablará y, tarde o temprano, es seguro que averiguaremos algo de lo que deseamos saber.

El cautivo gruñó, burlón:

—La «bofia» probó eso conmigo en cierta ocasión. No me sacaron ni palabra.

—No probaron con esta clase de suero —le aseguró Doc—. Es

una composición ideada por mí y por Monk.

El prisionero aulló, al serle administrado el liquido.

Monk bailó sobre su pecho, al intentar el hombre, en vano, levantarse y huir.

—¿Cuánto tiempo? —inquirió el químico.

—Cinco minutos, tal vez. Hablará mucho y a veces con suma vaguedad; pero tal vez podamos recoger algo…

Se echó bruscamente a la izquierda y luego se tiró contra la pared. Tenía la mirada fija en un punto del arrimadero, un punto en que lo que parecía un nudo de la madera se había abierto, descubriendo un negro agujero.

Un fogonazo salió del hueco. Sonó el disparo como un trueno en tan reducido espacio.

El prisionero emitió un aullido terrible y prolongado.

Monk se quitó de encima, rodó hacía donde se encontraba Doc. Él había visto el agujero también. El arma oculta volvió a disparar. Monk soltó un bramido y se echó la mano al pecho.

Cayó al suelo un trozo de plomo retorcido. Una bala se había aplastado contra su chaleco a prueba de balas. Llegó, por fin, a la pared.

Ham, moviéndose con igual velocidad, se hallaba también junto a la pared, fuera de tiro.

—¡Quédate ahí! —ordenó Doc.

El prisionero se incorporó. De su pecho salía un chorro de sangre del grueso de un lápiz. Intentó meterse un dedo en la herida, para taparla.

—¡Me matan para taparme la boca!

Monk rugió:

—¡Esta es tu ocasión! ¡Habla aprisa!

El herido gritó:

—¡Vayan al Nido de los Duendes!

—¿El Nido de los Duendes? —exclamó Monk—. ¿Dónde está eso?

—¡Marikan! —contestó el hombre—. ¡Es la casa que tiene Marikan en el campo! Métanse en el torreón del Norte y…

El arma escondida volvió a sonar. La cabeza del herido sufrió, una brusca sacudida. La bala debía ser dumdum porque con ella salieron trozos de materia gris. El hombre cayó, muerto.

Doc Savage se hallaba debajo del agujero ya. Era de un tamaño bastante grande para dar paso al cañón de un arma nada más. Doc se metió una mano en el bolsillo. El objeto que sacó parecía la bola de un cojinete. Lo tiró por el agujero. Luego se apartó de un salto.

Monk y Ham corrieron para alejarse lo más posible. Habían visto funcionar en otras ocasiones aquellos objetos que parecían bolas de cojinetes. Eran minúsculas granadas, increíblemente violentas.

Se oyó una enorme explosión, ruido de madera que se astillaba y el chillar de clavos al ser arrancados.

¡La mayor parte de la pared próxima al agujero se hundió, levantándose una nube de polvo. Los escombros cubrieron el suelo casi enterrando al prisionero.

Doc Savage se metió por entre los escombros antes de que se posara el polvo. Se había tapado los oídos con las manos, para que no le ensordeciera la explosión y ahora se puso a usar oídos y ojos.

Nada vió. Nadie había dentro del otro cuarto, que era estrecho y, aparentemente, una alcoba.

Pero se oyeron pasos. Eran rápidos y se movían por la parte posterior de la casa. Corrió en dicha dirección.

Llegó a un comedor. Una de las sillas había caído al suelo, y aún se mecía sobre su arqueado respaldo. Doc siguió adelante y probó la puerta del otro lado. Estaba cerrada con llave. Pegó un puñetazo al antepaño, partiéndolo.

Encontró la llave en la cerradura por el otro lado, la hizo girar, abrió la puerta y salió.

—Explicará usted su presencia —dijo una voz profunda y juvenil.

Era un pasillo oscuro, que con toda seguridad conduciría hacia la puerta de atrás, y transcurrió un instante antes de que empezara a distinguir detalles en la penumbra.

Rusel Wray, singular en aspecto por el cabello moreno y el bigote blanco, tenía en la mano un revólver de cañón largo que, al revés de la rechoncha arma que había esgrimido en el piso de Easeman, parecía tan largo y delgado como su dueño.

Detrás de Wray se hallaba Ada Easeman. En la mano derecha llevaba la pistola chata de gran calibre que empleara anteriormente Wray. Seguía con su vestido verde de soirée.

Doc Savage preguntó:

—¿Cuál de ustedes mató a ese hombre?

Parecieron sorprendidos. Luego se miraron y una expresión extraña apareció en el rostro de los dos jóvenes. La muchacha fue la primera en hablar.

—Yo no —dijo—. Acabábamos de entrar y nos habíamos separado para registrar la casa cuando empezaron los disparos y se oyó una terrible explosión. Nos reunimos aquí.

Doc Savage miró a Wray en silencio.

—¡Yo no he pegado un tiro a nadie! —dijo éste, con brusquedad.

—¿Hay más puertas que la delantera y la de atrás? —inquirió Doc.

—No —respondió la muchacha.

Ham salió corriendo al pasillo. Tenía desenvainado el estoque, pero no daba la menor muestra de excitación.

—Monk está vigilando la puerta de delante —dijo.

—Encárgate tú de la puerta de atrás —dijo Doc—. Nosotros registraremos la casa.

Ada Easeman intervino:

—¡Aguarde! ¿Saben ustedes de qué se trata?

Doc Savage la miró.

—Empezamos a formarnos una idea.

—Hombres invisibles —dijo la joven.

El hombre de bronce afirmó con la cabeza.

¿Quién es el que dirige todo esto?

La muchacha jugó con la tela de su vestido, distraída. El color de sus uñas era exactamente igual que el de su traje.

—Eso es lo que nosotros queremos saber —aseguró—. Mi padre. P Treve Easeman, y Sawyer Linnett Bonefelt fueron hechos prisioneros por estos hombres y convertidos en hombres invisibles.

Doc no exteriorizó sorpresa alguna.

—¿Por qué?

—Para sacarles dinero. Les pedían un millón de dólares a cada uno para volverles a hacer visibles. No sé qué procedimiento infernal es el que siguen; pero parece ser que existe el medio de hacerle invisible a uno y luego devolverle la visibilidad.

—¿Qué ocurrió luego? —inquirió Doc.

—Se llevaron a papá a Boston, para retenerle allí, mientras fuese invisible, para que estuviese separado de «Rebañahuesos»... perdón,

del señor Bonefelt quise decir. Pero mi padre logró evadirse de su guardián sin ser descubierto, y telegrafiarle a usted para que tomara el avión por el que él habría de ser trasladado a Nueva York al día siguiente.

Desde la vecindad de la puerta delantera, gritó Monk:

—No hay señal alguna, de que el ruido haya llamado la atención. Algunas personas se asomaron a mirar. Luego se volvieron a sus casas. Me parece que no vive ninguna otra persona en esta manzana de casas.

—«Rebañahuesos es propietario de toda ella y no deja vivir a nadie aquí, para estar tranquilo —explicó Russell Wray.

Doc le dijo a la muchacha:

—Siga contando lo que ocurrió en el aeroplano.

—Mi padre estaba escribiendo una nota en papel del aeroplano, para mandársela a usted, cuando alguien abrió unan ventanilla y el viento sopló el papel y «Telégrafo» lo cogió, lo leyó, y se enfureció tanto, que disparó contra mi padre. Tome, tengo la nota aquí.

Sacó un papel doblado y se lo entregó.

Doc Savage estudió la misiva sin desdoblarla. El papel estaba manchado y era de una medida parecida a la del papel que «Telégrafo» Edmunds y, sus hombres hablan estado examinando junto a la carretera.

Lo desplegó. Era papel timbrado de la “Excelsior Airways”.

La nota incompleta decía:

“Yo, P. Treve Easeman y otro hombre, Sawyer Linnett Bonefelt, hemos sido capturados y hechos invisibles, por una cuadrilla. "Telégrafo" Edmunds, que está sentado detrás de mí, es lugarteniente del jefe de la banda; pero no el jefe. No conozco la identidad de este último. Esta cuadrilla pretende sacarnos un millón de dólares a cada uno a cambio de volvernos a hacer visibles. Luego se van a hacer todos invisibles e iniciar una campaña de robos en gran escala. La primera fechoría que tienen intención de llevar a cabo esta noche seria el robo del auditorio de la Opera. La segunda…”

Aquí acababa el mensaje, interrumpido por la ráfaga de aire que se lo llevara.

Doc Savage inquirió:

—¿Puede usted explicarnos lo ocurrido en el aeropuerto?

—Ya lo creo. Mi padre había telefoneado a Bonefelt diciéndole

que había solicitado la ayuda de usted. Porque Bonefelt se había escapado, ¿comprende? Y se encontraba en el aeródromo. Durante el jaleo, siguió a “Telégrafo” y a sus hombres. Fue él quien les arrebató esta nota.

—¿Dónde estaba su padre?

—Herido. Logró salir del aeroplano antes de que los hombres de «Telégrafo» le registraran; luego volvió á meterse en él y a echarse en uno de los asientos, sin poder moverse. Monk le encontró. Luego se presentó “Telégrafos” y, durante la lucha, Russel y yo sacarnos a mi padre, ayudados por “Rebañahuesos”. “Rebañahuesos” vino a mí piso a buscarnos. Eso fue inmediatamente después de decirnos usted que le aguardáramos. Yo tenía tanta ansiedad por encontrar a mi padre, que no le dije a usted dónde nos habíamos ido.

Ham había oído todo el relato desde donde se encontraba montando guardia, cerca de la puerta de atrás. Ahora expresó su opinión.

—Poco convincente —dijo—. Muy poco.

La muchacha y Wray parecieron indignarse.

—¿Dónde está su padre ahora? —preguntó Doc Savage—. ¿Dónde está “Rebañahuesos”?

—En un automóvil, en el garaje de aquí detrás —dijo la joven—. Tal vez estén aquí ahora mismo, escuchando. Son invisibles.

—Iremos a buscarles —declara Wray—. Ellos pueden contar su propia historia.

—Un momento —dijo Doc—. ¿Quién es Marikan?

—¿Marikan? —exclamó la muchacha, sin comprender.

—Yo nunca he oído hablar de persona alguna que tenga semejante nombre —anunció Wray.

CAPÍTULO X

ATRACADORES INVISIBLES

DOC Savage no explicó que el nombre de Marikan les había sido dado por el hombre recientemente asesinado, aun cuando tanto la muchacha como Wray dieron muestras de curiosidad sobre el particular.

El hombre de bronce habló antes de que tuvieran tiempo de hacerle la pregunta que les temblaba en los labios.

—Vayan ustedes a buscar a los dos hombres invisibles —propuso —, y tráiganles aquí.

—Podría usted ayudarnos —indicó Wray.

Doc hizo como si no hubiera oído. Wray frunció el entrecejo; se mordió el labio. Luego dio media vuelta, pasó por delante de Ham y salió por la puerta de atrás. La muchacha le siguió.

Ham agitó el bastón.

—¡Debiéramos vigilarles!

Doc Savage dijo:

—El asesino debe encontrarse aún en la casa.

—¿Estás seguro de que no fue Wray… o la muchacha? —inquirió el abogado.

Tampoco contestó Doc esta vez. Retrocedió hacia la cámara en que había estallado la minúscula granada y examinó el polvo que se había posado en el suelo; pero no halló huellas de pisadas.

El asesino debía haber huida antes o inmediatamente después de la explosión.

Examinó las otras puertas, encontrando algunas abiertas y otras cerradas con llave.

Estaba trabajando en una de las cerraduras con sus instrumentes para abrirla, cuando se oyó un grito agudo con una voz

desconocida.

—¡Auxilio! —era una voz de hombre—. ¡Me está matando esta mujer!

Ham, gritó desde la puerta.

—¡Doc! ¡Algo esta ocurriendo detrás de la casa!

Doc Savage estaba en movimiento ya. Corrió por un pasillo, pasó por delante de Ham y se halló en un extenso jardín que ocupaba toda la longitud de la manzana.

Era aquel un jardín asombroso para hallarse en los barrios bajos, un jardín de exquisito gusto y belleza. Estaba cubierto por encima con cristales arreglados de tal suerte, que podían correrse automáticamente, y tenía toda una red de tuberías de calefacción, como si se tratase de un enorme invernadero. Se veían numerosas plantas tropicales en flor.

—¡Auxilio! —gritó la voz desconocida—. ¡Auxilio!

Los gritos emanaban del extremo sur del jardín, donde había una puerta arqueada. El hombre de bronce pasó corriendo junto a una vitrina en que crecían orquídeas, llegó a la puerta y salió.

—¡Auxilio! —aulló la voz.

El que gritaba yacía boca arriba en el suelo. Estaba esposado de manos y pies. Era hombre muy moreno, de orejas grandes, enorme nariz, boca pequeña y cuerpo rollizo.

Sobre él estaba inclinada Ada Easeman. Le estaba amenazando con el revólver achatado. La mirada que le dirigió a Doc era difícil de interpretar.

—¡Es una estratagema! —exclamó—. Este hombre intentó atraparme, a pesar de estar esposado.

El hombre aulló:

—¡Qué embustera es! ¡Era ella la que estaba dispuesta a matarme!

—¡Eso no es cierto! —exclamó Ada.

—¿Quién es? —preguntó Doc.

La muchacha movió negativamente la cabeza.

—Es la primera vez que le veo.

—¡Ah! ¡Qué embustera! ¡Bien me conoce sí!

—¿Su nombre? —preguntó Doc, con aspereza.

—¡Marikan! —respondió el hombre—. ¡Angus Angelo Marikan!

Apareció Russel Wray, corriendo, con el largo revólver en la

mano, y preguntando:

—¿Qué diablos está ocurriendo?

—Deme usted su revólver —dijo Doc.

Wray frunció el entrecejo y lo pensó. No era difícil de interpretar su expresión. Decidió no entregar el arma.

Doc Savage no parecía estar preparado para movimiento rápido alguno; pero cambió de posición, haciéndolo tan aprisa que sus movimientos parecieron un tanto borrosos. Wray soltó un gruñido e intentó defenderse con el revólver; pero fue demasiado lento. Doc posó una mano en el arma.

Forcejearon. Wray soltó una exclamación de dolor, luego giró en redondo y cayó. Había perdido el revólver.

—¡Bien! ¡Muy bien! —Marikan logró incorporarse, con dificultad—. Trabajan juntos esos dos.

—¡Está loco! —exclamó Wray—. ¡Loco de atar!

Marikan intentó agitar los brazos; pero las esposas se lo impidieron.

—Hace media hora que me agarraron, me esposaron, me metieron trapos en la boca! —gritó—. Me dejaron así. ¡Son criminales!

La muchacha alzó su achatada arma.

—¡Deje usted de mentir tan descaradamente! —ordenó.

No vió a Doc Savage hasta que el hombre de bronce se halló a su lado. Doc le quitó el arma con un brusco movimiento que la dejó pasmada, mirándose la mano vacía.

Doc examinó a continuación ambas armas. Las abrió, miró las balas y encontró que ninguna de las dos había sido disparada.

—¡Eso, demuestra que nosotros no hemos disparado a ese hombre que hay ahí dentro! —dijo la muchacha, con ira.

Marikan aulló:

—¡Nada ello prueba! ¡Nada! La muchacha otra pistola tenía. Yo la vi, sí que la vi. Era una pistola grande y en una bolsa que es verde.

La muchacha palideció y dijo, entre dientes:

—¡Todo lo que está diciendo es mentira!

—¡Yo en el jardín la veo esconder algo! —bramó, triunfal, Marikan—. ¡Tal vez es pistola! ¡Yo enseño!

Doc estudió a la muchacha.

—¿Tenía usted un bolso de ese color?

Ella vaciló y acabó contestando:

—¡No me creería usted!

—¡Yo enseño! —aulló Marikan otra vez.

Indicó a Doc un lugar visible desde la puerta y se puso a mirar a su alrededor.

—Era por ahí —dijo—. ¡De veras que sí!

Doc Savage buscó. La tierra no parecía haber sido removida en ninguna de las cajas de plantas. De pronto alzó una hoja tropical caída. Escarbó debajo.

La pistola que sacó era de grueso calibre y los cartuchos disparados correspondían exactamente en número a los tiros hechos en el interior de la casa.

El arma iba metida en un bolso grande, color esmeralda, exactamente igual que el vestido de la muchacha.

—¿Su bolso? —inquirió Doc.

Movió ella con rabia la cabeza.

—¡Sí! —dijo.

El hombre de bronce estudió la pistola con ayuda de una lupa. No vió huella dactilar alguna; pero sí vió unas señales que indicaban que el arma había sido limpiada.

De pronto, inesperadamente, bolso y pistola le fueron arrancados de la mano.

Fue una de aquellas raras ocasiones en que el hombre de bronce se dejó pillar desprevenido. Fue tal su sorpresa, que se quedó inmóvil durante un instante.

—¡Mire! —chilló Marikan—. ¡La pistola! ¡Ella en el aire flota!

Parecía horrorizado.

Como si el grito hubiera roto el encanto, Doc se abalanzó hacia la pistola.

Tenía ambas manos tendidas De pronto pareció estallar una serie de luces en sus ojos. Había recibido un golpe enorme en pleno rostro.

—¡Salid corriendo! —dijo una voz.

Era un hombre invisible y Doc había oído aquella voz en otra ocasión.

Ordinaria, anciana, trémula. Había quedado registrada en el disco colocado encima del piso de Easeman. Era “Rebañahuesos” el

que hablaba.

Engañaba mucho el sonido, en cuanto a dirección; pero Doc dio un salto, aun medio cegado por el golpe recibido, para intentar coger al que hablaba.

A nadie encontró, cosa que le sorprendió muy poco.

La muchacha y Wray dieron media vuelta y echaron a correr.

Doc corrió a detenerles. Algo invisible se le metió, entre las piernas y le hizo caer. Sintió el dolor de un segundo golpe en la cabeza.

Aturdido a pesar de toda su fortaleza, rodó hacia un lado.

Marikan no hacía más que saltar, entrechocar las esposas, y dar gritos.

—¡Loco yo debo estar! —aulló—. ¡Algo que no ver puedo, ello aquí dentro!

De pronto se oyó un golpe. La nariz de Marikan se aplastó y volvió a recobrar su forma normal. Echaba sangre por ella al caer. El atacante y atacantes, invisibles, le habían derribado. Se retorció en el suelo, bramando, incoherente, en inglés chapurreado.

La muchacha y Wray habían desaparecido. Monk y Ham llegaron corriendo por el jardín, desde el otro lado del laberinto que parecía ser la casa de “Rebañahuesos”. Ambos estaban excitados y deseando entrar en acción.

La pistola que le había sido arrancada a Doc, así como las otras armas, habían desaparecido.

La muchacha y Wray debían habérselas llevado, aprovechando la confusión.

En la dirección tomada por los fugitivos, empezó a oír el zumbido de un motor. Doc se puso en pie y corrió hacia el sonido. Tan aturdido estaba por los golpes recibidos, que Monk y Ham siguieron a su lado y hasta se adelantaron un poco, cosa que no hubieran podido hacer normalmente.

Entraron en un enorme garaje donde había un lujoso coche tipo limousine, dos grandes cupés, y, en un rincón, un coche negro, grande, de ciudad. La puerta de la calle estaba abierta. Doc corrió hacia ella.

Un coche —parecía el mismo que la muchacha y Wray habían usado en el aeropuerto, aun cuando ahora llevaba echada la capota — dobló la esquina de la manzana. El ruido de su motor se fue

perdiendo en la distancia.

No había ningún otro vehículo a la vista.

Marikan se acercó, gritando aún.

—¡Ellos los criminales son! ¡Todos ellos!

Doc Savage no intentó llegar a su propio coche, sabiendo por experiencia cuán difícil era la persecución por las sombrías calles de la ciudad. Cerró las puertas del garaje, vió que había cerradura por dentro, y la echó.

—¡Son criminales! —aulló Marikan.

Monk le dirigió una mirado torva.

—¿Y usted quién es? —preguntó.

—¿Yo? —exclamó Marikan, intentando extender las manos, cosa que las esposas le impidieron hacer—. ¿Yo? Yo soy el quiropráctico..

—El.. ¿Qué? —exclamó Monk, tornándose aún más ceñudo.

—Yo cura al estilo de quiropráctico —explicó el otro, e intentó agitar los brazos. Casi perdió el equilibrio y no cayó de milagro—. Cuando alguien siente dolor, yo empujo y yo tiro de espina dorsal y él se pone bien. Enseguida.

Monk siguió ceñudo.

—¿Qué hace usted aquí?

—El hombre: Sawyer Linnett Bonefelt, el que llaman "Rebañahuesos", él tomado tratamiento y la factura me debe. Yo vengo aquí a cobrar. Y... ¡oh! ¡En qué lío me meto! Esa muchacha en traje verde y ese hombre de pelo negro y bigote blanco me cogen...

—¿Por qué?

Marikan se encogió de hombros y por poco volvió a caerse.

—¿Cómo yo sé? —inquirió—. Ellos no quieren que yo ande por aquí, supongo.

—¿Cómo pudo usted entrar?

—Una llave que "Rebañahuesos" me da —explicó Marikan.

Rebuscó en un bolsillo con dificultad y sacó una llave bastante grande.

—¿Sabe? Es que yo vengo con frecuencia a tratar a "Rebañahuesos". Es costumbre para mí directamente entrar.

Monk le dirigió una mirada al hombre de bronce.

—¿Qué opinas tú, Doc? —preguntó—. ¿Mataron esos dos al

hombre para cerrarle la boca?

Ham intercaló:

—El moribundo mencionó a Marikan en circunstancias sospechosas.

—¡Es cierto! —exclamó Monk—. ¿Qué es el Nido de los Duendes?

Marikan se sopló una muñeca que las esposas habían irritado.

—¿Es mi granja de unas mofetas que usted habla, quizá? —gruñó.

—Su… ¿qué?

—Mi granja donde mofeta se cría. Yo sabe; Granja de pieles. Yo mofetas crío. Nadie nunca ido por allí porque huele mal. Conque yo la llamo, mi Nido de Duendes.

—Este asunto tiene más facetas de lo que parece —sonrió Monk.

Dentro de la casa empezó a sonar un teléfono.

Apenas había dejado de sonar el timbre, cuando Doc corría ya hacia el aparato. Lo encontró en una de las lujosas habitaciones próximas a aquellas en que encontraron a la joven y a Wray. Descolgó el auricular.

Habló con la voz trémula de “Rebañahuesos” al contestar, y la exactitud con que la simuló demostraba claramente hasta qué punto se había hecho maestro en el arte de la imitación.

El tono que sonó al otro extremo de la línea era áspero, expresaba sorpresa, pero podía identificarse. Era «Telégrafo» Edmunds.

—¡Qué rayos! —exclamó—. ¿Está usted ahí, “Rebañahuesos?”

—Pues ¿qué creía? —esquivó Doc, con la voz de Bonefelt.

—¿Sospecha Doc Savage que Ada Easeman y Wray están en combinación con nosotros?

Doc replicó:

—Eso es difícil de saber.

—Pues deberíamos saberlo, porque la muchacha y Wray pueden sernos de mucha utilidad si Doc Savage no desconfía de ellos y pueden ponerse a trabajar con él —aseguró “Telégrafo”—. Bueno, en lo que se refiere al asunto del “Federated Payrall”, todo está preparado para los ocho de la mañana.

—¿Qué planes hay? —inquirió Doc.

—El que habíamos acordado. Sólo le he llamado para decirle

que no existe la menor probabilidad de que fracase.

Luego cortó la comunicación.

Monk y Ham entraron. Marikan les seguía dando unos saltos torpes que le permitían avanzar bastante aprisa, a pesar de llevar esposados los tobillos.

Doc Savage le preguntó:

—¿Fue alguna vez “Rebañahuesos” a su rancho de pieles del Nido de Duendes?

Marikan afirmó con la cabeza.

—Claro que sí.

—¿A qué?

—“Rebañahuesos” él me ayuda a montar rancho. Luego el muy usurero, él dice que me lo quita porque intereses no puedo pagar.

—¿Vamos a ir nosotros a ese rancho? —inquirió Monk.

—Sí; pero primero vamos a estar a mano en las oficinas de la «Federated Payrall», donde parece ser que va a ocurrir algo a las ocho.

CAPÍTULO XI

HUELLAS DACTILARES DE UN FANTASMA

"FEDERATED Payrall" era producto de la complejidad del mundo de negocios moderno. Admitían contratos de fábricas y grandes negocios, mediante los cuales se comprometían a encargarse del pago de salarios, sacar dinero del Banco, trasladarlo a sus oficinas, hacer que sus propios contables lo repartieran en sobres pequeños con el nombre de cada obrero.

Luego transportaban los sobres en coches blindados a los respectivos negocios, donde ayudantes armados distribuían los sueldos.

Los salarios se preparaban por la mañana y era corriente que hubiese una fuerte suma a mano.

El reloj del salpicadero marcaba las ocho menos segundos cuando Doc Savage, Monk, Ham y Marikan pararon el automóvil a la puerta de la "Federated Payrall".

El sol había producido, al alzarse, algo de niebla y el aire estaba allí húmedo y pegajoso, aun cuando las aceras estaban secas.

Dos centinelas de uniforme miraron con atención el grupo de Doc Savage cuando entró en el establecimiento. Habían de acordarse de aquello más tarde.

Había una escalera, cerrada, al pie, por verjas de hierro que, en aquel momento, se hallaban abiertas, y junto a las cuales había otros centinelas.

Arriba de la escalera veíase una sala de espera, rodeada de una reja metálica, y al otro lado, la enorme habitación en que se preparaban los sobres con los salarios.

A cada extremo de cada habitación, muy alto, había una garita blindada con ametralladoras emplazadas dentro. «Federated

Payrall» era partidaria de correr el menor número de riesgos posible.

Doc Savage entró en la enrejada sala de espera. Aquello fue como una señal.

Se oyó un aullido en una de las garitas. Un instante después, caía de ella el centinela. A lo lejos parecía como si le hubieran hundido el cráneo por completo.

Las mecanógrafas chillaron. Un hombre dio un salto en dirección a un timbre de alarma. Se oyó el ruido de un golpe y cayó. Se armó un enorme barullo en la habitación. EL otro centinela cayó de su garita.

Una pila grande de billetes de Banco resbaló de una mesa y cayó, quedándose suspendida en el aire, como si la hubieran metido en un saco invisible.

—¡Los hombres invisibles! —aulló Monk.

Otra pila de billetes se alzó, como si se hubiera hecho más ligero que el aire, y flotó pasillo abajo. Dos muchachas miraron y se desmayaron.

Monk aulló —¿Qué hacemos?

—Tomar las salidas, ¡so mico! —le contestó Ham.

Doc Savage ordenó —¡Buscad dónde refugiarse!

Monk miró al hombre de bronce. Era la primera, vez que recordaba haber visto a su jefe rehuir una pelea. Monk sospechaba con frecuencia que a Doc le gustaba la pelea más que a ninguno de ellos, y eso que, para él y Ham, la lucha era la sal de la vida.

—Hemos intentado luchar ya contra esos hombres invisibles empleando métodos corrientes —dijo Doc, rápidamente—. Lo que hemos de hacer ahora, es andar con pies de plomo hasta que estemos en situación de hacerles frente.

Diciendo esto, el hombre de bronce empujó a Monk, Ham y Marikan hacia fuera otra vez.

Marikan se puso a saltar, excitado, tartamudeando:

—¡Es terrible! ¡Terrible!

Dos o tres de los dependientes principales estaban gritando órdenes y uno de los centinelas corría de un lado a otro, agitando su arma; pero sus esfuerzos por restablecer el orden se perdieron por completo en aquella confusión.

De vez en cuando caía un empleado de resultas de un fuerte

golpe. Era evidente que algunos caían muertos.

El dinero saltaba de las mesas, salía de los sacos y cajas de caudales, y se iba flotando. Viendo todo esto, hasta los hombres se volvieron histéricos. Era cosa demasiado sobrenatural para que pudiera comprenderse con rapidez.

Uno de los seres criminales vertió una botella de tinta que había sobre la mesa del encargado del despacho.

Este miró, con ojos saltones, cómo salpicaba la tinta, como si hubiesen sido introducidos en ella, unos dedos.

Luego una serie de huellas dactilares negras aparecieron sobre la mesa.

EL empleado vió la tinta adherida a los dedos invisibles. Luego el dueño de los dedos transparentes se los limpió en el secante y se lo tiró después al empleado.

Este aulló como sí le hubieran echado el mundo encima. Aquello le dio una idea.

—¡Echadles tinta encima! —aulló.

Nadie le oyó. El ruido era ensordecedor. Uno de los centinelas había empezado a disparar una ametralladora a tontas y a locas.

Doc Savage y sus hombres llegaron al pie de la escalera y cerraron las puertas de hierro.

—Usen gases lacrimógenos —les ordenó a los centinelas que allí habían apostados. Pero éstos querían saber lo que estaba ocurriendo. El resultado fue una discusión y, en medio de ella, sonó el grito de un hombre que había en la bocacalle cercana. Salieron corriendo. El que gritaba era un transeúnte.

—¡Dinero! —aulló—. ¡Un millón de dólares! ¡Salió por esa ventana y bajó, flotando, por la calle!

Doc Savage miró hacia la ventana. Era una de las del despacho. Los barrotes habían sido apartados. Uno de los hombres invisibles debía de haber entrado en el lugar más temprano y aflojado los barrotes.

Seguido por sus hombres, Doc salió corriendo en la dirección por donde había desaparecido el dinero. Nada encontró, cosa que ya se había esperado.

Había callejuelas, bocacalles y una veintena de puertas por las que los invisibles atacantes podían haberse metido.

—¡Es la cosa más increíble que en mí vida he oído! —exclamó

Marikan—. Y ¿usted cree que mi rancho de mofetas, él tiene algo que ver con ello?

Monk rugió:

—¡Más vale que lo tema! ¡Si no paramos los pies a esos duendes, van a dejar limpio el país! ¡Rayos! ¡Si tienen al mundo en su poder!

Empezaban a oírse las sirenas de la policía.

Doc dijo:

—Vamos.

—¿Van a mi rancho de mofetas? —inquirió Marikan.

—Sí —respondió el hombre de bronce.

Allá en las oficinas de la “Federated Payrall”, se acentuó la excitación más bien que calmarse al llegar las brigadas de policía y de detectives intrigados.

Estos corrieron de un lado para otro.

La mayoría no creía una palabra de lo que escuchaba, a pesar de haber ocurrirlo algo parecido en la Opera la noche anterior.

Los expertos en dactiloscopia llegaron y se pusieron a trabajar. No tardaron en hallar las huellas en la mesa del encarado del despacho y las fotografiaron desde distintos puntos.

—Estas son las huellas dactilares de uno de los hombres invisibles —insistió el empleado.

Y contó cómo le habían tirado el secante a la cara.

Antes de un cuarto de hora las huellas digitales habían sido envíalas a jefatura e identificadas. Hubo una nueva explosión de excitación. Las emisoras policíacas se pusieron a funcionar.

Doc Savage tenía radio en su automóvil, y estaba sincronizada con la onda policíaca. Quería saber noticias de los ladrones invisibles, y recibió más de las que esperaba.

El locutor de la policía estaba tan emocionado que apenas podía hablar.

—¡Urgente a todos los coches! —dijo, con rapidez—. Identificación de las huellas dactilares de uno de los ladrones invisibles. Las huellas se hallaron en una mesa de las oficinas de la “Federated Payrall”. Son las de Doc Savage, cuyas huellas se hallan en nuestro fichero en relación con un nombramiento especial que le fue conferido como miembro del Cuerpo de Policía neoyorquino. Detened a este hombre para que sea interrogado. Los centinelas de la «Federated Payrall» le vieron en el lugar del crimen.

—¡Ah! —murmuró Monk agriamente—. ¿Hemos de ponernos todos en pie y tributar una ovación?

—¡Una ovación! —tartajeó Marikan—. Muy extremadamente mala cosa la llamo yo. ¿Ovación dice?

—Es el sistema, que emplea el gorila este para dar a entender que está estupefacto —explicó Ham, con sequedad.

Monk conducía. Quitó las manos del volante para agitarlas.

—Pero… ¿cómo fueron a parar las huellas dactilares de Doc a esa mesa? —aulló—. No estuvimos siquiera en la parte de la oficina en que están las mesas.

EL coche, que viajaba a cerca de setenta millas por hora, torció hacia el bordillo.

—¡Cuídate del volante! —aulló Ham.

Cuando volvió a enderezar el automóvil, Doc Savage habló. Su asombrosa voz conservaba la serenidad y no delató con gesto alguno haber oído cosa que tuviese especial importancia.

—¿Os acordáis de cuando estuve sin conocimiento en la Opera? —preguntó.

—¿Que si nos acordamos?… —gruñó Monk.

—Cuando me examiné los dedos mas tarde, hallé vestigios de cera, como os dije. Esa cera significa que me tomaron las huellas dactilares. Con esos moldes sería cosa fácil hacer unas piezas de algo flexible que luego harían invisible. Con ellas fueron plantadas mis huellas sobre la mesa.

—¡Caramba! —murmuró Ham, pensativamente—. Tienen confianza en sí. Te han escogido a ti como cabeza de turco.

CAPÍTULO XII

RANCHO DE PIELES

EL rancho de Marikan, dedicado a la cría de mofetas, resultó estar muy abajo por la costa de Nueva jersey, cosa que no dejaba de ser una ventaja puesto que se hallaba en otro Estado.

No obstante, Doc Savage huyó de las carreteras reales y se agachaba para no ser visto al pasar junto a otros coches, sobre todo después de oír las emisoras policíacas de Newark y de la ciudad de Jersey radiar su descripción y la orden de detención.

Por dichas emisiones supieron que habían muerto siete personas de golpes en la cabeza, durante el asalto de los hombres invisibles a la “Federated Payrall». Se dio el número de matrícula del coche de Doc, junto con una descripción del estilo y colorido de la carrocería.

—Sería una lástima que nos detuvieran —dijo Monk—. Tal vez sea mejor que cambiemos de coche.

—Por lo menos deberíamos cambiar la identidad de éste —asintió Doc Savage.

Monk detuvo el automóvil en un lugar desierto y el hombre de bronce sacó de la caja de las herramientas otro juego de matriculas de cada uno de los Estados limítrofes con Nueva York.

Escogió un par de Nueva Jersey y las colocó en lugar de las que llevaba el coche. Del mismo sitio extrajo un aparato que parecía un pulverizador corriente de mano.

—¿Están esas matrículas de Nueva Jersey a nombre tuyo? —inquirió Monk.

—No, fueron concedidas a un coche de segunda mano, el que se tiró al mar después de quitarle las matrículas nuevas.

El hombre de bronce apuntó al coche con el pulverizador y empezó a hacerlo funcionar. Una nube de algo casi incoloro cubrió

el coche.

La substancia tenía un olor que se agarraba a la garganta y que hizo toser a Monk y a Ham. El color de la carrocería había sido negro profundo. Ahora cambió, convirtiéndolo en un matiz gris, bastante claro.

—Es una substancia química que se come el color —explicó—. Es mucho más rápido que tener que pintar la carrocería de nuevo.

Todo el coche había cambiado de color cuando volvieron a montarse en él y reanudaron el camino.

Se oyó el zumbido de un aeroplano en dirección a Nueva York. Monk asomó la cabeza y luego volvió a meterla apresuradamente, gruñendo.

—Pudiera ser un avión de la policía.

Empleó el espejo colocado en el coche, arrancándolo para poder observar al aeroplano.

—Es raro —dijo por fin.

—¿Qué? —inquirió Ham.

—Juraría a que el avión ese describió un semicírculo nada más que por no volar sobre nosotros.

—Imaginación tuya.

—Puede ser; pero parecía como si no tuviera deseos de que lo examinara nadie con demasiada atención.

Doc Savage le preguntó a Marikan:

—¿En qué dirección, exactamente, está su rancho?

El hombre narigudo señaló.

—Allí; lejos.

El hombre de bronce observó el aeroplano, fijándose, especialmente, en la dirección que llevaba. Los demás se dieron cuenta de lo que su observación significaba, y escudriñaron el aparato a su vez. Vieron que era un hidroplano.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Marikan—. ¡Ese pájaro, el va hacia mi rancho!

El rancho de mofetas se hallaba situado en terreno pantanoso o, mejor dicho, en un montículo rodeado de pantanos, y no había ninguna otra cosa en dos millas a la redonda.

—El pantano, él no tiene fondo —exclamó Marikan—. No puede construirse allá ninguna casa en el barro, da un salto y se hunde.

Muy cerca del montículo se deslizaba un riachuelo, no muy

profundo, pero sí bastante ancho —una caleta de agua salada— que subía con la marea. Daba la casualidad que el riachuelo en cuestión seguía un curso recto y se parecía mucho a un canal.

Con toda seguridad habría sido dragado alguna vez, porque las riberas parecían un poco más altas y estaban cubiertas de árboles achaparrados.

En el río, ocultos tras los árboles, había cuatro hidroaviones. No eran muy grandes. Todos iban provistos de un solo motor y no podían llevar más de ocho o diez personas. Entre ellos se encontraba el aparato que había visto Monk.

—¡Qué barbaridad! —tartajeo Marikan—. Esta cosa, ¿ella qué significa?

—¿Está usted seguro de que no lo sabe? —preguntó Monk, agriamente.

Marikan agitó los brazos, coro expresión de inocencia ofendida.

—Si yo sé que algo de ello no está bien, ¿les traería aquí? —preguntó.

—Sí —asintió Monk—: eso no deja de ser verdad.

Habían dejado el coche muy atrás; debajo de un árbol donde no podría vérsele desde el aire. Avanzaron luego a pie, agachándose, por entre la hierba, arrastrándose a veces, vadeando con frecuencia.

Cuando vieron los hidroplanos, Doc Savage se detuvo.

—Algo está pasando —dijo, lentamente—. Ham; tú y Marikan se quedan aquí, Monk y yo seguiremos adelante.

—¿No podríamos ir juntos? —inquirió Ham, al que le hacia muy poca gracia perderse emociones.

—No hay manera de saber lo que puede ocurrirnos —contestó Doc—. Por si fuera necesario, es preferible que quede alguien fuera para avisar al resto de nuestros amigos y ponerles a trabajar sobre el asunto.

Ham movió afirmativamente la cabeza. Los demás miembros de la organización de Doc Savage —el coronel Juan Renwich, llamado familiarmente “Renny”, famoso ingeniero; Guillermo Harper Littlejohn, o “Johnny”, célebre arqueólogo; y el comandante Tomás J. Roberts, o “Long Tom”, ingeniero electricista a quien se consideraba un verdadero mago— no se hallaban por entonces en Nueva York.

Estaban dispersados —el ingeniero y el electricista en Europa, y

el arqueólogo en la parte occidental de Norteamérica, investigando unas cuevas trogloditas, recientemente descubiertas.

Doc Savage siguió adelante, con Monk detrás de él. Como vieron que iba a ser necesario vadear un pequeño lago, se quitaron la mayor parte de la ropa exterior.

Hacía mucho frío. La niebla que abundara en las primeras horas de la mañana se había desvanecido casi por completo.

Llegaron a un punto desde el que pudieron distinguir movimientos en torno a los aviones. Hombres bien vestidos y de aspecto inteligente que, sin embargo, daban la impresión de ser muy duros y estar exentos de escrúpulos, estaban sacando sacos y maletines de los aeroplanos.

Muchos de los sacos salían solos de los hidroaviones y flotaban hasta tierra, transportados evidentemente por hombres invisibles.

—¡Su cuartel general! —susurró Monk.

Depositó a Habeas Corpus en el suelo y le dijo, en un susurro:

—Tú no te muevas de aquí, Habeas.

EL cerdo obedeció, como si fuera un perro bien enseñado.

Ham, con la ayuda de unos prismáticos, logró seguir bastante bien los movimientos de Doc y Monk. Marikan, echado en el suelo al lado de Ham, no dejaba de murmurar entre dientes.

—Esto una barbaridad me gusta —murmuró—. Ya puede decir que sí.

—Haga el favor de guardar silencio —le dije Ham, con brusquedad.

Marikan expresó otra opinión; pero lo hizo en voz demasiado baja para que le oyeran.

Luego guardó silencio y no se oyó ya mas que el susurro de la brisa por entre la hierba de las marismas y alguno que otro grito de los hombres que descargaban los aeroplanos. De pronto Marikan emitió un gruñido.

El gruñido era alto. Y era extraño también. Ham se volvió —ambos estaban tumbados en el suelo— y miró a su compañero. Marikan yacía muy quieto, y tenía la cara hundida en el blando barro de la marisma de tal manera que era dudoso que pudiera respirar.

Ham abrió la boca. No tenía la intención de gritar. Más, bien la abrió como consecuencia de la sorpresa. Se arrepintió de haber

obrado tan inconscientemente un instante después.

Algo se le introdujo en la boca. Parecía trapo; pero era invisible.

Ham intentó quitarse aquella mordaza. Manos invisibles le asieron los brazos. Empezó a sacudir puntapiés. Algo pesado pareció sujetarle las piernas.

—¡Cuidado, figurín! —le aconsejó una voz—. Fueron ustedes unos primos, si creyeron poder llegar hasta aquí sin ser vistos. ¡Si tenemos hombres invisibles estacionados en todos los caminos...! Y tenemos gente en las comisarías escuchando todo lo que se dice.

Ham echó atrás la cabeza e hizo el mayor ruido que pudo por la nariz. No se le hubiera podido oír a más allá de cien metros de distancia. Doc Savage se hallaba mucho más lejos ya.

Soltó una exclamación de dolor al darle en el ojo izquierdo algo que no era probablemente un dedo.

—¡Cállese o se quedará sin esa lámpara! —le advirtieron.

Marikan dio la vuelta y por lo grotesco del movimiento se comprendió que eran los hombres invisibles los que le movían. Se le abrió la boca y empezó a salir de ella barro, empujado, al parecer, por un dedo invisible.

—Sólo ha perdido el conocimiento —dijo otro de los hombres invisibles—. ¿Qué hacemos con ellos?

—Retenerlos aquí un poco, hasta que el otro y Doc Savage hayan sido apresados —dijo uno—. Luego, veremos cómo reaccionan sus procesos mentales ante una partícula de plomo de un tamaño determinado, del calibre 38, por ejemplo. Debiera resultar un estudio interesante.

Ham nada dijo. Por regla general no se asustaba ni se ponía nervioso; pero ahora sentía como si le estuvieran echando encima hielo seco y estuviese recibiendo una serie de sacudidas eléctricas.

Era el encuentro más próximo que había tenido con los hombres invisibles y su singularidad resultaba aterradora. Los hombres invisibles sabían que Doc y Monk habían seguido adelante, por añadidura, y con toda seguridad estarían cercándoles en aquellos instantes.

Doc Savage y Monk se hallaban muy cerca del rancho. El lugar se componía de una serie de corrales alambrados, que despedían un olor desagradable, y dos edificios largos, uno de los cuales estaba abierto por los lados y que seguramente se destinaba a almacenar la

cosecha, desollar a los animales y curar las pieles.

Había una sección también dedicada al almacenaje de provisiones para los bichos aquellos.

Los hombres estaban metiendo el botín en el mayor de los edificios, que debía ser la vivienda.

Monk dijo:

—Tal vez debiera de haberme traído a Habeas. Ya sabes que...

El cerdo se acercó en aquel momento al trote.

Monk le dirigió una mirada severa.

—Te dije que te quedaras atrás —dijo—. ¿Acaso no te he enseñado a...?

Calló. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al mirar al cerdo. Habeas parecía inquieto. Tenía tendidas las enormes orejas. Movía la cabeza de un lado a otro.

Monk miró a Doc Savage:

—¡Hombres invisibles! —gruñó.

—Así parece —respondió Doc, en un susurro.

Habían bajado la voz hasta el punto de apenas oírse. Monk le dio un empujón a Habeas.

—¿Dónde están? —susurró—. ¡Búscales, puerco!

No en balde había pasado Monk sus ratos de ocio durante años enseñando a Habeas que, debido a las penalidades pasadas en sus primeros años en los desiertos de Arabia, no daba muestras de crecer ya más del tamaño de un cerdo pequeño.

Habeas se alejó lentamente, con evidente desgana. Un momento después señalaba como un perro de caza.

—¡Magnifico! —susurró Monk—. ¡Hay un hombre invisible allí!

Pero Doc Savage movió negativamente la cabeza sin dejar de mirar al cerdo.

—No tan magnífico —dijo—. El hombre invisible parece estar siguiendo nuestras huellas por entre la hierba de la marisma.

Monk tragó saliva.

—¡Rayos!¿Cómo vamos a pescar a ese tipo? ¡No podemos ver dónde esta!

En lugar de responder, Doc observó a Habeas. El cerdo parecía estar excitadísimo. Señaló en dirección distinta y luego cambió. Se agazapó y regresó corriendo al lado de Doc y Monk, dando muestras del más vivo temor.

—¡Estamos rodeados! —exclamó Doc, sombrío—. ¡Nos han estado vigilando desde el primer momento!

Monk sacó su pistola super ametralladora. El mecanismo y las balas eran impermeables.

Doc ordenó:

—¡Prepárate! ¡Va a empezar el jaleo!

Monk le dio un empujón a Habeas.

—¡Lárgate de aquí, puerco! —ordenó—. ¡Este sitio se va a hacer peligroso!

CAPÍTULO XIII

ALQUIMIA

DOC Savage aun llevaba un chaleco de construcción especial. Se componía de una cubierta exterior a prueba de bala y, debajo de ella, numerosos bolsillos almohadillados y colocados de tal manera que, al llevarlo puesto, las proporciones del hombre de bronce aumentaban muy levemente nada más.

Los bolsillos contenían numerosos dispositivos: los aparatos científicos con que Doc prefería luchar, en lugar de hacer uso de las prosaicas armas de fuego.

Extrajo varias granadas pequeñas de variado colorido. Tenían minúsculas palanquitas detonadores.

Doc dio a las palancas y luego tiró los proyectiles una a la derecha, otro a la izquierda, un tercero detrás, y una serie de ellos delante, escalonándolos en dirección a los dos edificios.

Las granadas estallaron, despidiendo una cantidad asombrosa de humo, que parecía más negro que la tinta china. El palio de humo se extendió.

Toda la vecindad quedó envuelta en negro.

Habeas Corpus huyó, gruñendo fuertemente y dando enormes brincos.

Doc Savage dijo:

—¡Estoy tumbado en el suelo, Monk, para no estorbarte!

Monk soltó un gruñido, se apretó la pistola ametralladora contra el costado y apretó el gatillo, girando al propio tiempo, sobre los talones, dirigiendo una ráfaga de balas de misericordia a la altura de la cintura de una persona normal. Una serie de gritos de dolor anunció que los disparos habían surtido algún efecto.

Doc Savage exclamó:

—¡Basta ya!

Y se puso en pie al dejar Monk de disparar. Se hallaba a un paso del químico; pero no podía verle. Le encontró por el tacto. Retrocedieron.

Monk intentó dirigirse al cobertizo, pero Doc le guió hacia la izquierda, en dirección a la casa.

—Pero... ¡si están todos ahí dentro! —exclamó Monk.

Doc no le respondió. Tiró unas cuantas granadas de humo. Agregó cuatro de gases lacrimógenos y otras que contenían un gas que hacía perder rápidamente el conocimiento.

Estas las tiró lo bastante lejos para que no les afectaran a él y a Monk, ya que no llevaban mascaras para protegerse.

Llegaron a la casa. EL humo había penetrado allí también, convirtiéndola en una especie de manicomio negro de donde no hacían más que salir gritos.

La voz de «Telégrafo» Edmunds estaba gritando órdenes.

—¡Vigilad las marismas! —aullaba—. ¡Vigiladlos bien! ¡No pueden resistir este humo mucho tiempo, y entonces los cogeremos!

Doc Savage empujó a Monk hacia el suelo.

—Aguarda aquí —dijo.

Marchó, enseguida, hacia la caleta en que se hallaban los hidroplanos. Oía a otros correr por allá cerca, dirigiéndose a vigilar la marisma de acuerdo con las instrucciones de «Telégrafo».

El humo no llegaba hasta donde estaban los hidroaviones, y Doc, atisbando por entre la maleza, vió a un hombre armado, de pie en uno de los flotadores, vigilando con atención. Era evidentemente imposible escapar por allí.

—¡Eh! ¡El del avión negro! —gritó Doc.

No había más que un aparato negro; los demás eran amarillos. El piloto se hallaba de pie en uno de los flotadores con una pistola ametralladora.

Se sobresaltó al oír la voz.

—¡Di, jefe! —replicó.

Doc había imitado tan admirablemente la voz de “Telégrafo” que el hombre se había dejado engañar por completo.

—Coge tu aparato y vuelve al sitio donde recogiste tú último cargamento —ordenó el hombre de bronce.

El riesgo era grande. El piloto vaciló.

—¿Y ese jaleo de aquí? —preguntó el aviador.

—Ya lo solucionaremos nosotros. Tú vuela en circulo por aquí encima hasta que el viento disipe el humo y, si no los ves huir por la marisma, sigue tu camino.

Aquello le pareció racional al aviador.

—De acuerdo —contestó.

Y subió al hidroavión.

Doc Savage retrocedió y, un momento después, oyó el zumbido de un motor y comprendió, por la forma en que se iba perdiendo el ruido en la distancia, que el aparato había patinado caleta abajo antes de despegar.

La marcha del aeroplano armó un nuevo revuelo en el rancho. “Telégrafo” corrió a la ribera de la caleta, miró al hidroplano, que se hallaba ya en el aire, y se puso a maldecir con elocuencia. Cuando dejó de hacerlo, tenía ya el rostro congestionado.

—¡Se han escapado en este aparato! —aulló.

El hidroavión volvió, describiendo un círculo, y fue recibido con una salva de disparos. El humo no se había disipado aún y el piloto cometió el error de creer que Doc y sus hombres eran los que disparaban.

Se limitó a alejarse y dar vueltas tranquilamente, vigilando la marisma para asegurarse de que nadie se escapara. Por consiguiente, se hallaba demasiado lejos para reconocer a “Telégrafos” Edmunds.

Se le ocurrió a este, de pronto, que tenía allí cerca otros aparatos con los que emprender la persecución. Ordenó que despegaran.

Al correr hacía los hidroaviones, los hombres de «Telégrafo» se encontraron con un compañero suyo —que no era invisible— sin conocimiento en el suelo.

Parecía haber recibido un golpe en la mandíbula. Su pistola había desaparecido.

Llegaron a la caleta. Miraron hacia ella. «Telégrafo» sufrió otro acceso de rabia. Gasolina, brillando con todos los colores del arco iris, cubría las aguas de la caleta. Se escapaba de los depósitos de los aparatos por una serie de agujeros de bala.

«Telégrafo» ni sospechó siquiera que Doc Savage hubiera podido apoderarse de la pistola y hecho los agujeros mientras los demás disparaban contra el hidroavión que volaba.

La brisa acabó por llevarse el humo y como las minúsculas granadas habían despedido ya todo su contenido, se despejó el aire.

Monk y Doc se hallaban dentro de la casa, en la que no había más personas que ellos, ya que el jaleo había hecho salir a todo el mundo.

Monk no estaba satisfecho del todo.

—¡Ojalá estuviésemos nosotros en ese hidroplano! —dijo—. No les va aguantar ni pizca cuando nos encuentren aquí dentro.

A pesar del peligro de su situación, el químico sonreía expansivamente. Se le había visto sonreír de igual manera en ocasiones en que parecía imposible que pudiese vivir más de unos minutos.

Monk era un tipo de individuo de los que se encuentran pocos. Parecía incapaz de concebir que existiera tal cosa como el peligro.

Doc Savage estaba examinando el interior de la casa. Había una alcoba, un comedor, una sala y una cocina todo ello pobremente amueblado. Abrió puertas y armarios.

—Es raro —murmuró.

—Todo el asunto es raro —admitió Monk.

—EL botín que estaban metiendo aquí no se encuentra por parte alguna —observó Doc.

La sonrisa del químico se desvaneció. Empezó a dar la vuelta a los cuartos y examinar las paredes. Tenía muy buen cuidado de no pasar por delante de ninguna ventana.

«Telégrafo» y sus hombres creían que habían huido en el hidroplano y, por consiguiente, no se les había ocurrido registrar la casa.

Doc Savage le ayudó a Monk a buscar. La estufa que estaba en la sala era una de esas estufas cilíndricas corrientes, colocada sobre una hoja de metal para proteger el suelo.

Examinándola de cerca, el hombre de bronce observó que una de las patas parecía más brillante que las otras, como si la hubieran sobado mucho.

La asió. Sus dedos hallaron un resorte oculto en la parte cóncava interior de la pata. Oprimió el resorte. Se oyó un chasquido y estufa y hoja de metal se alzaron y se corrieron a un lado.

—¡Vaya, vaya! —susurró Monk—. ¡Secretos y todo!

EL agujero que había aparecido era lo bastante grande para que

pasara un hombre por él cómodamente y la escala tenía travesaños anchos y un pasamanos.

Doc Savage escudriñó la parte superior de la misma. No bajó por los travesaños, sino que se dejó caer los tres metros de profundidad que tenía el agujero. Aterrizó en un pasillo de cemento y examinó el pie de la escalera.

No había ningún circuito de alarma conectada a ella.

—Está bien —susurró.

Y Monk bajó.

El mecanismo que cerraba la extraña trampa estaba a mano y era fácil de entender. AL cerrarse, se hizo la más profunda oscuridad abajo.

Doc Savage aun llevaba las lámparas de bolsillo con generador propio que habían empleado durante la noche. Como estaban impermeabilizadas, seguían funcionando divinamente.

A su luz vieron un pasillo pendiente, que recorrieron, llegando a una puerta de acero que, según descubrieron al pasar por ella, estaba forrada de plomo por dentro.

Estaba cerrada cuando llegaron a ella; conque la dejaron cerrada tras sí.

Se hallaban en un cuarto en el que se notaba un leve zumbido, como de maquinaria y donde el aire olía algo así como en el interior de las grandes centrales eléctricas.

A intervalos, se oía una especie de chisporroteo, un ruido semejante al que se produciría rompiendo cristales a cubos llenos. Paredes, suelo y techo estaban esmaltados de blanco.

—Tal vez haya una salida excusada —dijo Monk.

Doc no hizo comentario alguno. En realidad, no tuvo tiempo de hablar, porque oyeron voces delante de ellos, y sonidos que indicaban que se aproximaban varios hombres. Hasta aquel momento no habían hallado señal alguna de que el laberinto subterráneo estuviese habitado.

Había una puerta a la derecha. Era evidente que las voces no llegaban por allí. Doc y Monk corrieron hacia ella, la abrieron y salieron a un pasillo.

En éste había varios nichos pequeños, algunos de los cuales contenían provisiones. Se metieron en uno lleno de barriles y donde había una lona.

Se metieron debajo de ella.

Antes de haber transcurrido muchos instantes, se oyó movimiento en los otros cuartos. Fueron bajando hombres de la superficie, murmurando y excitados. Luego se presentó «Telégrafo» Edmunds y sus órdenes se oyeron perfectamente.

—¡Daos prisa! —dijo—. Tenemos que cambiar el horario y hacer las cosas aprisa: Doc Savage hará cundir la alarma. ¡No nos queda mucho tiempo!

Monk contuvo el aliento al abrirse la puerta que daba a aquel pasillo.

Empezaron a salir hombres. No se encendieron las luces y se les veía confusamente en la oscuridad.

El primero del desfile pasó; luego otro y otro. Respiraban ruidosamente.

Ello pudiera indicar que estaban preocupados. Pasaron cerca de una docena.

Luego apareció Edmunds en la puerta.

—¡Vamos! —ordenó—. ¡Daos prisa! Yo cogeré una lámpara y examinare lo que tenemos en este pasillo a ver si hay algo que debiera retirarse. Luego os seguiré. Y tened mucho cuidado con encender luces.

Doc y Monk se dieron un codazo en la oscuridad.

—Tendremos que correr el riesgo —dijo el hombre de bronce.

Se pusieron en pie y se incorporaron a la procesión. No se requería valor especial para hacerlo, y no era de extrañar que no fuesen descubiertos.

Los hombres marchaban aprisa, empujándose unos a otros, y la oscuridad era profunda. Doc se puso en fila delante de Monk y avanzaron rápidamente.

Llegaron a un cuarto en que había considerable movimiento. Transcurrieron unos segundos antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando allí.

—Quitaos absolutamente todo lo que lleváis puesto —dijo una voz—. Eso incluye relojes de pulsera, anillos… y dentadura postiza si la tenéis. No olvidéis que la presencia del menor pedazo de metal en el cuerpo puede tener fatales consecuencias.

Monk acercó la boca al oído de Doc, le era posible reconocer la piel singularmente fina del hombre de bronce, tocándola con los

dedos y susurró.

—¿Qué hacemos nosotros?

—Lo mismo que los demás —contestó Doc—. Desnúdate.

—No me hace ni pizca de gracia esto —murmuró Monk.

Pero obedeció.

A los pocos instantes se sintió una singular sensación de picor. Primero se notó en los ojos, las fosas nasales y otras partes tiernas del cuerpo. Luego se extendió.

—¡Rediez! —exclamó alguien—. ¡Debo tener sarna!

La voz que había dado órdenes explicó:

—Se os está exponiendo a los primeros rayos acondicionadores en este cuarto. Este tratamiento produce una reacción oxidadora necesaria.

Transcurrió algún tiempo y parecía como si todo el mundo se hubiera quitado la ropa, porque la habitación se hallaba relativamente silenciosa, salvo por el ruido de la respiración y el raspar de unas uñas en carne al rascarse alguien.

—Lleváis aquí diez minutos —dijo la voz autoritaria—. Ahora saldréis por la puerta de la izquierda. Ya se os ha dicho lo que tenéis que hacer.

Monk y Doc siguieron a los demás —y se vieron empujados por una puerta pequeña.

Oyeron una serie de ruidos como si se cepillara algo; pero no se dieron cuenta de su significado hasta que fueron empujados, por los que iban detrás de ellos, hacia un punto un poco más elevado del suelo.

Más allá había una especie de tobogán. Resbalaron por él y fueron a parar a un depósito de un líquido que parecía suave y como crema. Hicieron un ruido bastante grande al chocar con el liquido, y alguien les soltó una maldición.

—¿Qué ocurre? —inquirió con brusquedad la voz del que dirigía las operaciones.

—Algún idiota que ha bajado de cabeza por el tobogán —replicó el hombre.

—Es igual. Respirad profundamente y meted la cabeza dentro. Es necesario que esta composición cubra todas las partes de vuestro cuerpo.

Por el ruido, Doc y Monk juzgaron que los hombres estaban

nadando hacia el otro extremo del depósito y salieron de él. Hicieron lo propio.

Oyeron a un hombre aullar delante de ellos. Un instante después comprendieron el motivo, porque un chorro de una substancia química pulverizada chocó contra su cuerpo y el efecto fue muy parecido al que les hubiese producido un chorro de plomo hirviendo.

Siguieron a los otros y pasaron por aquella lluvia fina lo más deprisa posible.

La oscuridad era profunda y no daba señales de disiparse. La voz explicó el motivo de ello.

—Es esencial que ni un rayo de luz hiera el nervio óptico —dijo —. De lo contrario, os podríais encontrar irreparablemente ciegos.

—¿En qué jaleo nos estamos metiendo? —exclamó Monk.

—¿Qué dices? —preguntó una voz áspera detrás de él.

—¡Que debías de haberte traído una bicicleta!

—¿Sí? —rugió el otro.

—Seguro. ¡Así no tendrías que montarte en mis talones como haces ahora!

—¡Así han de tenerse los ánimos! —aprobó la voz—. No perdáis la serenidad. No existe el menor peligro.

Un momento después se vieron precipitados en otro depósito de una substancia química. Este era el más desagradable de todos. Al salir de él, Monk se sintió la mar de extraño. Todo su cuerpo parecía lleno de fuego.

Vino a continuación un cuarto negro. Era largo y estrecho y, por un lado, había lo que parecía un banco.

La voz autoritaria ordenó:

—Os echaréis todos, cuan largos sois, sobre el transportador, y permaneceréis completamente inmóviles.

El transportador resultó ser aquello, que habían tomado por un banco y Monk y Doc se echaron en él, como los demás. EL terrible fuego interior pareció saltar, surgir y consumirles, dejando tan sólo una cáscara, cuyo interior había quedado eliminado por la llama.

Hasta el cerebro parecía consumirse. Monk se dio cuenta de que aquello significaba que se estaban quedando sin conocimiento.

Inesperadamente, el transportador se puso en movimiento.

Lo qué siguió no fue tan malo —en parte porque estaban casi sin

sentido. Al pasar por una cámara llena de un vaho azul intenso, el frío siguió al calor del cuerpo.

Luego había un largo tubo lleno de unas chispas de fantástico colorido que se movían con descargas estrepitosas, haciendo el mismo ruido que Monk y Doc oyeran al entrar en el subterráneo.

Siguió otro baño líquido tras el cual hubo otro tubo lleno de un vaho aún más azul, y luego un dolor terrible. En aquel momento les pasó algo a los ojos y ya no pudieron ver.

Monk se llenó de aprensión, temiendo haber quedado ciego para siempre, e intentó incorporarse, moverse, hacer algo, cualquier cosa, pero no pudo moverse.

Oyó una voz. Era la de «Telégrafo» Edmunds, o mucho se equivocaba.

—Más vale que vaya alguien a buscar a Ham y Marikan —estaba diciendo—. Nos ocuparemos de ellos después.

Luego Monk dejó de comprender cuanto ocurría a su alrededor.

CAPÍTULO XIV

GUERRA DE DUENDES

HAM, que yacía donde le habían tenido sujeto los hombres invisibles durante cerca de una hora, oyó pasos pesados que acercaban, procedentes del rancho, vió cómo se aplastaba la hierba y observó las profundas huellas que aparecían en el blando suelo.

Comprendió que los hombres invisibles habían llegado, en busca suya y de Marikan.

Marikan vió todo aquello también.

—¡Loco me va a volver esto! —gimió.

—¡Cierre el pico! —ordenó un hombre invisible, con aspereza.

Ham y Marikan fueron alzados y conducidos hacia el rancho.

Como el primero pesaba menos, se elevaron más aprisa y pronto estuvo dentro de la casa. Fue bajado a la primera habitación esmaltada.

Esta era muy grande. Al principio creyó que sólo "Telégrafo” se hallaba presente. Luego se dio cuenta de que el cuarto estaba lleno de hombres invisibles.

Se abrió una puerta y pareció entrar flotando una camilla. Esta fue depositada en el suelo y le dieron la vuelta para dejar su carga en el suelo.

—¿Cuántos más hay? —inquirió «Telégrafo».

—Dos —replicó una voz:— entonces estaremos preparados para que pases tú.

—De acuerdo. Atenderé a este otro asunto primero —dijo “Telégrafo”.

Salió, estuvo ausente unos momentos y volvió con unos hombres invisibles que transportaban a Marikan. Este ultimo parecía hallarse presa del más vivo terror.

«Telégrafo» miró a su alrededor, contorneándose ante su invisible auditorio y guiñó un ojo.

—El procedimiento de invisibilidad —dijo—, funciona igual con cuerpos muertos que con los vivos. Ataremos a Marikan y a Ham, les haremos invisibles y tiraremos los cadáveres a la caleta. Siendo invisibles, jamás se les encontrará.

Marikan gimió:

—¡No! ¡No! ¡No a mí no lo hagan! ¡Déjenme que con ustedes me una! ¡Yo puedo ayudar! ¡Yo soy buen quiropráctico, buen masajista, y si ustedes un dolor en la espalda se les hace, tal vez yo!....

—Dolor en los oídos es lo que me está usted dando —contestó “Telégrafo”, con un resoplido—. ¡Atadlo, muchachos!

Se alzaron unas cuerdas de un rincón y parecieron envolverse al cuerpo de Marikan, tras lo cual le asió «Telégrafo», sacó un revólver, hizo girar el cilindro y arrastró a Marikan al pasillo que conducía al primer cuarto de invisibilizar.

Hubo un momento de silencio. Marikan empezó a gritar, a llorar suplicando misericordia. Sonó un disparo. Después de eso hubo un silencio interrumpido tan sólo por el ruido de las pisadas de «Telégrafo», que regresaba.

—Ahora, el otro —dijo.

Parecía como si los ecos del disparo aun sonaran en la caverna.

Por lo menos así le parecía a Monk. El químico se daba vagamente cuenta de que estaba experimentando algo que no había esperado experimentar más: estaba recobrando el conocimiento.

El ruido del disparo parecía haberle sacado de su estado. Se incorporó y miró a su alrededor.

Se hallaba en un cuarto esmaltado de blanco, y vió a «Telégrafo» Edmunds con el humeante revólver aún en la mano, y a Ham, a quien parecían estar sujetando hombres invisibles.

Intentó ponerse en pie y, con gran sorpresa suya, lo logró. Pero no se mantuvo mucho rato así. Sintió que empezaba a darle vueltas la cabeza y, no pudieron dominar el mareo, cayó pesadamente al suelo.

Sin volver la cabeza, Edmunds dijo:

—No intentéis moveros mucho de un lado para otro cuando recobréis el conocimiento. No os hará daño, pero os marearéis.

Aquello sorprendió enormemente a Monk. Se llevó las manos a

la cabeza.

Luego descubrió algo —algo tan singular— que sintió que se le desorbitaban los ojos y que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Sacudió los brazos para asegurarse. Hasta se tocó la nariz.

—¡Rayos! —exclamó en alta voz—. ¡Si no existo!

Había descubierto que era invisible.

Se puso en pie de nuevo y logró mantenerse así esta vez.

Echó a andar, tropezó inmediatamente con una figura echada, y oyó un gemido. La camilla volvió a entrar y depositar en el suelo otro hombre invisible.

«Telégrafo» Edmunds estaba examinando su revólver.

—A Ham le toca ahora la vez —dijo.

Aquellas palabras hirieron que Monk saliera de la horrorizada abstracción en la que le había sumido su suerte particular.

Se dirigió a Ham, alejándose de "Telégrafo" y procurando permanecer detrás de él, hasta que se dio cuenta de que nadie podría verle.

Entonces avanzó osadamente y se acercó a Ham, con la intención de hablarle al abogado en un susurro.

No llegó a hacerlo. Una mano terriblemente fuerte le asió de pronto. Le levantó en vilo. Sintió que unos dedos le recorrían la nuca. Ello bastó para darle a conocer la identidad de su invisible adversario.

—¡Doc! —exclamó.

—¡Monk! —respondió la voz del hombre de bronce—. ¡Huye! ¡Yo me encargo de Ham!

«Telégrafo» Edmunds, boquiabierto de asombro, rugió:

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

Recibió contestación cuando se oyó brusco y feroz forcejeo en torno a Ham.

Luego éste flotó en el aire, dirigiéndose con extraordinaria velocidad hacia la puerta.

«Telégrafo» empezó a dar órdenes a voz, en grito. Alzó el revólver.

Pero Monk estaba preparado para eso. Se había colocado al lado del hombre y, al levantarse el arma, le pegó un enorme puñetazo en el brazo.

«Telégrafo», no sólo aulló y soltó el revólver, sino que cayó al

suelo.

Monk corrió hacia la escalera. Se reunió con Doc Savage arriba, dentro del cuarto del rancho.

Distaban mucho de haberse escapado aún, puesto que había otros hombres invisibles en el exterior. Entraron éstos en el cuarto silenciosamente y se apoderaron de Ham.

La lucha fue corta. Los atacantes no habían contado con la presencia de Doc Savage y Monk, ambos invisibles. Ham, una vez libre de sus ligaduras, se dirigió, tambaleándose, a la puerta.

—¡Huye a toda prisa! —le dijo Doc—. Monk y yo te seguiremos. De esa manera no nos perderemos unos a otros.

Siguieron este sistema, corriendo a toda velocidad carretera abajo, hasta que oyeron un grito detrás de ellos. Entonces se metieron por entre la hierba de la marisma. Se dirigieron, en línea recta, a la carretera siguiente más próxima, situada a dos millas de allí, y viajaron por ella tan aprisa como les fue posible.

Se acercó un automóvil. Monk se colocó en el centro de la carretera y se puso a mover los brazos, no acordándose, hasta el último momento, de que era invisible. Tuvo que dar un salto fantástico para que no le atropellaran.

—¡Rayos! —se quejó, en alta voz.

—¡Esto de ser invisible va a tener sus inconvenientes!

Ham hizo un gesto de sorpresa al oír la voz del químico.

—¿Estás aquí, Monk? —preguntó.

—Seguro.

Ham dirigió una sonrisa al espacio aparentemente vacío del que salía aquella voz infantil.

—He de confesar que estás mucho más guapo de lo que hubiera podido suponerme —anunció.

—¿Sí? —gruñó Monk—. Bueno, pues ahí viene otro coche.

Ham hizo detenerse al coche mediante el sencillo procedimiento de tumbarse en medio de la carretera.

El motorista, que conducía un coche desvencijado, se detuvo y muy solícito, subió a Monk que fingió estar sin conocimiento, al coche.

Cuando el coche arrancó, Monk y Doc ocupaban el asiento de atrás también.

Ham recobró convenientemente el conocimiento en cuanto

llegaron a la primera bomba de gasolina y legró apearse.

Doc Savage entró en el despacho del garaje, descolgó el teléfono y llamó a la comisaría más cercana.

—Hallarán ustedes el cuartel general de los hombres invisibles en el rancho de Angus Angelo Marikan —anunció, dando la dirección.

Comprendió, por las exclamaciones de excitación que llegaron a sus oídos, que se pondrían en movimiento inmediatamente.

—Lleven ustedes perros sabuesos para seguirles la pista a los hombres invisibles —aconsejó.

¿Quién es usted? —le preguntaron.

Doc colgó el auricular.

Al volverse, vió al encargado del garaje en la puerta. El hombre estaba pálido como un cadáver y parecía presa del más vivo terror.

Los músculos de su garganta estaban contraídos. Sus manos temblaban.

Debía haber oído la voz, y visto el auricular colgarse, al parecer, y por sí solo.

Se acercó, tambaleándose, a una silla, y se dejó caer en ella. Seguramente se creía loco, de momento. Luego recordaría los incidentes ocurridos en Nueva York con hombres invisibles.— ¡Están aquí! —aulló.

Salió por la puerta como una centella y corrió carretera abajo, sin volver la cabeza ni una sola vez. Doc Savage salió.

Ham se había deshecho del motorista que le recogiera y se hallaba de pie junto a la bomba de gasolina. Oyó los pasos de Doc y comprendió que se hallaba cerca.

—¿Cómo os hicieron invisibles? —preguntó.

—Sólo conseguí formarme una idea muy vaga del procedimiento —explicó Doc. Tiene algo que ver con la modificación de la composición electrónica del cuerpo, para lograr un estado atónico que da por resultado la diafanidad completa.

—Eso —respondió Ham—, no me dice gran cosa a mí.

—Ni a mí tampoco —confesó el otro—. El procedimiento era complicadísimo. Monk y yo perdimos el conocimiento muy pronto. No sé lo que ocurrió entonces.

Monk habló, sobresaltado, violentamente, a Ham.

—Hallaremos la solución del misterio cuando la policía se lleve

a los bandidos del rancho y podamos examinar los aparatos —dijo.
Ham afirmó, con la cabeza.
—Pobre Marikan. Hizo de cabeza de turco del principio al fin. Le usaron como propietario postizo del rancho, sin que él lo supiera, Luego le mataron.
Doc Savage empezó a decir algo; pero se interrumpió para escuchar el ruido de sirenas lejanas. Apareció un punto negro en la distancia, se fue haciendo más grande, y acabó convirtiéndose en un camión de policías.
Le siguió otro; y otro. En el último iba un grupo de perros sabuesos. La ruidosa procesión se dirigió al rancho. A instancias de, Doc, Ham se marchó a Nueva York, quedando entendido que había de aguardar a Doc en el piso del rascacielos.
Doc y Monk siguieron a la policía.
Los guardias hicieron bien su trabajo. Se desplegaron, rodearon el rancho y avanzaron. Repartieron los sabuesos de forma que tuvieran aviso si se lanzaba un ataque contra cualquier parte del cordón.
Cuando se hallaban aún a cierta distancia de los edificios del rancho, la tierra saltó, se sacudió, emitió un gran rugido. Simultáneamente, saltó un montón de escombros en el rancho. Aquélla fue la primera de una serie de cerca de una docena de explosiones.
La policía avanzó corriendo. Dos sufrieron heridas sin importancia al sonar otra explosión subterránea, y se retiraron a esperar que renaciera la calma.
Por fin, tranquilizados, continuaron el avance. La primera inspección demostró que poco de valor se encontraría. La explosión había sido terrible y la delicada maquinaria que había habido bajo tierra estaba ya destrozada.
Por añadidura, no se encontró ni rastro de los hombres invisibles. Se les puso a trabajar a los sabuesos. Los animales olfatearon mucho y siguieron distintos rastros hasta la orilla de la caleta.
La policía se desplegó, buscó y descubrió que había habido dos embarcaciones por lo menos ocultas a cierta distancia, caleta abajo. Estas habían desaparecido y, con ellas, los hombres invisibles.
Doc Savage y Monk se mantenían en contacto mediante la

observación y dirigiéndose alguna palabra de vez en cuando contemplaron el fracaso desde lejos.

—¡Maldita sea! —, exclamó Monk—. Ahora sí que estamos fastidiados. No tenemos mas rastro que nos guíe.

Guardó silencio, contemplando un leve movimiento en la hierba, y creyendo al principio que se trataría de algún conejo o algo por el estilo. De pronto exhaló una exclamación de alegría.

—¡Habeas Corpus!

El cerdo había olido sin duda a Monk u oído su voz. Rompió a correr y se acercó.

—¡Habeas! —rió Monk, avanzando.

El cerdo se detuvo. Las orejas se le extendieran y las cerdas se le pusieron de punta. Emitió un gruñido escéptico o dos.

—Es muy duro, puerco —dijo Monk—. Pero ahora tienes un duende por amo.

Habeas enderezó aún más las orejas. Luego dio media vuelta y echó a correr, dando enormes brincos, como para aprovechar la superficie de las orejas para planear.

—¡Eh, maldita sea tu estampa! —exclamó Monk—. ¡No es para tanto!

Salió en persecución suya; pero no logró alcanzarle hasta que el cerdo se retrasó nadando en un riachuelo que Monk podía vadear. Monk le cogió por una oreja y le transportó, gruñendo, lleno de desconfianza, y disgustado, hasta la carretera.

Media hora más tarde, el conductor de un camión quedó sorprendido al descubrir un cerdo de enormes orejas montado en la parte posterior de su vehículo. El camión estaba cargado de patatas y el chofer le tiró una al cerdo.

Se le pusieron los pelos de punta cuando una voz infantil le dijo:

—¡Eh, amigo! ¡Esas no son formas de tratar a la gente!

El chofer quedó tan dudoso de su propio equilibrio mental, que se apeó en el primer puesto de bocadillos y refrescos que encontró y se bebió un café caliente como estimulante. Cuando volvió al camión, el cerdo había desaparecido.

Un taxista se encontró el cerdo en el interior de su coche después y, más tarde, un motorista que había pasado por el Holland Tunnel, por debajo del río Hudson, se encontró el cerdo también. El cerdo huyó cuando se intentó capturarle.

Ninguna de estas personas sospechó que dos hombres —invisibles ambos— iban en compañía del cerdo. No se fijaron en que el animal parecía asustado del curso que tomaban los acontecimientos.

Doc Savage y Monk experimentaron cierta dificultad en llegar a la parte alta de la ciudad con el cerdo; pero por fin lo lograron metiéndose en taxis y en cualquier otro vehículo que se les presentaba.

Había un puesto de frutas, próximo a donde se apearon por último, cerca del rascacielos en que tenía su cuartel general Doc Savage.

—Voy a probar una cosa —decidió Monk.

Varias personas se quedaron boquiabiertas al oír el sonido de la voz.

El dueño, del puesto se quedó más atónito aún al ver que una manzana se movía de un estante y empezaba a desintegrarse en enormes mordiscos, mientras se oía como si se mascara.

Monk, con la boca llena de manzana, preguntó:

—¿Se ve la maldita manzana una vez está dentro de mi boca, Doc?

—Sí; y más vale que la escupas antes de que la muchedumbre se ponga a perseguir a ese trozo de manzana por toda la población.

Monk se apresuró a escupir la manzana.

CAPÍTULO XV

LA VIDA DE UN FANTASMA

REINABA gran excitación en el rascacielos donde se hallaba la residencia de Doc Savage. Todas las puertas y las ventanas de los pisos bajos habían sido tapadas con fuertes pantallas de alambre.

Para entrar en el vestíbulo y salir de él, había que pasar por un dispositivo de red de alambre que parecía una puerta giratoria cuyas divisiones eran nada más que lo bastante grandes para que pasara una persona a la vez.

Había policías, fuertemente armados, por todas partes. No hacían más que tocar el interior de aquella especie de puerta para asegurarse de que nadie intentaba entrar.

—¡Rayos! —exclamó Monk—. ¿Qué significa esto?

Plantaron a Habeas Corpus debajo de un «auto» parado, donde no llamara la atención, y rondaron por la puerta, escuchando y apartándose del paso de cuantos transeúntes acertaron a pasar. No tardaron mucho en sorprender una conversación iluminadora entre dos policías.

—¿Dices que tienen a uno de los hombres de Doc Savage en chirona? —inquirió el primer guardia.

—A uno que se llama Ham —asintió el otro—. Se presentó aquí, le echaron el guante y se lo llevaron a Centre Street.

Doc Savage y Monk se echaron a un lado al apearse de un automóvil varios caballeros de edad, con gafas y cara de catedráticos.

—¿Quiénes son ésos? —dijo uno de los guardias, cuando hubo entrado el grupo.

—Hombres de ciencia —replicó el otro—. Se han encontrado la mar de instrumentos y aparatos raros en el laboratorio de Doc

Savage, y van a examinarlos para ver si no se trata de los aparatos que Doc Savage y su cuadrilla han empleado para hacerse invisibles.

Doc y Monk se retiraron entonces a discutir la situación.

—¡Que imbéciles son! —gruñó Monk—. Los únicos aparatos que hay en el laboratorio llevan en él mil años y, con toda seguridad, resultaran demasiado avanzados para que los entienda el experto corriente.

Doc dijo:

—Más vale que saquemos a Ham de la cárcel.

Tomaron un tren elevado hasta Centre Street. El viaje resultó interesante por los esfuerzos que hacían los empleados parra echar a Habeas Corpus del tren.

En dos ocasiones se salieron con la suya y Monk y Doc tuvieron que resignarse a coger otro tren.

Se pararon junto a un puesto de periódicos para leer las últimas noticias:

¡JEFE DE LOS HOMBRES INVISIBLES IDENTIFICADO! ES DOC SAVAGE

Siguieron adelante sin leer más.

—¡Qué embuste más grande! —exclamó Monk.

—Alguien esta precipitándose en sus juicios —asintió.

Con el fin de no separarse el uno del otro, se cogían de la mano cada vez que llegaban a una esquina y el resto del tiempo se limitaban a vigilar a Habeas Corpus. El cerdo estaba resultando de gran valor como eslabón visible entre ambos.

Era cerca del mediodía y pasaron junto a un grupo de parlanchinas oficinistas que habían salido a comer.

—¡Uf! —estalló Monk, cuando hubieron pasado las muchachas —. ¡Lo colorado que me he puesto!

—¿Sí? —murmuró Doc.

—¿Tú te das cuenta —dijo Monk—, que estamos andando por la calle completamente desnudos?

Se veían con frecuencia pruebas de que el miedo a los hombres invisibles se había apoderado de la ciudad.

Muchas joyerías estaban cerradas y otras tenían pequeñas puertas giratorias y unos centinelas comprobaban por el tacto que sólo personas visibles fueran admitidas.

Los vendedores de periódicos estaban roncos ya de tanto gritar titulares y vendían agitando los periódicos por carecer de voz para gritar.

No había necesidad de esforzarse, sin embargo, porque cada nueva edición se vendía casi inmediatamente que salía.

Habeas Corpus se detuvo junto a un puesto de periódicos y Doc comprendió que Monk debía haberse parado a leer más titulares. Cuando el cerdo marchó adelante, Doc le siguió. Un momento después Monk le habló.

—¡Valiente lío es éste! —dijo—. Los diarios dicen que ya ha habido más de cincuenta robos, todos ellos sin importancia. «Telégrafo» Edmunds y sus hombres invisibles están haciendo su agosto.

—Procuraremos dar con alguna pista después de haber puesto en libertad a Ham —replicó Doc.

Experimentaron cierta dificultad en dar con Ham; pero lo encontraron por fin en una sección de la cárcel que se suponía a prueba de todo intento de evasión. Para liberar a Ham, les fue preciso quitar del paso a dos celadores.

Doc Savage se encargó de ello, ejerciendo una presión sobre los centros nerviosos de la espina dorsal —procedimiento inofensivo, que no producía gran dolor, pero que dejaba sin conocimiento un rato. El propio Doc abrió la celda de Ham.

Ham retrocedió, alzó los puños, y se negó a salir hasta que le habló Doc.

—¡Oh! —exclamó—. Temí que se tratara de alguno de la banda de “Telégrafo”

Una vez a cierta distancia de la cárcel, tomaron un taxi. Ham se encargó de dar instrucciones al conductor. Dejaron el vehículo en la parte alta de la ciudad y tomaron otro, que abandonaron también al poco rato.

Recorrieron a pie el resto de la distancia hasta las casas elegante en que Ham tuviera su piso de soltero antes de unirse a Doc Savage.

El empleado del ascensor nunca supo que había llevado a alguien mas que a Ham y que el cerdo Habeas. El pasillo del piso de Ham estaba desierto.

Se dirigieron a su puerta.

A Habeas Corpus le había ocurrido una cosa muy rara. En el

pasado, jamás había querido tener nada que ver con Ham. Ahora, sin embargo, iba pegado a los talones del abogado y parecía encantado con poderlo hacer.

Gruñía con disgusto y se apartaba violentamente cada vez que el invisible Monk intentaba cogerle.

—Yo te creía de otra manera, Habeas —gruñó Monk.

Entraron en el piso de Ham y éste se dirigió inmediatamente a una caja y sacó un bastón estoque, duplicado exacto del que llevara anteriormente y que había desaparecido durante el jaleo en el rancho. Tenía siempre bastones de repuesto. Blandió el bastón:

—Ahora me siento mejor —anunció.

—En tal caso, quizá podamos hablar —sugirió una voz chillona y trémula.

Han sufrió un brusco sobresalto. La voz no era la de Doc ni la de Monk.

Estaba seguro de ello. Se metió inmediatamente en un rincón y desenvainó el estoque, dispuesto a defenderse. ¡Había un hombre invisible en el cuarto!

—Bien —dijo—. Y ahora... ¿qué pretende?

—Hablar con usted, como ya le he dicho —respondió la voz.

Ham era un buen actor y no dio a entender por voz ni gesto que Doc y Monk se hallaban en el cuarto también. Por añadidura, acababa de reconocer la voz.

—“Rebañahuesos” —dijo.

—Creo que la gente me llama eso, en efecto —confesó el hombre invisible que evidentemente había estado aguardando la llegada del abogado.

—¿Qué desea usted? —le preguntó éste.

—Encontrar a Doc Savage. P. Treve Easeman y yo queremos hablar con él.

—Hace algún tiempo que no veo a Doc Savage —respondió Ham, sin mentir.

Habeas Corpus, desconcertado evidentemente por la presencia de tanto hombre invisible, empezó a soltar gruñidos y se metió debajo de la silla más cercana.

«Rebañahuesos» empezó a hablar rápidamente.

—Easeman y yo —dijo—, hemos estado haciéndonos una serie de preguntas. Es raro que fuéramos escogidos nosotros como

primeras víctimas y se nos hiciese invisibles exigiéndonos dinero para devolvernos la visibilidad. Esto es especialmente inexplicable en vista de la conducta de la hija de Easeman y de Russel Wray, si me comprende usted.

Ham frunció el entrecejo y jugó con su estoque, siempre alerta por lo que pudiera ser.

—¿Quiere usted decir con eso que cree que la muchacha y Wray tal vez trabajasen de acuerdo con «Telégrafo» Edmunds y su cuadrilla? —preguntó.

—Ese es pensamiento que se nos ha ocurrido a nosotros. Existen otras circunstancias sospechosas de las que usted nada sabe. ¿Por qué no viene usted a casa de Easeman conmigo y lo discutiremos todos juntos?

—¿Cómo está Easeman?… ¿Cómo le van las heridas que recibió en el aeroplano?

—Marcha ya bastante bien —respondió «Rebañahuesos»—. Ni que decir tiene que resultó dificilísimo vendar una herida invisible en un hombre que también goza de la invisibilidad.

—Le acompañaré —decidió Ham.

Tres cuartos de hora más tarde, Ham y Habeas Corpus, al parecer solos, entraron en las oficinas situadas en un rascacielos cercano a Wall Street.

Había un nombre en la puerta:

EMPRESAS EASEMAN INC.

P. Treve Easeman, Presidente

—Esta es una de las oficinas de Easeman —explicó «Rebañahuesos»—, que iba asido al brazo de Ham.

Se veían dos grandes cuadros colgados de la pared. Uno era el de un hombre grueso de aspecto distinguido. El otro de un hombre delgado, huesudo, de cara de halcón. Ambos eran de edad madura.

—Esos cuadros son mi retrato y el de Easeman —indicó “Rebañahuesos”.

Ham los miró con interés.

—¿El delgado es usted? —inquirió.

—Por el contrario, yo soy el grueso —rió el hombre invisible—. Mi voz engaña mucho.

—¿Usted y Easeman son amigos? Quiero decir… ¿eran amigos antes de que ocurriera este asunto?

—Sí; teníamos relaciones comerciales.

Ham movió afirmativamente la cabeza.

—¿Dónde está Easeman? —preguntó.

—En el despacho interior.

Ham se cuidó de cerrar él la puerta, cuidando de colocar la cerradura de forma que no cerrara del todo. Quería dejar paso libre a Doc y a Monk para que escucharan la conversación.

Ham fue conducido al despacho interior —lujosa habitación equipada con una mesa grande, sillones tapizados, archivadores, y diván de piel.

—Easeman está sentado en el diván —advirtió «Rebañahuesos».

El abogado miró en dicha dirección y sintió un escalofrío. En el diván no había nada visible más que un vendaje como el que se colocaría sobre una herida. Este flotaba en el aire, sobre el diván.

Ham dijo:

—Señor Easeman, ¿se siente usted lo bastante bien para hablar?

Se oyó un fuerte golpe en la habitación exterior, como si se hubiera cerrado de golpe la puerta.

Ham medio se volvió. Luego miró hacia el diván. Un revólver grande se alzó de detrás del respaldo y le apuntó.

—Yo soy Easeman —dijo una voz—. No me puede ver a mí; pero puede ver este revólver. Permanecerá usted completamente quieto.

—¡Una celada! —exclamó Ham.

—Ni más ni menos —aseguró «Rebañahuesos»—. Me sorprendió enormemente que se dejara usted engañar con tanta facilidad.

Ham contestó, con brusquedad.

—Y… ¿por qué no? Quería averiguar de qué se trataba.

—Demasiado sabe usted de qué se trata —dijo la voz de Easeman.

Se oyeron más ruidos en el despacho exterior. Luego la voz de Ada Easeman gritó:

—¡Vengan a ayudarnos! Yo creo que Doc Savage y otro hombre entraron detrás de Ham. ¡Son invisibles!

Ham se quedó completamente inmóvil, porque le pareció lo más prudente.

Easeman se alzó del diván. El temblor del revólver era indicación de que el hombre se hallaba debilitado.

—Yo vigilaré a este abogado —dijo—. «Rebañahuesos», cuídate

tú de Doc Savage.

Por la presión sobre la alfombra se notó que «Rebañahuesos» se dirigía al despacho exterior. Ada Easeman se hallaba allí con un revólver.

Russel Wray también estaba armado. Estaban de espaldas a la puerta y tenían la mirada fija en el cuarto aparentemente vacío.

—Y ¿Dónde están Doc Savage y el otro? —preguntó «Rebañahuesos».

—Aquí dentro —replicó la joven.

Wray retiró la llave de la puerta exterior. EL y la muchacha se separaron, se inclinaron y cogieron las extremidades de la alfombra. Era evidente que el cuarto había sido preparado de antemano para hacer eso, precisamente.

«Rebañahuesos» cerró la puerta del despacho interior también.

La alfombra cubría la mayor parte del suelo. Fue alzada y juntada como una enorme red. Un instante después se vio que había sido atrapado un hombre invisible.

Wray dio un grito, echó la alfombra sobre el invisible y saltó encima.

Un aullido de dolor surgió de la alfombra. Nadie que hubiera oído aquella voz en otra ocasión podía hallar dificultad en identificarla.

—¡Ese es Monk! —exclamó «Rebañahuesos»—. ¡Cogedle!

Los tres se abalanzaron sobre Monk en la terrible lucha que siguió, Monk rasgó la alfombra y por poco se escapó.

Wray golpeó, furioso, con la culata de su revólver. Dio en algo que sonó a madera, y cesó la lucha.

—¡Le he dado en la cabeza! —dijo Wray, con voz de triunfo.

Cogieron unas cuerdas y se pusieron a atar al químico, que había perdido el conocimiento. Wray cogió luego una botella de tinta y se la vació encima, haciendo así visible parte de su cuerpo.

Se siguió buscando a Doc Savage. La alfombra del despacho interior fue levantada, pero sin resultado.

—Pero… ¡si debe haber entrado! —insistió «Rebañahuesos».

Volvieron a buscar. Repasaron la oficina con infinito cuidado y hasta probaron el pequeño lavabo que daba al despacho interior.

Abrieron la ventana del lavabo y se asomaron, moviendo negativamente la cabeza, al ver la lisa pared de fuera.

Ham observaba en silencio. Cuando entraron en el lavabo contuvo la respiración. Él sabía algo que los demás no sospechaban siquiera. Había visto abrirse la puerta del lavabo y cerrarse silenciosamente.

Después de eso le había parecido oír abrirse y cerrarse la ventana. Ham sospechaba que Doc se había marchado por allí.

—¿Qué van ustedes a hacer conmigo? —preguntó.

Russel Wray se acercó y miró nuevamente al elegante abogado. Tenía un labio hinchado como consecuencia de la lucha de la noche anterior, y el bigote torcido.

La muchacha se colocó a su lado. Aun llevaba el vestido esmeralda, pero éste empezaba a sentir ya los efectos de las peripecias pasadas. Lo arrugado de su vestido, sin embargo, no parecía afectar en absoluto la belleza de la joven.

—Doc Savage es el jefe de la horda invisible —dijo Wray.

Ham soltó un resoplido.

—Está usted perdiendo el tiempo intentando tomarme el pelo —dijo—. ¡Está usted complicada en este asunto! Eso quedó demostrado en casa de «Rebañahuesos».

—Si se refiere a lo que ese embustero de Marikan dice, está usted equivocado —respondió la muchacha con aspereza—. Nosotros no le pusimos las esposas.

—Marikan ha muerto —anunció Ham.

Wray preguntó, con incredulidad:

—¿Quién le mató?

—«Telégrafo» Edmunds. Pero seguramente eso lo sabrán ustedes de sobra.

La muchacha y Wray se miraron.

—Miente, como es natural —dijo Ada—. Doc Savage es un mago científico y, sin duda, descubriría el procedimiento de hacer invisible a, la gente, y ahora quiere hacer negocio con ello.

La voz de P. Treve Easeman interrumpió:

—Bueno, interrogad a este hombre y averiguad dónde tiene Doc Savage su máquina de invisibilizar.

—¡Vaya si lo haremos! —contestó Wray.

Asieron a Ham, le tiraron encuna del diván, le ataron fuertemente y perdieron unos minutos intentando coger a Habeas. El puerco, si embargo, resultó tan difícil, que se vieron obligados a

dejarle suelto.

«Rebañahuesos» preguntó:

—¿Qué hacemos de este abogado si se niega a hablar?

—Lo mismo que haremos con él aunque hable —dijo P. Treve Easeman—, entregarlo a la policía.

Ham frunció el entrecejo. De pronto alzó la voz todo lo que pudo, alcanzando un volumen sorprendente, pues había hecho prácticas para desarrollar la voz y conseguir que se oyera claramente hasta en los rincones más apartados de las salas de justicia más grandes.

—¡Doc! —gritó—. ¡Van a entregarme a la policía cuando acaben conmigo! ¡Creo que están intentando encontrar al jefe de los hombres invisibles de verdad!

CAPÍTULO XVI

EL DETECTOR DE DUENDES

DOC oyó el grito de Ham y entendió las palabras, cosa que influyó en sus acciones futuras en alto grado.

El exterior del rascacielos no era tan difícil de escalar como la muchacha y Wray pensaran.

Un hombre experto en el arte de lo que se ha dado en llamar «moscas humanas» y que posea valor y dedos extraordinariamente fuertes es capaz de escalar superficies que resultarían inabordables para la mayoría de los mortales.

A éstos lo que les hace fracasar es la combinación de la altura y del miedo a caerse, más bien que la falta de sitios en que enganchar los dedos.

El hombre de bronce se hallaba cerca de una ventana a la que se había retirado, de vez en cuando, a descansar. Puesto que era invisible, no tenía necesidad de preocuparse de no ser visto. Se acercó a la ventana ahora.

La oficina que había al otro lado estaba llena de mecanógrafas y empleados, trabajando.

Doc aplicó una mano contra el cristal y logró sacudir la ventana de forma que metiera considerable ruido.

Esto disgustó a un empleado, que se acercó y abrió la ventana para ver por qué hacía ruido y Doc Savage aprovechó el momento para meterse dentro.

Era imposible evitar rozar al empleado, que se sobresaltó, aun cuando no hasta el punto de comprender lo ocurrido.

El empleado del ascensor contestó a lo que debió creer una falsa llamada.

Y en el piso doce, donde sonó otro timbre, subió al ascensor una

mujer con un perro. El animal se portó de una manera muy entraña, aullando y ladrando, con gran estupefacción de su dueña.

Doc Savage experimentó con el perro, inclinándose sobre él y tocándole y quedó convencido de que el animal sólo se daba cuenta de su presencia por el olfato, pero no porque pudiera verle.

Allá en la calle, el hombre de bronce halló las aceras completamente llenas de gente. Tanta había, que le era muy difícil esquivarla. Resolvió el problema colocándose detrás de un guardia que parecía dirigirse a un lugar determinado.

Había sitio detrás del guardia debido a que la gente se aparta instintivamente de un hombre de uniforme y le deja libre el paso.

Doc fue motivo de que se armara un jaleo imponente en el «Metro» más por distracción que ninguna otra cosa. La fuerza de la costumbre hizo que, al salir de la estación, pasara por una puerta giratoria.

El taquillero vio moverse la puerta y tuvo suficiente inteligencia para comprender la verdad. Emitió una serie de aullidos que hizo que se llenara la estación de policía; pero no antes de que Doc Savage se hubiera marchado tranquilamente.

En la calle se dio cuenta de lo peligroso que resultaba andar distraído y sólo se libró de un automóvil gracias a un salto prodigioso. Aterrizó en un charco de agua y, al seguir andando, dejó una hilera de pisadas húmedas.

Una mujer que se fijó en la aparición de las huellas, se desmayó y empezaron a sonar gritos por todas partes.

Doc corrió al puesto de periódicos más cercano y se limpió los pies con periódicos mientras el dueño del puesto daba aullidos de terror. Después de aquello, ya no dejó señales de sus pisadas.

A continuación, Doc se colgó de un tranvía, pasó de éste al guardabarros de un taxi, sin tocar el suelo, y se apeó cuando el vehículo se metió por otra calle, haciendo inútil así cualquier intento de emplear sabuesos contra él.

Por fin llegó al rascacielos en que tenía su casa.

Los centinelas y puertas giratorias seguían instalados y sólo se dejaba pasar a las personas que podían demostrar ser inquilinos o tener necesidad urgente de entrar. Doc no intentó abrirse paso por allí.

Se dirigió a una tienda próxima que se dedicaba a la venta de

todo lo que pudiera necesitar un yate, y puesto que el intentar comprar un artículo sólo hubiese provocado jaleo, se apoderó de un garfio pequeño y una fuerte cuerda, cosas que pensaba pagar mas tarde.

Logró sacar ambas cosas por la puerta de atrás sin que nadie se diera cuenta de que salieran flotando en el aire al parecer.

Aprovechando callejuelas, puertas laterales y hasta apelando a la estratagema de acercar tanto el paquete a un transeúnte que pareciera que lo llevaba él, llegó Doc por fin al edificio de unos grandes almacenes que se hallaban frente a su casa. Logró llegar al tejado.

Había muchos despachos desiertos aquel día en el otro rascacielos, debido a la dificultad de lograr entrada y a la poca inclinación de la gente a acercarse a la amenaza invisible.

Doc escogió una ventana que estaba abierta, esperó hasta asegurarse que la habitación de la misma no estaba ocupada y tiró el garfio, al que había atado una extremidad de la cuerda.

No era una cosa muy difícil, pero le falló la primera vez que tiró. El ruido que produjo el garfio hizo que algunas personas se asomaran a las ventanas, aun cuando Doc logró recoger garfio y cuerda antes de que nadie los viese.

Aguardó a que se retiraran y probó otra vez, con éxito.

El garfio se enganchó en el marco de la ventana. Lo probó dando un tirón que puso sobre la cuerda un peso superior al de su cuerpo. Luego ató el otro extremo de la cuerda a un ventilador.

Al colgarse por encima de la calle, Doc asió, con fuerza la cuerda para que, si cedía el gancho, pudiese seguir colgado de la cuerda e intentar amortiguar el choque de su cuerpo contra el otro edificio. Pero, efectuó la travesía sin novedad.

Entró en la oficina, salió al pasillo y subió secretamente en un ascensor hasta el piso ochenta y seis. La puerta de su despacho estaba tapada con una red de alambre y el pasillo estaba lleno de hombres armados.

Doc se retiró al piso inferior, donde había una puerta secreta escondida detrás de un armario lleno de mangueras para caso de incendio y que daba a una escalera que conducía a su laboratorio.

Un momento después se hallaba en esta habitación.

Había unos seis hombres en el laboratorio. Ninguno de ellos era

joven y todos tenían el aspecto de haber dedicado su vida al estudio. Estaban examinando los aparatos de la habitación, manejándolo; Todo con sumo cuidado, reuniéndose en torno a los dispositivos más avanzados, en sus esfuerzos por descubrir su objeto.

—Es una de las colecciones de aparatos científicos más asombrosas que existen, sin duda alguna —dijo el hombre—. Puede decirse que aquí está concentrado todo el saber del hombre desde los albores del mundo. No es de extrañar que a este Savage se le considere una maravilla mental.

—Yo daría muchos años de mi vida por este laboratorio —dijo otro—. Con él se pueden obrar milagros en verdad. Fíjense, por ejemplo, en este aparato para el análisis de metales. En pocos minutos puede hacer un trabajo que requeriría horas por los procedimientos corrientes.

Doc Savage avanzó. Había ido al laboratorio en busca de un estuche propiedad de Monk, que era, con toda seguridad uno de los laboratorios portátiles más y completos para el análisis y mezclas químicas en existencia.

El hombre de bronce dio media docena de pasos, se detuvo, y clavó la mirada en un estante de cristal.

Había un electroscopio corriente en el estante. Tenía las hojas separadas.

Doc Savage retrocedió. Las hojas del electroscopio se juntaron ligeramente.

Avanzó. Las hojas se separaron con violencia.

Durante un buen rato permaneció parado allí, estudiando el fenómeno. El aparato, naturalmente, era afectado por electricidad estática y tenía una variedad de movimientos en presencia de los materiales radioactivos.

Evidentemente, el cuerpo del hombre de bronce, en su estado de invisibilidad, despedía una emanación que tal vez sólo estuviese impregnado de una carga estática que afectara al electroscopio.

Doc Savage hizo varios experimentos sin ser visto por los científicos que estaban repasando sus aparatos. Cuando hubo acabado, comprendió que aquello era un medio infalible de conocer la presencia de hombres invisibles.

Había más de un electroscopio en el laboratorio, y Doc reunió

unos cuantos de ellos, empleando algodón para empaquetarlos y metiéndolos en una caja de cartón fuerte, que se llevó consigo hacia la entrada secreta.

Debido a la necesidad de llevar a cabo la misión sin ser descubierto, perdió una hora completa.

La cuerda por la que había cruzado la calle era delgada y estaba muy alta, por lo que había pasado inadvertida. Con la caja de electroscopios y el laboratorio portátil de Monk, Doc casi había cruzado la cuerda cuando fue, visto lo que llevaba.

Un guardia, más despabilado de lo corriente, fue quien hizo el descubrimiento. Empezó a disparar inmediatamente. Doc recorrió el resto de la distancia a toda prisa.

Tampoco se entretuvo en los grandes almacenes.

Bajando a toda prisa del tejado, corrió a los ascensores. El ver entrar flotando todos aquellos paquetes en el ascensor bastó para que todos los demás pasajeros salieran huyendo. El propio Doc hizo bajar el ascensor.

Había policías ya montando guardia en las puertas de la calle. Doc se dirigió a la parte de atrás, halló una ventana y logró saltar por ella sin estropear lo que llevaba.

Había una parada de taxis en la esquina y uno de los automóviles estaba desocupado.

Depositó sus paquetes en él y se metió en un estanco que tenía una cabina telefónica, desde la cual podía vigilarse el coche. No había nadie cerca del teléfono. Marcó el número de Jefatura Superior.

—Doc Savage al habla —dijo—. Pueden emplearse electroscopios corrientes para descubrir la presencia de hombres invisibles. Equipen a todos los policías con ellos. Después de eso, su mejor arma son los perros sabuesos.

Cortó la comunicación cuando empezaba a oírse una lluvia de excitadas preguntas. A continuación, buscó el número del despacho de Easeman en el listín, y llamó. Contestó «Rebañahuesos».

—¿Cómo se encuentran mis ayudantes Monk y Ham? —inquirió Doc.

«Rebañahuesos» soltó una maldición.

—¡No han querido hablar y vamos a entregarles a la policía! —contestó.

—Esta bien —dijo Doc—. Sólo quería asegurarme de que se hallaban sanos y salvos.

Por el teléfono oyó a Monk y a Ham soltar un grito, simultáneamente, en voces la mar de sanas. Evidentemente lo habían hecho para que Doc supiese que no les había sucedido nada.

«Rebañahuesos» cortó la comunicación.

CAPÍTULO XVII

PRISIONEROS

«REBAÑAHUESOS» miró con ira el teléfono después de haberlo colgado.

—¡La frescura de ese hombre! —exclamó.

Ada Easeman, que se hallaba a su lado, preguntó, dudosa:

—¿Será posible que Doc Savage no sea el jefe de esta cuadrilla, después de todo?

—¡Vamos! —contestó, el otro, con un resoplido—. Te estás dejando sugestionar por su aspecto!

La joven contestó con un resoplido de desdén.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó.

—Llamar a la policía. Debiéramos haberlo hecho ya hace rato.

El teléfono se alzó de la mesa y se descolgó el auricular. La voz de «Rebañahuesos» pidió le pusiesen con Jefatura.

Parecía estar bastante enterado de quién mandaba allí, porque pidió por el jefe del departamento de detectives de aquel distrito, haciéndolo por el nombre.

—Tenemos prisioneros a dos de los hombres de Doc Savage en el despacho de P. Treve Easeman —dijo, dando la dirección exacta—. También poseemos unos informes que pueden serle de utilidad. Más vale que vengan ustedes inmediatamente.

—¿Son invisibles esos dos ayudantes de Doc Savage? —inquirió el detective.

—Uno de ellos sí.

—¡Iremos inmediatamente! —rugió el detective.

Y colgó el auricular.

Tiró la silla en su apuro por ponerse en pie. Había varios timbres sobre su mesa para llamar a los subordinados. Los tocó todos.

—¡Hay retenidos dos ayudantes de Doc Savage! —gritó.

Y dio las señas del despacho de Easeman.

Había pronunciado las palabras a voz en grito, para que las oyeran todos los policías que acudían en contestación a la llamada de los timbres.

Un instante después, un papel que yacía junto a la puerta cambió de posición, como si le hubieran dado un puntapié. No había nadie cerca.

La escalera de atrás no había sido barrida últimamente, y aparecieron unas huellas, misteriosamente, en el polvo. Aquello era lo único que delataba la presencia de un hombre invisible, hasta que se abrió la portezuela de un automóvil que había parado en la calle, un poco más abajo.

—Rondando por el departamento de detectives he conseguirlo datos acerca del paradero de dos de los hombres de Doc… y tal vez del propio Doc —dijo la voz de «Telégrafo» Edmunds—. Los dos están retenidos en el despacho de Easeman, ¡Id allá aprisa!

Había chofer en el automóvil. Tenía una cara de un color atezado poco corriente y, de habérsele mirado de cerca, se hubiese visto que no era su rostro el que se veía, sino una cubierta de goma delgada, una especie de máscara como una capucha. Llevaba gafas para ocultar los huecos que tenía por ojos y sus manos estaban enfundadas en guantes.

El coche se apartó del bordillo. Las voces que se oían indicaban que había por lo menos una docena de hombres en el interior y tal vez algunos en los estribos también; pero los que miraron el automóvil lo veían aparentemente vacío.

El grupo de hombres invisibles se introdujo en el edificio en que Easeman tenía su despacho sin llamar la atención. En el ascensor sufrieron un contratiempo. Dio la casualidad de que todos los viajeros se apearon antes de llegar al piso de Easeman.

—Al veintiocho —dijo «Telégrafo», creyendo engañar al empleado.

Pero éste volvió la cabeza, vió el ascensor vacío y soltó un aullido, adivinando enseguida quiénes eran sus pasajeros. El desgraciado empleado recibió una serie de golpes que le dejaron sin conocimiento, y el ascensor subió.

«Telégrafo» Edmunds llamó a la puerta del despacho de P. Treve

Easeman.

—¿Quién es? —inquirió Ada.

—¡La policía! —bramó el otro.

La muchacha abrió la puerta. Inmediatamente, los compañeros de «Telégrafo» se precipitaron por ella. La joven gritó; pero hubiera podido ahorrarse saliva, porque los invisibles atacantes llenaban las oficinas.

Encontraron enseguida a «Rebañahuesos» y a Easeman, porque ambos esgrimían un revólver en la esperanza de ver algo contra qué disparar.

Las armas señalaban el lugar donde se encontraban, conque fue cosa fácil cogerles.

A Russel Wray le pillaron por sorpresa y le derribaron antes de que pudiese ofrecer resistencia. La muchacha también fue derribada.

—¡Magnífico! —rió "Telégrafo".

—¡Magnífico! ¡No podía haber salido mejor! Ahora sólo nos falta coger a Doc Savage.

—¡Oh! —exclamó Ada—. Entonces... ¿no trabaja él con ustedes?

«¡Telégrafo» soltó un resoplido.

—Trabaja contra nosotros.

No se perdió un momento. Los prisioneros, visibles e invisibles, fueron atados y amordazados y el ascensor se empleó para bajarles, no al vestíbulo, sino al sótano, desde donde, con mucha cautela y más suerte, pudieron ser trasladados al automóvil que aguardaba. Se les obligó a yacer en el suelo.

Al alejarse el vehículo, empezaron a bajar por la calle coches de la policía con las sirenas funcionando sin cesar.

Acudía un grupo bastante numeroso de guardias y seguramente por eso llegaban con retraso, se habrían entretenido reuniéndoles. Se apearon y se dieron la mano, formando una hilera delante del edificio.

Sus jefes subieron, quedando descorazonados al ver que los pájaros habían volado.

Media hora más tarde, la noticia se publicaba en todos los periódicos.

También hablaban los diarios de la llamada telefónica de Doc Savage aconsejando el empleo de electroscopios. Uno de los

periódicos había mandado a la calle a un grupo de redactores con un electroscopio y las hojas del mismo se separaron violentamente cuando se aproximaron a un Banco, denotando la presencia de un hombre invisible.

Este había logrado escaparse, pero no sin que se hubiera armado un jaleo imponente primero.

Sin duda alguna aquel hombre invisible había estado estudiando la manera de introducirse en el Banco. Este cerró inmediatamente sus puertas y anunció que no volvería a abrirlas hasta que hubiera sido aplastada la amenaza de los hombres invisibles.

Los vendedores de periódicos, que se habían quedado roncos ya, corrían de un lado para otro vociferando los nuevos acontecimientos.

Doc oyó los gritos y leyó la noticia por encima del hombro de un obeso peatón. El hombre de bronce leyó por ráfagas, dedicando la mayor parte de su atención al automóvil en que iban «Telégrafo» Edmunds y sus prisioneros.

Doc había llegado al despacho de Easaman justamente a tiempo para poder seguir a los atacantes, agarrándose al porta neumáticos del coche.

Hallábase parado éste, en aquel momento, a la entrada de un garaje particular en la parte alta de la ciudad. Era indudable que uno de los hombres invisibles habría entrado para abrir las puertas grandes y dar paso al automóvil.

Doc Savage aguardó. La calle estaba silenciosa aunque no desierta.

El tráfico circulaba con lentitud. En la esquina más próxima, tres o cuatro casas más allá, había una estación del «Metro». La entrada estaba recién hecha; pero cubierta con maderas. Evidentemente se trataba de una nueva línea subterránea que aun no había sido abierta al público.

Las rejas de ventilación del «Metro» estaban espaciadas a lo largo de la acera. Por ellas salió el ruido de un tren. Doc Savage, que sabia que por allí no circulaban aún trenes de pasajeros, decidió que seria uno de trabajadores.

La puerta del garaje se abrió. Doc se acercó al automóvil cuando éste empezaba a moverse. Era una suerte que hubiera acudido inmediatamente a las oficinas de Easeman.

El coche entró en lo que parecía un garaje corriente, se detuvo, y se apeó el conductor. Se quitó la máscara de caucho, que seguramente le resultaba incómoda, y el abrigo.

Tiró el sombrero. El resultado —un par de zapatos y unos pantalones que se movían de un lado para otro era tan extraño y sobrenatural incluso, que hasta los hombres invisibles se sintieron afectados.

—¡Sé chicha o limonada, amigo! —dijo una voz—. O te quitas esos calzones y los zapatos, o te pones más ropa. ¡Me das escalofríos!

El chofer se echó a reír y se quitó los pantalones. Apenas hubieron tocado el suelo, cuando el reloj dio las dos.

—Las dos —dijo «Telégrafo» Edmunds—. Más vale que entremos. Nuestros hombres irán acudiendo aquí. Han de estar todos reunidos con nosotros a las cuatro.

—¿Para qué? —inquirió alguien.

—Para una conferencia. Tenemos que hacer nuestros planes para el trabajo de mañana. Trabajaremos en Nueva York mañana; luego nos mudaremos a Chicago. De esa forma no podrán dedicarse grandes preparativos para nuestra captura. Estaremos dos días en Chicago y luego nos iremos a otra ciudad.

Un hombre dijo:

—Tengo hambre. ¿Cómo varis a hacer eso?

—Anda y come; pero ligeramente nada más —le contestó «Telégrafo»,—. Descubrirás que la comida es visible mientras está en la boca y en la garganta; pero, en cuanto baja, desaparece casi instantáneamente. Es decir; menos que no comas demasiado. No comas mucho más del equivalente de un bocadillo.

—Esto de ser invisible es una cosa rara —dijo otro—. Me gustaría saber algo más del asunto.

—El jefe supremo se presentará para la conferencia a las cuatro. Hazle tus preguntas a él. Él fue quien descubrió el procedimiento.

—¿Estás seguro de que tiene una máquina que volverá a hacernos visibles a todos? —inquirió un escéptico.

—Segurísimo —contestó “Telégrafo”—: la he probado yo. Funciona a la perfección y sólo requiere unos instantes.

—Menos mal. No me hace mucha gracia esta vida de duende. No creo que le gustaría a mi novia.

—¡Procura no acercarte a tu novia! —dijo «Telégrafo» con aspereza.

—No te preocupes —contestó el otro—: no se acercaría ella a mí en el estado en que me encuentro ahora.

Estaban sacando a los prisioneros del automóvil.

—¿,Qué vamos a hacer con éstos? —preguntó un hombre invisible.

—Retenerlos hasta que se presente aquí el jefe a las cuatro.

Un hombre preguntó:

—¿Y el Botín que hemos conseguido?

—Se está ocultando en diversos lugares y el jefe lleva una lista de ellos encima. Nos lo repartiremos más adelante.

Los cautivos fueron trasladados a un cuarto sucio y sin muebles.

Se les depositó bruscamente en el suelo, y fueron examinadas las ligaduras.

«Telégrafo» cantó cuatro nombres y los interesados respondieron.

—Vosotros cuatro vigilad a los prisioneros —ordenó—. Colocaré a otros cuantos por diversos sitios. No quiero correr el riesgo de que se nos escapen.

—Escucha —interrumpió un hombre—: ¿y los sacos para llevar el botín? Yo no tenía ninguno hoy, y un guardia por poco me dio al disparar contra un collar que lo había arrancado del cuello a una vieja.

—Están en el cuarto de al lado. Venid y os los enseñaré.

Lo de «enseñar» era un decir. Todo se limitó a «tocar» como es natural. Los hombres invisibles se acercaron a un rincón y tocaron montones de algo áspero que parecía una cosa así como una malla y que resultaba completamente invisible.

—Parecen de metal —gruñó alguien.

—Y lo son —afirmó «Telégrafo»—. Eso, por lo menos, lo sé. Parece ser que el jefe probó la mar de cosas distintas, pero optó por esta aleación porque pesaba menos y, además, porque era más fácil hacerlo invisible. No es más que un tejido hecho de alambre flexible.

Abandonaron el montón al cabo de un rato y pasaron a otro cuarto, donde se repartieron por las sillas, armándose alguna que otra discusión cuando uno acertaba a escoger una silla en la que ya

se hubiera sentado otro.

Sin embargo, cosa de un cuarto de hora más tarde, un hombre decidió volver al montón de sacos y coger uno, diciendo que quería acostumbrarse a manejarlo para poderlo hacer con más facilidad cuando llegara la ocasión.

—Quiero acostumbrarme a encontrar sin dificultad la boca de los sacos —dijo.

No era un individuo de gran discernimiento; por consiguiente su tacto no le dio a conocer que la pila de sacos era algo menor de lo que había sido algunos minutos antes.

CAPÍTULO XVIII

DESHACEDOR DE DUENDES

MARAVILLÓSE extraordinariamente la ciudad cuando las fechorías de la legión invisible cesaron por completo poco antes de las cuatro de aquella tarde, aun cuando no se dieron cuenta inmediatamente, salvo en jefatura, que había estado recibiendo avisos telefónicos durante todo el día de que las manipulaciones de los fantasmas se habían parado.

La policía no lograba explicárselo. Al reunirse en la casa de la parte alta de la ciudad a la qué Monk, Ham y los demás prisioneros habían sido trasladados, los hombres invisibles extremaron sus precauciones, porque ni en un solo caso fuese advertida su presencia.

Se habían reunido cerca de treinta. No era un número muy crecido, teniendo en cuenta el furor que habían hecho; pero no eran criminales corrientes.

Eran inteligentes, lo más selecto de las amistades de «Telégrafo» Edmunds: chantajistas, estafadores y otros criminares con más habilidad de lo usual.

Cualquiera de ellos hubiera podido vestirse convenientemente y frecuentar la alta sociedad sin llamar la atención.

Se sentían felices; pero dominaron su alegría hasta hallarse dentro de la casa. Aun entonces, sin embargo, no permitieron que sus risas fueran demasiado ruidosas.

Como decía uno de ellos:

—El mundo es nuestro mientras logremos impedir que nos pise.

Pocos segundos después de las cuatro, hubo algo de movimiento al llegar un hombre invisible de más importancia que los otros.

—El jefe supremo, el hombre que tiene la inteligencia necesaria

para llevar a cabo todo esto —anunció “Telégrafo” Edmunds.

El recién llegado no dijo una palabra.

—¿Quieres darnos una idea de nuestros planes futuros, jefe? —inquirió <Telégrafo>.

Evidentemente, el jefe le susurró algo al oído que nadie más que Edmunds oyó. Este carraspeó y empezó a hablar rápidamente.

—Nuestras operaciones hasta la fecha han rendido magníficos beneficios —declaró—. Hemos reunido, contando muy por lo bajo, unos veinte millones de dólares en el día de hoy. Los periódicos aseguran que es mucho más, pero, en realidad, es la cantidad que yo digo, aproximadamente, aun cuando quedara algo más reducida antes de que podíamos convertirla en dinero contante y sonante.

«Telégrafo» tenía mucho de diplomático y sabía tener contentos a sus hombres, así como animarles para que hicieran mayores esfuerzos en el porvenir.

Hizo una breve reseña de los crímenes que más habían producido aquel día, y alabó a los participantes. La reunión iba convirtiéndose, poco a poco, en conferencia.

No se alzaba mucho la voz. La casa era obscura, estando, al parecer, desocupada. Las puertas estaban cerradas. Los centinelas, uno en cada puerta, no se movían, ni se asomaban a la calle siquiera.

Tal vez fuera aquello un error. No es fácil que hubieran visto cosa alguna.

Pero quizá hubiesen oído sonidos leves, aunque interesantes.

Doc Savage, que había estado ausente de la casa hasta poco después de las cuatro, se hallaba de vuelta otra vez.

El hombre de bronce se había apoderado de una camioneta. No podía llamársele robo porque el vehículo pertenecía a un horno en el que tenía él invertido bastante dinero.

Se había equipado de pantalón, un abrigo un poco viejo, y un sombrero.

A continuación, había entrado tranquilamente en una tienda que vendían productos para el teatro, comprando pinturas de las empleadas para caracterizar. La pintura había hecho resaltar el contorno de sus facciones lo bastante para salir del paso.

Le había costado bastante más trabajo conseguir lo que contenía el camión, rollos de cable de cobre fuertemente aislado. Había una

callejuela cerca, y estacionó la camioneta allí. No le fue muy difícil transportar el cable al tejado.

Trabajó muy aprisa. Encontró un cable conductor de energía eléctrica y conectó su cable a él. A continuación, acopló dicho cable a unos carretes de chispa de alta frecuencia que se había llevado de un almacén de productos eléctricos de Broadway.

Desde los carretes, los cables fueron conducidos a las puertas y ventanas de la casa. Allí el hombre de bronce trabajó con más cuidado, haciendo uso de un material que era tan invisible como él, pues se había quitado ya la ropa y la pintura.

Cuando hubo terminado, tenía todas las ventanas y las puertas cubiertas con hilos del invisible alambre de que habían estado hechos los sacos del botín.

Repasó todos los empalmes para asegurarse de que estaban bien hechos.

Se dirigió apresuradamente a un establecimiento que tenía teléfono público y llamó al mismo policía a quien diera anteriormente la información acerca de la eficacia de los electroscopios. Dio las señas de la casa en que «Telégrafo» Edmunds y su invisible legión se hallaban reunidos.

—Todos los hombres invisibles se encuentran allí —dijo—. No intenten ustedes irrumpir en la casa. Tapen las calles adyacentes y los tejados con redes de alambre. No dejen ningún hueco destapado. Coloquen de guardia en todas partes a hombres con jeringas o pulverizadores cargados de tinta o pintura. Traigan perros y gases lacrimógenos. En resumen, tomen todas las precauciones posibles.

El policía guardó silencio unos instantes.

—¿No se trata de una broma? —inquirió—. ¿De alguna estratagema? Ya sabe que han sido halladas las huellas dactilares de usted en todos los lugares en que los hombres invisibles han cometido algún crimen.

Doc Savage le explicó apresuradamente cómo habían hecho moldes de sus dedos mientras se hallaba él sin conocimiento.

—Está bien —dijo el policía.

—¿Cuántos hombres puede usted reunir? —inquirió Doc.

—Cinco mil.

—Son pocos. Pida refuerzos al arsenal de Brooklyn y al ejército. Si está intentando pillar a los hombres invisibles fracasa, tal vez no

se nos vuelva a presentar otra ocasión.

El policía volvió a dudar.

—Acudiré con hombres de sobra —dijo por fin.

Doc Savage colgó el auricular, se dirigió a una escalera de escape que había dejado bajada en la callejuela y subió al tejado. Atravesó por entre unas palomas que no debieron verle, porque no se movieron.

Había una claraboya cerrada, pero que no tenía echado el cerrojo. La alzó.

Un centinela estacionado debajo, oyó el ruido y gruñó:

—¿Qué demonios…?

—¡Cuidado! —le interrumpió Doc, en voz sibilante—. Creo que Doc Savage anda rondando por aquí.

—¿Sí? ¿Dónde?

Doc había averiguado dónde se hallaba el hombre por su voz. Descargó dos formidables puñetazos seguidos. Luego alargó los brazos y recogió al otro antes de que cayera.

Bajó la escalera.

«Telégrafo» Edmunds había acabado lo preliminares de su discurso y había llegado casi al final del plan para trabajar en Chicago.

¿Tiene alguien alguna pregunta que hacerme? —preguntó.

—¿Y los prisioneros? —inquirió uno.

—Más vale que nos deshagamos de ellos. Y eso me recuerda una cosa. Quiero hacerle una pregunta a «Rebañahuesos».

Los cautivos fueron introducidos en el cuarto y «Telégrafo» encontró a «Rebañahuesos» por el sencillo procedimiento de dar un puntapié a cada uno de los prisioneros invisibles y escuchar los gemidos. Se inclinó sobre él.

—¿Se acuerda de la lucha en el aeródromo, cuando parte de mis hombres se fueron en aeroplano? —dijo—. El aparato despegó y le pasó algo. Un hombre invisible se tiró en paracaídas. Era usted, ¿no? ¿Hizo usted que se estrellara ese avión y que se mataran mis hombres?

«Rebañahuesos» soltó un rugido.

—¡Intentaron matarme cuando me encontraron! —contestó, con rabia—. ¿Tengo yo la culpa de que el mico que supiera volar quedara sin conocimiento de un puñetazo y de que me tirara yo del

monoplano con el único paracaídas que había?

—Conque así fue, ¿eh? —gruñó «Telégrafo»—. ¡Va usted a pagar muy caro eso!

Si esperaba que <Rebañahuesos> le contestara se llevó chasco. Este guardó silencio.

—¡Qué rayos! —exclamó alguien—. ¡Acabemos con esto de una vez!

Un hombre que se hallaba en el fondo del cuarto, alzó la voz.

—Hay una cosa que no hemos discutido —dijo, secamente—, y es cómo hemos de hacernos visibles otra vez. Esa es una cosa muy importante... por lo menos para mí.

—Tienes razón —declaró otro—; si tenemos que seguir siendo invisibles, mal es este plan. Empiezo a hacerme una idea bastante acertada de por qué no ha oído nadie hablar nunca de un duende alegre.

«Telégrafo» se echó a reír:

—¿Te sentirías más animado —preguntó—, si vieses el aparato que ha de volverte visible otra vez?

—¡Vaya si me sentiría más animado! —respondió el hombre.

—La puerta de la derecha —dijo <Telégrafo>—. Baja los escalones que encontrarás y abre la puerta de abajo.

Las direcciones fueron seguidas. A juzgar por la cantidad de ruido y de comentarios, la mayoría de los hombres invisibles iba a ver el aparato.

Descendieron a una habitación grande del sótano.

En el centro de la misma se alzaba un complicadísimo aparato que parecía componerse, a simple vista, de transformadores de alto voltaje, numerosas bobinas, un cilindro largo y numerosas lámparas del mismo tipo que las usadas para generar rayos X y otras clases de rayos.

«Telégrafo» Edmunds se acercó.

—Es muy sencillo —dijo—. Todas las operaciones están sincronizadas. No hay más que dar al interruptor, meterse en ese cilindro y aguardar a que sea uno visible otra vez. ¿No es así, jefe? —agregó, alzando un poco más la voz—. Tú fabricaste el cacharro.

Una voz replicó:

—Así es. Y ahora, hay que acabar con los prisioneros.

Volvieron al otro cuarto. El primer hombre en entrar emitió un

ruidoso grito.

No se veía ni rastro de los prisioneros, que habían estado todos fuertemente atados y amordazados.

“Telégrafo” Edmunds, a una orden sibilante del misterioso jefe, corrió hacia adelante, gritando órdenes a los centinelas de las puertas.

No había dado muchos pasos cuando se oyó un golpe fuerte y cayó pesadamente. No había quedado sin conocimiento, sin embargo.

—¡Cuidado! —bramó.

Los hombres invisibles se desplegaron Uno de ellos empezó a gritar al recibir un golpe, y se puso a azotar el aire con las manos.

Dio a alguien, no sabías amigo o enemigo, y le devolvieron el golpe. Veinte segundos más tarde el estruendo era imponente.

Doc Savage corría de un lado a otro, sabía que Monk y “Rebañahuesos” se hallaban en el cuarto también. Doc les había puesto en libertad mientras los otro, inspeccionaban el aparato.

Y Treve Easeman, la muchacha y Wray se hallaban en un cuartito fuerte, cuya puerta habrían cerrado por dentro si habían seguido sus instrucciones.

Una silla se alzó del suelo, describir un semicírculo, y cayó sobre la cabeza de alguien, rompiéndose. Monk lanzó un bramido de furia al darle alguien un golpe.

De pronto un hombre invisible acudió, corriendo, desde la puerta.

—¡La casa está acordonada! —gritó—. ¡Guardias! ¡Soldados! ¡Marineros! ¡Un millón de ellos! Han puesto redes de alambre en las calles y en los tejados!

La lucha del cuarto cesó como por ensalmo, prueba evidente que los hombres invisibles se habían estado pegando unos a otros.

—¡Conocen este sitio! —aulló Edmunds—. Más vale que nos larguemos.

Un hombre gimió.

—Si tienen la casa acordonada, ¿cómo, vamos a escaparnos?

—Eso es fácil —respondió «Telégrafo»—, estábamos preparados para un caso así.

Dando órdenes, bajó al cuarto en que se hallaba el aparato. Había una puerta, al otro lado de la habitación. La abrió.

Se vió un túnel descendente.

—Bajad —ordenó.

Uno de los hombres invisibles preguntó:

—¿No podemos llevarnos ese cacharro?

—¿Qué cacharro?

—El de hacernos visibles otra vez.

—¡Ni soñarlo!

—Pero… ¿puede hacerse otro?

—¡Claro que sí! —respondió «Telégrafo»—: de igual manera que construiremos otra máquina para hacer invisible a la gente cuando haga falta. ¿No es cierto?

—Sí —asintió la voz del misterioso jefe;— ahora, no perdamos más tiempo. Me quedaré aquí hasta el último. Luego, antes de marcharme, destruiré el aparato para que no caiga en manos de Doc Savage.

Los hombres empezaron a introducirse por el túnel, alargando los brazos para no pisarse unos a otros. “Telégrafo”, aguardó hasta el último instante.

—Ya han salido todos, jefe —anunció.

—Vete tú también —le ordenó éste—. Yo os seguiré enseguida.

«Telégrafo» gruñó ruidosamente al meter su obeso cuerpo por el estrecho túnel.

Un momento después, una llave inglesa grande se alzó de un banco que contenía herramientas. Flotó por el aire en dirección al delicado mecanismo del centro de la habitación.

Luego se alzó para descargar un golpe. Pero no llegó a hacerlo.

Se oyó una exclamación ahogada, luego un golpe, y la llave cayó al suelo.

—¡Voto a tal! —exclamó Monk—. Ya me figuraba yo que esperarías a que hiciera algo, Doc, para saber dónde estaba.

El hombre de bronce dijo, rápidamente:

—Les seguiré yo solo. Estarán esperando a su jefe y, si me dan el alto, imitaré su voz.

—Muy bien —contestó Monk—. Y yo voy a encargarme de dejar a este tipo en condiciones de que duerma para rato.

Se oyó un formidable golpe, como si un puño hubiera dado en una mandíbula. Monk se estaba asegurando que el prisionero permaneciese sin conocimiento.

Doc Savage se metió por el túnel. Se vio obligado a ponerse de lado para que le pasaran los hombros, cosa que le impidió avanzar aprisa, ya que el piso era muy pendiente.

Oyó, de pronto, un leve zumbido. Enseguida comprendió.

Salió a una caverna, abovedada, tan ancha como la calle de una ciudad y enormemente larga. Era el túnel de la nueva línea del ferrocarril metropolitano.

«Telégrafo» Edmunds gritó:

—¿Eres tú, jefe?

Doc imitó la voz que había oído.

—En marcha —dijo, con brusquedad.

—De acuerdo. He mandado a los muchachos ya que caminen hacia el Este.

Doc se colocó en medio de los ríeles y echó a correr. Por delante de él, se iniciaba una pronunciada pendiente en el túnel.

Comprendió que esto significaba que pasaba por debajo del río. Unos tres cuartos de milla más allá, el túnel volvía a ascender y había una estación por la que los hombres invisibles pensaban escapar, sin duda alguna.

Doc se detuvo en seco. El zumbido que oyera al principio iba aumentando en volumen.

Era un tren, un tren de trabajadores con toda seguridad, que venía por detrás de ellos.

—¡Cuidado! —gritó, de pronto—. No hay mucho sitio en el túnel para dejar pasar a ese tren.

«Telégrafo» lanzó una maldición. Luego dijo:

—¡Eso lo arreglaremos!

Amontonadas junto a los rieles y entre las dos vías, había numerosas piezas de metal y herramientas que aún no habían sido retiradas. “Telégrafo” empezó a dar órdenes y las herramientas fueron cogidas y echadas sobre los ríeles.

Doc Savage empezó a ordenar que se detuvieran; pero se contuvo, comprendiendo que con ello delataría su presencia.

—¡Corred! —aulló “Telégrafo”, cuando consideró que había suficientes herramientas sobre la vía para garantizar el descarrilamiento—. ¡Alejaos lo suficiente para estar fuera de peligro! Y… ¡no paréis aún entonces!

Doc Savage no les siguió, sino que retrocedió y empezó a quitar

herramientas de la vía. Tiró barrotes metálicos contra el riel central, que, por regla general, es el que lleva la corriente; pero nada ocurrió.

Aún no estaba electrificado. El tren que se acercaba debía funcionar con motor de otra clase o llevar acumuladores propios.

El rugido del tren aumentó. Doc se estaba moviendo ya mas aprisa de lo que recordaba haberse movido jamás. Pero había muchas cosas aún en la vía.

El faro del tren iluminó el túnel. Pero no acortó la velocidad. Evidentemente no vió al principio los tubos, las palancas y demás cosas que había sobre los rieles. De pronto echó los frenos.

El enorme chirrido de las ruedas contra las vías llenó el túnel. Doc vió que no podía despejar la vía a tiempo y renunció a ello.

Corrió como un loco, llegó al agujero que conducía al túnel por el que llegaron los hombres invisibles, y se tiró dentro, de cabeza.

El tren pasó de largo. El hombre de bronce se levantó.

Sonó un enorme estruendo en el túnel.

Lo que ocurrió no dejó de ser justicia, aunque dura. El conductor no llegó a pagar con la vida su descuido por no fijarse a tiempo en las obstrucciones, pero tardó semanas en salir del hospital.

La locomotora saltó de la vía, tiró de lado, pegó contra la hilera de soportes que había entre las vías y fue derribándolos como si fueran de paja hasta que, como los postes estaban mejor fijados por abajo que por arriba, la locomotora se alzó sobre sus vagones y, resquebrajando el techo, asomó a la calle, volcando dos automóviles y excitando enormemente a los policías que formaban parte del cordón tendido por la vecindad.

Los vagones siguientes del tren iban cargados de rieles de acero. Salieron disparados éstos con fuerza irresistible.

Pasando por el lado de la locomotora, se cruzaron en el túnel y, gracias a su tremenda fuerza, perforaron las paredes de contención del mismo.

Dieron contra un conducto de agua. Medía éste más de un metro de diámetro y pasaba el agua por él a enorme presión. Al reventar el conducto, fue como si el Niágara hubiera ido a desembocar allí.

El agua salía a torrentes y, como no tenía otra salida, se deslizó pendiente abajo, hacia el río, alcanzando más de un metro de profundidad.

«Telégrafo» y sus hombres invisibles oyeron llegar el agua. Soltaron gritos de terror. Es dudoso que oyera nadie sus gritos, porque la inundación hacia un ruido ensordecedor.

Incluso se llegó a dudar en ciertos círculos que hubieran perecido los hombres invisibles; pero dicha duda desapareció dos o tres semanas más tarde, cuando fue sacada el agua del túnel con bombas.

Los cuerpos, después de haber estado tanto tiempo en el agua, no eran exactamente invisibles, pareciendo más bien enormes masas de gelatina, algo así como la substancia de que se componen las estrellas de mar.

Doc Savage, deduciendo poco mas o menos lo que ocurriría, cuando se asomó al túnel y vió escaparse el agua del conducto, se retiró nuevamente al sótano de la casa.

CAPÍTULO XIX

APARATO DE MUERTE

AL llegar al cuarto subterráneo en que se encontraba el aparato de devolver la visibilidad, Doc Savage vió a Monk, completamente restituido a su condición de hombre visible.

Había aprovechado el tiempo metiéndose en el aparato. Se estaba poniendo, en aquel momento, un par de pantalones.

—Me los encontré en un armario —dijo. Luego sonrió—. Presento mi dimisión como componente de la legión de los fantasmas. No me hace gracia esa vida.

Resultó que P. Treve Easeman y "Rebañahuesos" habían pasado ya por el aparato también y se habían vestido.

Doc Savage, al contemplar a la pareja, vió que "Rebañahuesos" era, en efecto, un hombre grueso y jovial, a pesar de su voz de viejo decrépito.

Doc se metió en el aparato. Monk dio al interruptor. El hombre de bronce se dio cuenta, muy vagamente, de lo que le pasaba. Vió mucha luz azulada y sintió una especie de hormigueo y vibración en todo el cuerpo, que a veces casi alcanzaban la violencia del dolor. Luego empezó a ver su propio contorno.

Cuando salió del aparato, había vuelto a recobrar su aspecto normal, aun cuando se sentía como si acabase de experimentar un fuerte resfriado que le hubiera dejado algo de fiebre.

Encontró un par de pantalones en el montón, que podrían servir para salir del paso, aun cuando no le llegaban a los tobillos.

Aparecieron Ada Easeman y Russel Wray. Parecían algo conmocionados, pero no se veía en ellos señal de daño serio alguno.

Ham llegó unos momentos después.

—¡La policía está ahí fuera! —dijo—. Les manifesté que no

entraran hasta dentro de un rato. Parecen convencidos ya de que tú no tienes nada que ver con la legión de hombres invisibles.

Luego se retiró.

Monk dijo:

—Ahora voy a meter al tipo que inventó este cacharro en su propio invento, para ver qué cara tiene.

Buscó a tientas por el suelo, encontró al jefe de los hombres invisibles, que aún no había recobrado el conocimiento, y, con dificultad, logró meterse en el aparato. Se retiró y echó el interruptor.

Sonó inmediatamente el chisporroteo característico y empezó a formarse una especie de neblina azulada, salpicada de chispazos anaranjados y verdes.

Una figura humana fue adquiriendo forma ante sus ojos.

¡El cerebro maestro que había perfeccionado el aparato de producir la invisibilidad! Al principio sus facciones resultaban borrosas. Luego tomaron forma unas orejas grandes, una nariz enorme y una boca pequeña.

—¡Marikan! —estalló Ham, llegando de la parte delantera de la casa, donde había estado explorando para asegurarse de que no quedaba ningún hombre invisible.

Monk exclamó:

—Pero… ¡si mataron a Marikan!

—Fingieron matarle, al parecer —rectificó Ham—. ¡Nos llevó a ese rancho de mofetas sabiendo que nos metía en una trampa! Simuló que le mataban para que no sospecháramos de él, si diera la improbable casualidad de que saliéramos nosotros con vida.

Monk y Ham guardaron silencio porque Marikan se estaba moviendo. Sin duda, el proceso de volver nuevamente a la visibilidad le había hecho recobrar el conocimiento.

Abrió los ojos. Luego se irguió, bruscamente, e intentó saltar fuera del aparato.

El resultado fue desastroso. Marikan debía estar mareado aún y no dabase cuenta de dónde se hallaba. Tropezó con el tubo de cristal que producía la neblina azulada y éste se reventó explosivamente.

Cayó una lluvia de chispazos eléctricos. Marikan soltó un aullido y cayó hacia atrás. Su cuerpo tropezó con los conductores de

corriente de alta frecuencia, aplastando unos contra otros.

Hubo nuevos chispazos y nueva rotura de lámparas.

Doc Savage corrió hacia el interruptor. Pero la cosa había sucedido con demasiada rapidez. Una nube de humo y un olor a ozono se elevaban del aparato. Doc cortó la corriente y se acercó, con Monk y los demás.

Monk contempló los destrozos y el cadáver de Marikan, y movió la cabeza lentamente.

—Se ha llevado todos sus secretos consigo —dijo.

Las palabras de Monk resultaron proféticas porque, durante las semanas siguientes, Doc Savage llevó a cabo numerosos experimentos para descubrir el secreto de la invisibilidad, pero con resultados que no podían llamarse fenomenales precisamente.

Dedujo Doc que Marikan había seguido alguna línea de investigación completamente desconocida aun de los científicos modernos.

—El secreto ha muerto con Marikan —aseguró el hombre de bronce—. No tengo la menor idea de cómo lo hacía.

Esta afirmación, en realidad, no era del todo exacta, ya que Doc Savage, en el curso de su investigación, dio con ciertos indicios que descubrían la línea de investigación seguida por Marikan para obtener aquellos resultados.

Doc opinaba que él, personalmente, podría desarrollar aquellos indicios hasta lograr el mismo resultado que Marikan.

Pero no siguió adelante. El proceso era complicado. Los científicos corrientes tal vez no dieran con él hasta pasados muchos siglos.

Y, a juzgar por lo que ya había ocurrido, era preferible dejar el asunto en paz.

Había otros negocios que ocupaban la atención de Doc. En la ropa que Marikan se había quitado, fue hallada una lista de los lugares en que estaba escondido el producto de los robos de los hombres invisibles.

Gracias a dicha lista, casi todo pudo recobrarse.

También había un asunto que ocupó la atención de Monk en los días que siguieron al aplastamiento de la amenaza de la legión fantasma. El asunto en cuestión era la linda Ada Easeman. Monk no la dejaba a sol ni a sombra.

Experimentó un duro golpe cuando, dos días más tarde, la muchacha anunció que iba a casarse con Russell Wray.

Monk le comunicó confidencialmente a Habeas Corpus la única cosa que a él se le ocurría para explicar tan incomprensible hecho.

—A mí lo que me ha fastidiado —gruñó—, es el haber sido fantasma unos días. Porque... ¿cuándo se ha visto que un fantasma tenga novia?

FIN

Título original: *The Spook Legion*